



Juan Bautista de Arriaza

# Poesías líricas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Juan Bautista de Arriaza**

## **Poesías líricas**

Dijo Dios, que haya luz; y la luz hubo luego

Por evitar estos escollos sin duda habrán caído mis versos en otros más lastimeros. Los días en que nacieron están ya sobrado distantes de los presentes para que yo no los mire sino como un lector imparcial, a quien no se le ocultan muchas sombras que oscurecen el efecto de algunas malogradas disposiciones de ingenio. Yo reconozco todas las que me quieran echar en cara los críticos, y algunas más que se les escaparán a ellos, y de que yo no he tenido valor ni gusto para purificarlos. No hará, pues, mucho mi amor propio en resignarse contra los tiros de la crítica; mas debiendo precaver los de la malignidad, que se aprovecha de los conceptos, pensamientos o caprichos de una fantasía acalorada para deducir consecuencias injustas sobre el modo de pensar y sobre la moral de los autores, no puedo menos de recordarle que estas composiciones fueron hechas en tiempos muy distintos de las circunstancias en que ya se leen; hijas todas del fervor accidental de la imaginación, movida ya de amor, ya de amistad, ya de gratitud, ya de tristeza o despecho; y por consiguiente que sus conceptos exprimen solo una situación momentánea del espíritu, y de ningún modo los principios fundamentales que rigen al que los produjo. Una colección de poesías no puede menos de ofrecer al juicio infinitas contradicciones: el poeta celebra mil veces cosa entusiasmo lo que en otros casos deprime; tras de una composición en que se declama contra la guerra y sus agentes, sigue otra en que se excita el valor e inflama los corazones al desprecio de la vida: se maldice del amor en unos casos, y en otros se le solemniza en bellas frases: el poeta, entregándose a un estro indeliberado, es siempre responsable de sus versos, pero no de sus asuntos; bien al contrario de los historiadores y moralistas que, llevando por principal objeto la verdad y la razón, nunca les es lícito disfrazarlas ni contradecirse a sí mismos.

Últimamente, esta nueva edición va dividida en cinco libros que contienen poesías de los diferentes estilos en que, según el humor que me inspiraban los sucesos particulares o públicos de mi tiempo, desenvolví mis ideas: comprendiéndose en estos últimos las gloriosas circunstancias de la asombrosa guerra de la Independencia; para cuya celebridad únicamente desearía yo que pudiesen llegar mis versos a la posteridad más remota. En el primero van las que se llaman eróticas o del género amatorio, cuyo carácter debe ser la naturalidad y la ternura. En el segundo las que requieren más imaginación y un estilo más florido y pintoresco, que son las descriptivas y del género ameno y cortesano. En el tercero y cuarto las del género elegíaco y heroico, a quienes se debe un estilo más elevado, con imágenes y alusiones más sublimes. Y en el quinto las jocosas, o del género satírico, que vienen a ser caprichos o extravagancias del numen.

El lector conoce la mayor parte de estas composiciones; y por las que van añadidas sólo me toca prevenirle, que si acaso reconociere en ellas una sucesión de pinturas viva o agradablemente contrastadas, pensamientos morales y tiernos, y versos armoniosos, no tiene por qué echar mano al compás para medir sus proporciones, sino es honrarlas con las mismas señales de aprecio con que ha sabido disimular lo que sólo pudo ser indulgencia hacia mis primeros ensayos. Y en tal supuesto,

De enemigos pedantes no pretendo

para mis versos ni perdón ni excusa;

pero, segunda vez, los recomiendo

a los amigos de mi pobre musa.

Libro I

Las eróticas

La dedicatoria

Oda I

[1]

Suave sería al labio de mi musa

modular solitario sus congojas

al son del agua y silbo de las hojas

de selva y río en variedad confusa:

5 tal vez allí la ilusa

copia de mis pesares

en tan nuevos cantares

Sonara, que envidioso a mis recreos

el ruiñeñor, en circulares giros

bajara, y repitiera entre gorjeos  
10

lo que ya le cantara en mis suspiros. [2]

¡Mas ay! los sacros bosques son asilo

de la inocencia, que del fondo grita:

«huye profano, la mansión que habita

libre del oro el labrador tranquilo.

15

Tú ves el Rhin y el Nilo

que al mar descienden rojos

de sangrientos despojos:

pues vives en las Cortes que a la guerra

mandan correr desde el amor los hombres,  
20

cuando ellos van a ensangrentar la tierra

ve tú, cruel, a celebrar sus nombres.»

Veo los héroes, oigo la victoria,

y en vano intento que su nombre anime

mi débil voz para cantar la gloria:  
25

veo las Cortes, y mi Musa gime

ante el Prócer sublime;

humilde no halla tonos

para cantar los tronos;

Veo los cielos, y se ofusca el fuego  
30

de mi entusiasmo a su esplendor divino:

veo a mi Silvia, y reconozco luego

que cantar la belleza es mi destino. [3]

Beldad, seguro anuncio y embeleso

del amor, que se goza en tus prestigios:  
35

sello de perfección que deja impreso

naturaleza en todos sus prodigios;

tú, que en los mares Frigios

naciste Citerea,

40 milagro de la idea

De los Apeles, Fidias y Ticianos;

yo te admiro en la tierra y en el cielo,

mas recibe el incienso de mis manos

en Silvia hermosa, tu mejor modelo.

45 Que por más que mis ojos arrebate

el gallardo animal que ama la guerra,



cuando al amor se arroja o al combate,

y con cuádruple pie bate la tierra,

los colores que encierra

el Iris en su cinta,  
50

ni la variada tinta

del Sol naciendo entre celajes rojos;

no hay para mí fenómeno más bello

que el ver a Silvia, y sus brillantes ojos,

purpúrea boca, alabastrino cuello.  
55  
[4]

La vi deidad, y me postré a adorarla,

y por volver el ídolo benigno

la prosa olvido, y me dedico a hablarla

en el lenguaje de los Dioses digno.

De entonces fue mi signo  
60

pintar en mis canciones

sus dulces perfecciones;

¡y cuánto, oh cielos, su beldad me humilla!

Que es a su lado mi elocuencia parca

un hilo de agua que en el campo brilla,  
65

y el ancho mar que medio mundo abarca.

Hijos mis versos, Silvia, de tus ojos,

cuando mi amor mirabas indecisa,

tras de mil que engendraron tus enojos

volaron mil nacidos de tu risa:  
70

¡oh, cómo se divisa

en unos aquel frío

de tu ingrato desvío;

y en otros un calor que al mismo exceda

con que en torno del eje diamantino  
75

la gran masa del sol rápida rueda

ardiendo en fervoroso remolino! [5]

Tú los cantabas, Silvia, ¡en qué lugares!

¿Te acuerdas de la selva en que habitamos,

que remedaba el ruido de los mares  
80

con el sordo susurro de sus ramos!

Muramos, ¡ay! muramos

de vergüenza y disgusto:

que aun en algún arbusto

Se ve escrito que en todo el universo  
85

fuerza no habrá que a separarnos baste;

y aún está allí tu letra, allí mi verso;

y dónde está la fe que me juraste!

Los sauces pintarán con elegancia,

bajo el imperio de los Euros roncós,  
90

en sus fugaces hojas tu inconstancia,

y mi tristeza en sus desnudos troncos:

destemplados y broncos

murmurarán los vientos

de aquellos juramentos,  
95

cuando desafiaste a aquella roca

a firmeza... ¡oh dolor! y ahora es aquella

en la que sólo estampo yo mi boca,

porque sólo tu nombre encuentro en ella! [6]

Tal lo dispuso irremisible el hado:  
100

encubra el velo lúgubre y espeso,

que oculta el por venir, lo ya pasado.

Silvia, murió el amor: mas no por eso

te ofendas de que impreso

subsista en mi memoria,  
105

que si hay alguna gloria

en conmoverlos bellos corazones

con dulces metros llenos de ternura.

Y esto se diere a mí; serán lecciones

de tus gracias, tu fuego, y tu hermosura.  
110

Y cómo corren a la mar undosa

las claras aguas por el campo ameno,

a ti mis versos, bríndalos hermosa

tu blanda mano y tu mirar sereno:

guárdalos en tu seno;  
115

y al abrigo de aquellas

cimas del Pindo bellas

Verá, de aliento y no de furia escaso,

el monstruo vil que por morderlos lidia,



que no se oye en la cumbre del Parnaso  
120

el ladrar de la cueva de la envidia. [7]

La impresión primera o el pescador

Idilio I

Orillas del mar tendido

un pescador a sus solas,

como la roca a las olas y

así burlaba a Cupido:

no pretendas, dios traidor,  
5

que te doble la rodilla,

mi tesoro es mi barquilla,

mis redes sólo mi amor. [8]

Cuando algún incauto pez

entra en mis redes, le digo:  
10

tal quisiera hacer conmigo

el amor alguna vez:

pero no espere el traidor

un vasallo en esta orilla;

que mi bien es mi barquilla,  
15

mis redes sólo mi amor.

Yo vi de Nerina ingrata

al amante, ¡pobrecillo!

Que no vi ningún barquillo

a quien más la mar combata:  
20

¿y me ofrecerás, traidor,

una ley que tanto humilla?

No: mi bien es mi barquilla,

mis redes sólo mi amor.

La bella Silvia, que en tanto  
25

por la ribera venía,

oyó cómo repetía

el marinero en su canto:

«nunca mandarás, traidor,

en mi voluntad sencilla:  
30

que mi bien es mi barquilla,

mis redes sólo mi amor.» [9]

Entonces Silvia le mira,

y el corazón le penetra:

él va a repetir su letra,  
35

y en vez de cantar suspira.

Adiós pobre pescador,

adiós red, adiós barquilla;

que ya no hay en esta orilla

sino vasallos de amor.  
40  
[10]

La declaración

## Idilio II

Dulce posesora

del corazón mío,

a quien nunca fío

mi tierna pasión,

Las ansias, que un frío  
5

silencio devora,

oye, posesora

de mi corazón.

Hoy a declararte

mis penas me arrojó;  
10

preveo tu enojo,

mas vano será;

Que irás a vengarte,

y el mísero labio,

que te hizo el agravio,  
15

ya frío estará. [11]

Muriendo, en mis ojos

de lágrimas llenos

los tuyos serenos

verán la ocasión.  
20

Dirante muriendo

que el alma te adora,

¡Cruel posesora

de mi corazón!

Si me amas, al cielo  
25

tu gloria es subida,



pues dasme la vida,

milagro de un dios:

al mundo modelo

de dichas seremos,  
30

envidia daremos

si me amas los dos.

Si no, pues me mata

sentencia tan dura,

será en tu hermosura  
35

mi sangre un borrón:

¿y quieres, ingrata,

mas ser destructora

que dulce señora

de un fiel corazón?

40

[12]

¿Qué logra una rosa

cerrando el capullo,

cuando con orgullo

se abren otras mil?

Ceder a rigores  
45

de insectos inmundos

los besos fecundos

del aura gentil.

No imites, hermosa,

su ejemplo y desgracias;  
50

cede tantas gracias

a tanta pasión.

¡Ay! cédelas luego,

y sé desde ahora

feliz posesora  
55

de mi corazón.

Poeta

Cuando Amor con Flora

su imperio partía,

turbó su alegría  
60

sola esa canción:

por amor naciendo

ganados y flores,

sólo por amores

muriendo Damón.

65

[13]

Con amor hermoso

cuanto el triste mira:

cuanto ve suspira

de amorosa unión:

sin amor hermosa,  
70

sin amor ufana

sólo la tirana

de su corazón.

Ya en lúgubres modos,

ya en llanto se explica,  
75

y en ecos replica

todo a su canción.

Que amar saben todos:

mas de amar ignora

sólo la pastora  
80

de su corazón. [14]

Las señas

Soneto I

Perdí mi corazón ¿le habéis hallado

ninfas del valle en que penando vivo?

Ayer andando solo y pensativo

suspirando mi amor por este prado,

Él huyó de mi pecho desalado  
5

como el rayo veloz, y tan esquivo

que yo grité «detente ¡oh fugitivo!

Y ya no le vi más por ningún lado.

Si no le conocéis, como en un ara

arde en él una hoguera, y cruda herida  
10

por víctima de Silvia le declara.

Dadle por vuestro bien, que esa homicida

le hizo tan infeliz, que adonde para

mi corazón, ya no hay placer, ni vida. [15]



Venus burlada

II

Vio Venus en la alfombra de esmeralda

de un prado a mi adorado bien dormido,

y engañada, creyendo ser Cupido,

alegremente le acogió en su falda.

La frente le ciñó de una guirnalda  
5

y por hacer temible su descuido,

puso en sus manos un arpón bruñido,

y la aljaba le cuelga de la espalda.

Hijo (le iba a decir); mas despertando

mi Silvia la responde con enojos,  
10

la aljaba y el arpón de si arrojando:

«toma, madre engañosa, esos despojos,

porque me son inútiles estando

sin ellos hechos a vencer mis ojos.» [16]

La guarida de amor

IV

Amor como se vio desnudo y ciego,

pasando entre las gentes mil sonrojos,

pensó en buscar unos hermosos ojos

donde vivir oculto y con sosiego.

¡Ay Silvia! y vio los tuyos, vio aquel fuego  
5

que rinde a tu beldad tantos despojos,

y hallando satisfechos sus antojos,

en ellos parte a refugiarse luego.

¡Qué extraño es ver ya tantos corazones

rendir, bien mío, los soberbios cuellos,  
10

el yugo recibir que tú les pones:

si a más de que esos ojos son tan bellos,

está todo el amor con traiciones

haciéndonos la guerra dentro de ellos! [17]

La vida media

IV

¿Qué importa que del cielo disparado

un rayo la soberbia torre abata,

si de mi choza la cubierta chata

me tiene a sus insultos resguardado?

Y si mientras del viento el mar hinchado  
5

contra el escollo naves arrebatá,

estoy al fuego, entre familia grata,

asando mis castañas, ¿qué cuidado?

Árdase el orbe entero en la braveza

y en las guerras de Marte sanguinoso,

10

que si de Silvia, por mayor fineza,

besos me da de paz el labio hermoso,

¿Habr  opulencia igual a mi pobreza!

 O ajena dicha me tendr  envidioso! [18]

El no

V

 Ay cuantas veces a tus pies postrado,

en lágrimas el rostro sumergido,

a tus divinos labios he pedido

un sí, cruel, que siempre me han negado!

Y pensando ya ver tu pecho helado,  
5

de mi tormento a compasión movido,

en vez del sí ¡ay dolor! he recibido

un no que mi esperanza ha devorado.

Mas si mi llanto no es de algún provecho,

si contra mí tu indignación descarga,  
10

y si una ley de aniquilarme has hecho;

Quítame de una vez pena tan larga,

escóndeme un puñal en este pecho,

y no me des un no que tanto amarga. [19]

La flor temprana

Suele tal vez, venciendo los rigores

del crudo invierno y la opresión del hielo,

un tierno almendro desplegar al cielo

la bella copa engalanada en flores;



Mas ¡ay! que en breve vuelve a sus furores  
5

el cierzo frío, y con funesto vuelo

del ufano arbolillo arroja al suelo

las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras Silvia, «¡oh pobre arbusto,

dijeras con piedad, la suerte impía  
10

no te deja gozar ni un breve gusto!»

Pues repítelo, ingrata, cada día;

que el cierzo frío es tu rigor injusto,

y el triste almendro la esperanza mía. [20]

El templo de Venus

Canto Lírico

Cual solitario cisne, que mirando

próximo de morir el trance fuerte,

con canto triste, armonioso y blando

se pone él mismo a celebrar su muerte,

de esta manera yo, Dilerio, cuando  
5

cercano a padecer la misma suerte,

el fatal golpe de la parca espero,

cantar mi muerte como el cisne quiero.

Si la amigable musa no desmaya,

y si su influjo al espirar recibo,  
10

mi pena haré que a tus oídos vaya

envuelta en los renglones que te escribo:

pero Clío al mirar la ardiente playa

en que desamparado ¡ay triste! vivo,

no osa dejar, por más que yo la brindo  
15

la deliciosa habitación del Pindo. [21]

Hasta las mismas musas me han dejado;

que yo no sé si, viéndome perdido,

el amor o el temor las ha alistado

de mi enemiga hermosa en el partido:  
20

en el horrible y turbulento estado

a que la ingratitude me ha reducido,

tan solamente a tu amistad apelo

por único remedio y por consuelo.

A ti tan solamente, ilustre amigo,  
25

inestimable y firme compañero,

a ti te haré de mi dolor testigo,

pues lo eres del amor más verdadero:

lee esta triste carta en que me obligo

a pintarte el estado lastimero  
30

de una alma que fluctúa entre pasiones,

si no borra mi llanto los renglones.

La negra atrocidad, el inhumano

rencor de aquel destino más impío,

no produjo jamás en pecho humano

35

un dolor comparable al dolor mío:

en vano el corazón emplea, en vano,

para oponerse al mal su esfuerzo y brío;

porque como corriente impetuosa

todo lo arrasa mi pasión furiosa.

40

[22]

Mi débil corazón, atribulado

de sus males por la hórrida procela,

es cual barco en el golfo alborotado

sin palos, sin timón, jarcia ni vela;

de las hinchadas ondas volteado  
45

veloz tan pronto hasta las nubes vuela,

veloz tan pronto en el instante mismo

se encuentra sumergido en el abismo.

Cuántas pasiones puso en el humano

la cólera temible de los cielos,  
50

tantas conspiran con furor insano

a conturbar mi pecho entre desvelos

esperanza, tristeza, amor tirano,

odio, temor, resentimiento y celos;

todas unidas en mi daño se hallan,  
55

y contrapuestas entre sí batallan.

Y el eterno tesón de la congoja,

que en descontento vuelve mi alegría,

de toda la esperanza me despoja



de mejorar de suerte en algún día:  
60

ni un instante el dolor la cuerda afloja

en el silencio de la noche umbría,

ni cuando en la mitad de su carrera

se para el sol a iluminar la esfera. [23]

¡Ay, cómo los placeres más completos  
65

ya se han mudado en fuentes de disgusto

y cuantos me rodean son objetos

propios para excitar horror y susto!

De árboles secos feos esqueletos;

de áridos montes el aspecto adusto;  
70

y en vez de flores ásperos abrojos,

que crecen con el llanto de mis ojos.

Si antes la sociedad me disgustaba,

hallaba mi descanso en el retiro;

pero el placer que el bosque antes me daba  
75

con aversión y tedio ahora le miro.

El viento que las hojas meneaba,

del arroyuelo el tortuoso giro,

ni delpreciado ruiseñor el canto,

no tienen para mí ningún encanto.

80

El sueño que las penas tanto engaña,

y a todos los vivientes hace iguales,

pues el pastor que duerme en su cabaña

no echa de menos las alcobas reales,

si mis sentidos un instante baña,

85

la idea me presenta de mis males

en formas tan horribles y espantosas,

que más que la evidencia son penosas. [24]

Me acuerdo que una noche en que el exceso

de una cavilación tan incesante,  
90

o de las mismas lágrimas el peso

me hizo cerrar los ojos un instante;

el breve y melancólico embeleso

un sueño me inspiró tan semejante

a la causa fatal de mis congojas,  
95

cual te dirá mi voz, si no te enojas.

En el florido campo de Citeres

transportado de pronto me contemplo,

morada de los lúbricos placeres

do Venus tiene su soberbio templo;  
100

gran tropa de varones y mujeres

iban a entrar en él; y yo a su ejemplo

de una secreta fuerza arrebatado

puse los pies en el umbral sagrado.

Entré; pero parome la hermosura  
105

de la fabrica inmensa que veía;

obra de amor y que unió para su hechura

las musas y las gracias a porfía:

de aquel mármol, que al alba en su blancura,

y en duración al tiempo excedería,  
110

las columnas, los arcos eran hechos

que sustentaban los excelsos techos. [25]

Abren sonantes y anchurosas puertas

del templo el paso a la votiva gente,

rodando en quicios de metal, cubiertas  
115

de láminas de plata refulgente:

en ellas para siempre dejó abiertas

el buril de Vulcano diestramente

altas memorias de hurtos amorosos,

que son de amor los triunfos más gloriosos.  
120

Vieras allí por el pastor altivo

en vivas llamas abrasarse Troya;

llamas que lanza Atridas vengativo

al robador de su amorosa joya:

mírase allí pintada tan al vivo  
125

del caballo la bélica tramoya,

que parece se ve correr la gente,

y se oye hablar a Ulises elocuente.

Vieras a Dido allí, llena de enojos,

del Troyano llorando el fingimiento,  
130

puestos los tristes aunque hermosos ojos



en las naves que ya se lleva el viento:

y con las armas, únicos despojos

del fugitivo amante, en un momento

caer traspasada en las ardientes teas,  
135

con moribunda voz llamando a Eneas. [26]

Vieras también a Júpiter tonante

dejando a un lado el celestial decoro,

por una ninfa en la ribera errante.

Ir transformado en inocente toro;  
140

y a la guardada en muros de diamante

gozarla convertido en lluvia de oro,

mostrando no hay honor tan defendido

que amor no venza al interés unido.

Creieras ver que el alto Olimpo estriba  
145

sobre la enorme cúpula dorada,

no habiendo humana vista que perciba

(tal es su elevación) si está cerrada:

unas veces del sol la llama viva

como el cristal la deja iluminada,  
150

otras, oscurecido el vasto seno,

se oye debajo retumbando el trueno.

De los sagrados muros en contorno

no se descubren dóricas labores,

que del templo de amor el propio adorno  
155

sólo guirnaldas son de hermosas flores:

ellas, volviendo y revolviendo en torno

de las altas columnas, mil olores

hacen subir desde la tierra al cielo,

que en amantes deliquios dan consuelo.

160

[27]

Por gozar del abril las verdes galas

concurrentes pajarillos a millares,

con el sordo susurro de sus alas

rondando alrededor de los altares:

Amor, tú sus pasiones les señalas,

165

tú los reúnes en amantes pares,

y malicioso te diviertes luego

en verlos respirar tu infausto fuego.

Yo estaba embelesado contemplando

tan vasto, hermoso y mágico edificio,  
170

cuando advertí que se iba levantando,

creciendo y resonando un gran bullicio:

«Venus, Venus, favor (iban gritando):

Amor, divino amor, sednos propicio»;

y las mismas palabras que decían  
175

las bóvedas del templo repetían.

Entró un carro tirado de palomas;

un gran coro de ninfas le rodea:

en él sentada, y difundiendo aromas

iba en el traje Venus Citerea  
180

que dio a su mano de las áureas pomas

la más gloriosa en la montaña Idea;

velo que de las Gracias la más pura

prendió oficiosa a su gentil cintura. [28]

¡Oh! si me diera aquí naturaleza

185

en vez de pluma su pincel valiente,

pintara la hermosura y gentileza

de la madre de Amor omnipotente:

la graciosa apostura de cabeza,

las negras cejas, la serena frente,  
190

y la rica madeja del cabello

que se derrama por el albo cuello.

¡Quién pudiera pintar el atractivo

de los brillantes ojos y serenos,

que con un mirar lánguido y lascivo  
195

lanzan de amor mortíferos venenos

¡Cuántas veces a Jove vengativo,

pronto a aterrar al mundo con sus truenos,

estos ojos con sólo una mirada

le dejaron la diestra desarmada!  
200

Pero entonces tan dulce los revuelve,

tan graciosa los para y los retira,

que en amor, en delicia, en fuego envuelve



la tierra, el cielo, y cuanto al paso mira:

aquí la paz a dos amantes vuelve,  
205

allá piedad en una ingrata inspira,

acá las furias de un celoso calma,

allí en la ausencia la inquietud de un alma. [29]

Deslizado el pincel pintara luego

de su seno los orbes torneados,  
210

que a no encerrarse en ellos tanto fuego,

dijera que de nieve eran formados:

en ellos es donde Cupido ciego

cuando aplica los labios sonrosados

mama por leche aquel licor ardiente,  
215

que le hace tan lascivo y delincuente.

Tanta belleza, tanta maravilla

vi de la Dea en la divina cara,

que cuanta estrella en ese cielo brilla

para comparación no me bastara.  
220

Los amadores ya con fe sencilla

se iban humildes acercando al ara;

su ofrenda en ella cada cual coloca,

y, suspirando, a la deidad invoca.

Uno la blanca palomilla inmola  
225

por pintar de su fuego la inocencia:

otro la tortolilla viuda y sola

por abreviar los plazos de la ausencia:

el celoso la pálida viola:

y el olvidado humo de la esencia

230

más olorosa que la Arabia cría;

yo solo sin ofrenda me veía. [30]

Como rosal, que al despuntar la aurora

rompiendo los pimpollos opresores,

aunque varios matices atesora,  
235

siempre el carmín resalta en sus colores;

así al verme entre el vulgo que la adora,

sin ofrenda de inciensos ni de flores,

se puso el bello rostro de la diosa,

no sé si de enojada o vergonzosa.  
240

¡Mas ay triste de mí! que su semblante

dudar no me dejó de sus enojos

y vi salir un rayo penetrante

de cada cual de sus hermosos ojos.

«Pérfido adorador, traidor amante,  
245

(Me dijo) ¿qué pretenden tus arrojos!

¿Con qué poder, con qué derecho impío

osas tú profanar el templo mío!

«¿Tú, el más infame y vil de los humanos,

a insultarme, sacrílego, te atreves!  
250

¿No sabes que los dioses soberanos

tiemblan de mis enojos los más leves?

¿Tú, sin ofrenda alguna entre tus manos,

hacia el sagrado altar la planta mueves!

¿Hay un mortal que tal audacia tenga,  
255

y Citerea Venus no se venga! [31]

«Pues a mi omnipotente padre hago,

por la Estigia laguna, juramento

de causar en tu pecho tal estrago

que sirva a tus secuaces de escarmiento.  
260

Una ingrata mujer te dará el pago

de esta profanación y atrevimiento:

tú la amarás; mas de su pecho duro

no te prometas ni un favor, perjuro.

«La explicarás tu amor; y ella con ceño  
265

ni querrá dar oídos a tu queja,

sino huirá de ti con el empeño

que del hambriento lobo huye la oveja:

la verás en los brazos de otro dueño,

y que a ti en tu furor morir te deja:  
270

así castigaré tus desacatos:

hijo, da cumplimiento a mis mandatos.»

Dijo: y el niño amor, que en el regazo

de su divina madre reposaba,



alcanzó con pueril desembarazo  
275

una dorada flecha de su aljaba,

el arco apoya en el siniestro brazo,

y disparando con la diestra brava,

tal herida, el cruel, hizo en mi pecho,

que a él mismo le pesó de haberla hecho.  
280  
[32]

Con la impresión del golpe doloroso

de un salto me salí fuera del lecho;

el corazón me late presuroso.

Que ni el aliento puedo echar del pecho:

y como el cervatillo que medroso  
285

huyendo va del cazador acecho,

a todas partes miro, y cuanto veo

me parece ser sueño, y no lo creo.

No es sueño mi dolor, que la divina

Silvia por quien idólatra me muero,  
290

vengando a la colérica Ciprina,

tanto odiándome está cuanto la quiero:

ella desprecia en mí la pasión fina

por hallar un amor menos sincero;

¡ah! no conoce, como yo, el estado  
295

doloroso de amar, sin ser amado.

Así de mi dolor la contumacia

me atormenta y oprime noche y día,

y de esta suerte, amigo, mi desgracia

siempre patente está en la fantasía.  
300

¡Oh! si fuera tan viva su eficacia

que diera fin a la existencia mía,

viera yo terminado mi martirio;

¿Pero yo venturoso? ¡Qué delirio!

[33]

Los desvelos

VII

Queda dormido sobre el duro leño

el marinero de bogar cansado;

duerme, y a los sentidos del soldado

Marte ofrece también dulce beleño.

Duerme el sabio después que con empeño  
5

gran rato en su bufete ha meditado:

sin hacer nada el necio embelesado

vase entregando poco a poco al sueño.

Yo solamente del común reposo

no disfruto un momento, un breve rato:  
10

¿Pues cómo ha de vivir, sino angustioso,

quien está viendo, Silvia, tu retrato,

a todas horas celestial y hermoso,

pero a ninguna compasivo y grato! [34]

La bandera

Epístola I

Delio, leí tus versos delicados

llenos de amenidad y de dulzura,

y viendo tus trabajos ponderados

moviome a compasión tu desventura:

vi la negra prisión de los malvados  
5

que retratar tu musa allí procura,

de quien eras ayer guardián severo,

como allá en los infiernos el Cerbero. [35]

Te juzgas infeliz; pero yo envidio

esas que tú me pintas crudas penas,  
10

pues es mejor ser guarda de un presidio

que arrastrar del Amor duras cadenas;

tú las noches en lánguido fastidio

pasas, y yo de turbulencia llenas:

¡Cuánto más apacible es esa calma,  
15

que en esta agitación tener el alma!

Si tú vives cerrado a tu despecho

entre facinerosos malhechores,

yo a mi pesar albergo en este pecho

el mayor de los fieros matadores:  
20

¡Cuánto mayor estrago tienen hecho

los dardos del amor abrasadores,



que con el fuego o acerado hierro

la forajida gente de ese encierro!

Cuando tú ayer al declinar la tarde  
25

a su colmo elevaste mi alegría,

insidioso el amor, como cobarde,

sus tiros a mi pecho dirigía:

en un balcón estaba haciendo alarde

de su beldad la desdeñosa mía,  
30

tanto que enamorado de su cara,

el mismo sol por contemplarla para. [36]

Bien pudieran a vista de sus ojos

obscurer su brillo las estrellas;

pudiera viendo sus cabellos rojos  
35

Febo ocultar sus pálidas centellas

al mirar sus mejillas por despojos

rendir pudiera abril sus flores bellas;

a su pecho el invierno llamar debe

lo más cándido y puro de su nieve.  
40

Viendo en su boca la agradable risa,

ocultará sus perlas el oriente,

ocultará sus perlas si divisa

las que se asoman al coral riente:

a parecer obscuro le precisa  
45

al cielo lo sereno de la frente,

pues porque esté serena allí le deja

un iris la natura en cada ceja,

¿No ves al caminante en la espesura

de las frondosas selvas emboscado,  
50

si le sobrecogió la noche oscura,

sin hallar el camino deseado?

¿No le ves triste y lleno de amargura

mirar el cielo en nubes enlutado,

y el agua que los árboles desgaja  
55

y derrumbada de las nubes baja? [37]

¿Y cuando solamente se está oyendo

el ronco silbo del soberbio noto,

un relámpago vivo precediendo,

que parece abrasarse el verde soto  
60

rasga la nube el rayo con estruendo,

tiembla la tierra en duro terremoto,

y atónito y confuso el caminante

no osa mover la planta atrás ni adelante?

De esta manera yo cuando marchaba  
65

al compás de instrumentos belicosos,

alta la noble insignia que guiaba

al templo del honor los valerosos;

cuando advertí que Silvia en mí fijaba

los rayos de sus ojos luminosos  
70

me turbo, paro, y resistiendo en vano,

se me cae la bandera de la mano.

De la amorosa llama perturbado

rendí a sus pies la insignia del dios Marte;

¡Que mucho tremolando, enarbolado  
75

en su frente, de Amor el estandarte!

¡Ay Delio! y pues ya ves mi triste estado,

un consejo por último he de darte,

y es, que si tienes corazón sensible,

te guardes de su vista, que es temible.

80

[38]

Al corazón

Oda II

Pobre corazón mío,

te siento palpar apresurado:

¿Qué es del antiguo brío?

¿Tú tan acongojado?

¡Ay! ¿quién te ha puesto, dime, en tal estado!  
5

¿Tú tiembles y enmudeces!

¿La presunción altiva qué se ha hecho,

Con que quisiste a veces

Salírteme del pecho

Por parecerle a tu arrogancia estrecho!  
10  
[39]

¡Qué! ¿tan pronto se muda



en temeroso un corazón valiente!

Sácame de esta duda,

pues te tengo presente,

pero te desconozco enteramente.  
15

Sumergido te encuentro

en las lágrimas mismas que derramas,

y veo de tu centro

salir voraces llamas;

¡Ah! no lo dudo, corazón, tú amas.  
20

No es menester respuesta

para que tu desgracia se autorice:

Amas, sí; tu funesta

situación me lo dice:

Y no te corresponden: ¡infelice!

25

Fue de una vergonzosa

pasión tu libertad esclavizada:

¡Ay libertad preciosa,

víctima desdichada,

en las aras de amor sacrificada!

30

[40]

Con desprecio veías,

ajeno de caer en tal desbarro,

de amor las tiranías

burlándote bizarro

de los que tiran su triunfante carro.

35

Mas ya te estoy mirando

entre viles esclavos confundido,

la cadena arrastrando,

al carro vas uncido,

más que ninguno de ellos abatido.  
40

Más que ninguno de ellos,

pues si al Amor a sujetarse vienen

sometiendo sus cuellos,

correspondencia tienen,

con las esperanzas se mantienen.  
45

Pero tú sin ventura,

sin esperanza, odiado estás ahora,

amando una hermosura

injusta a quien la adora,

que sólo del ingrato se enamora.

50

[41]

Cual Ícaro tu vuelo

al claro sol de Silvia has levantado;

ya te ves de su cielo

cual Ícaro arrojado,

y en el mar de tus lágrimas ahogado.

55

En tu esperanza vana

ni el más leve verás de sus favores,

pues guarda la inhumana

para otros los olores,

para ti las espinas de las flores.

60

Son sus mayores gozos

ver tus ojos en llanto derretidos;

tus ayes, tus sollozos,

tus míseros gemidos

son música agradable a sus oídos.  
65

Pues, corazón cobarde,

esfuerzo en la desgracia, toma aliento,

y ya que ella hace alarde

de tu fiero tormento,

haz tú de aborrecerla el firme intento.  
70  
[42]

Ya, ya por fin respiras,

y noble correspondes a quien eres;

te burlas, de sus iras

injurias la profieres,

la miras orgulloso, y no la quieres.

75

Contemplas los estragos

con que a otros pechos el Amor afana;

no escuchas sus halagos,

y haces su astucia vana

de Silvia huyendo la beldad tirana.

80

Mas, corazón ¿qué haces?



¿Al nombre de la ingrata te enterneces?

¿En llanto te deshaces?

¿Mil suspiros la ofreces?

¿Has olvidado ya que la aborreces?  
85

¡Ay, que tú Silvia bella,

en situación te ha puesto bien terrible!

El separarte de ella

aún dudo si es sufrible,

pero el aborrecerla es imposible.

90

[43]

El desconsuelo

VIII

Crecido con las lluvias de repente

rompe el río las márgenes que baña

e inundando sus aguas la campaña.

arrasa frutos, árboles y gente.

El pastor, que asustado y diligente  
5

se subió por librarse a la montaña,

ve desde allí el ganado y la cabaña

envueltos en el rápido torrente.

Y aquel vivo dolor con que afligido

mira ahogadas las tímidas ovejas

10

para siempre llorándose perdido,

No equivale a la angustia en que me dejas,

Silvia, cuando tu labio endurecido

responde con desdenes a mis quejas. [44]

El sueño importuno

### Oda III

No vengas, dulce sombra

de mi adorado dueño,

a hermostear mi sueño

para volar con él:

    Mi labio ¡ay Dios! te nombra,  
5

pero despierto, y pago

caro el fugaz halago

con un dolor cruel.

Ponga la noche al menos

tregua a las ansias mías;  
10

y pues me sobran días

para apurar su hiel:

No vengas dulce sombra

de mi adorado dueño

a hermostear mi sueño  
15

para volar con él.

Muerte es la negra noche,

muere del sol el rayo,

ceden a igual desmayo

campo, avecilla y flor,  
20

Y hallo en tan vasto luto

el infeliz consuelo

de ver el mundo en duelo,

como lo está mi amor.

Si él a oprimir bastare  
25

mi párpado un momento,

el velador tormento

siendo un momento infiel;

No vengas dulce sombra

de mi adorado dueña  
30

a hermostear mi suelo,

para volar con él. [45]

Cuando en la amarga lucha

de mi tenaz congoja

sobre el cojín se arroja  
35

mi acalorada sien;

Este el postrer suspiro,

es, digo, y postrer gota,

que de mis ojos brota

para el ingrato bien. [46]  
40

No anhele sueño entonces,

sino mortal letargo;

mas ay que el llanto amargo

vuelve a mis ojos fiel;



tras la implacable sombra  
45

de mi adorado dueño,

que hermosteó mi sueño

para volar con él.

No soy de los felices,

a quienes blando el sueño  
50

suele volver risueño

dichas que les robó;

a mi un sopor terrible

lígame en férreos lazos,

para arrojarme en brazos  
55

del ansia en que me halló.

Para espirar soñando,

sin despertar muriendo,

de tanto espectro horrendo

entre el feroz tropel,  
60

no vengas dulce sombra

de mi adorado dueño

a hermostear mi sueño

para volar con él. [47]

Sé fiel a mis desdichas,  
65

o sueño, en tus delirios,

píntame los martirios

de mi constante fe:

píntame los rigores,

o la cruel cadena  
70

a que ella me condena

cuando a sus pies me ve.

Mas si, en mi mal piadoso,

vas a pintarla humana...

mientes, que ella es tirana:  
75

rompe el falaz pincel;

y huya la amable sombra

de mi adorado dueño

de hermostear mi sueño

para volar con él. [48]  
80

La desesperación

IX

Inhumano destino, dura suerte,

furia de amor cebada en abatirme,

¡cuándo te cansarás de perseguirme,

y yo descansaré de padecerte!

Mas tu cruel constancia ya me advierte,  
5

que en el averno has hecho voto firme

de no cesar con penas de afligirme

hasta el instante mismo de mi muerte.

Muerte, pues si remedio de mis males

has de ser, ¿en qué tarda tu venida?

10

Corta ya mis espíritus vitales;

No tu pálido aspecto me intimida,

que será el ver que pisas mis umbrales

el único placer que tuve en vida. [49]

La Silvia

Canto lírico

Fuentes del sentimiento y la armonía,

regalo de los Cisnes del Parnaso,

primer favor que Febo les envía

a ellos tan liberal, como a mí escaso,

refrigerad mi ardiente fantasía,

5

algunas flores derramando al paso

sobre el recuerdo del fugaz contento

de que cantando alivio el pensamiento.

Que así como al soldado le es gustoso

contar de anciano juvenil victoria.  
10

o al inhábil marino en su reposo

de sus naufragios peregrina historia,

yo así un instante de mi vida hermoso,

un sólo instante, traigo a la memoria:

volviendo así tras la ilusión perdida  
15

corriente atrás del río de mi vida: [50]

Mas no la lira pulsará mi mano



para quien del Amor dichas moteja,

que canta el ruiseñor, y suena en vano

para el villano su doliente queja;  
20

mas si pasa el sensible ciudadano,

que caminando de su amor se aleja,

luego a la voz simpática se para,

y al del ave infeliz su mal compara.

Dos veces su carrera dilatada  
25

al rededor del sol la tierra hacia,

y el sol con influencia variada

en frutos diferentes la envolvía,

sin que la hermosa Silvia, acostumbrada

a oír y despreciar la pena mía,  
30

a una pasión tan firme y verdadera

un solo rayo de esperanza diera.

Vanas eran mis tiernas persuaciones,

sin fruto el suspirar, perdido el llanto,

que ella la brava mar de mis pasiones

miraba desde el puerto sin espanto:

y cuando en lastimeras expresiones

iba a exponerla humilde mi quebranto,

dioses, que su semblante airado visteis,

aun vosotros su cólera temisteis.

40

[51]

¿Veis en furor a la Leona torva,

que el duro lazo en destrozarse empeña

rabiosa despedir la garra corva,

y al aire dar la polvorosa greña:

ceba en el tronco que su fuga estorba  
45

los dientes que entre blanca espuma enseña,

fuego brotan sus ojos encendidos,

la selva se estremece en sus rugidos?

No menos obstinada en su despecho

oye mis quejas Silvia, pues parece  
50

crece la ingratitud en aquel pecho

al paso que en el mío el amor crece:

mi corazón en lágrimas deshecho

los de las mismas fieras entenece,

pero Silvia se burla en su porfía  
55

de la ternura de ellas y la mía.

¿Quién, al ver la frescura de las rosas

en su apacible rostro, imaginara,

que bajo de apariencias tan hermosas

un corazón impío se ocultara!  
60

¿Impío? ¡Oh dioses! no: si las dichosas

mansiones vuestras la piedad dejara:

¿Dónde encontrara asilo digno de ella,

sino en el pecho de mi Silvia bella? [52]

No es que un corazón tenga de diamante  
65

insensible al amor. ¡oh Dios! no es eso;

es que nadie la adora digno amante,

aunque llegue a adorarla hasta el exceso:

al lado de su mérito brillante

es débil mi pasión, yo lo confieso;  
70

mas si yo no la quiero, busca en vano

más fuego, más amor en pecho humano.

Así lo conoció la hermosa un día

que acaso en mí fijó sus claros ojos;

de un corazón que en vivo fuego ardía  
75

vio consumir los últimos despojos:

la vista del horrendo mal que hacía

moviola a compasión, y de sus rojos

labios dejó salir un sí tan tierno,

que pudo hacer feliz al mismo Averno.

Palabra, que al salir dejó suspensas

las leyes a que el mundo se halla adjunto;

los planetas sus órbitas inmensas

cesan en describir por aquel punto:

Febo, rompiendo las tinieblas densas,  
85

lució de noche a las estrellas junto,

y Neptuno, elevado sobre un monte

de agua, domina el férvido horizonte. [53]



En medio del Olimpo Amor risueño

triunfante se presenta en la palestra;  
90

Venus regocijada con empeño

la victoria del hijo al padre muestra:

Júpiter, descompuesto el grave ceño,

revuelto el manto, sin acción la diestra,

y casi fuera de su trono inmenso  
95

contempla a Silvia atónito y suspenso.

Suspensas, quietas, y en silencio mudo

las obras de natura portentosas,

buscan aquel feliz mortal que pudo

entrañas ablandar tan rigurosas;  
100

y cuando de la boca en que el más crudo

desden dictó respuestas siempre odiosas,

venciste, tuya soy, Fileno, oyeron,

a sus antiguas leyes se volvieron.

Amor, que la inspiraste el dulce intento  
105

de pagar mi pasión constante y fina,

la poderosa mano ni vio momento

levantes de tal obra, que es divina:

al lado de mi Silvia el pensamiento

adorará tu imagen peregrina,  
110

y serás más feliz puesto a su lado,

que en la falda de Venus acostado. [54]

Mira ya renacer en el Oriente

el día más hermoso y más sereno,

en que dejará Silvia lo inclemente,  
115

haciendo venturoso a su Fileno:

mira ya descollar su rubia frente

al sol de nuevos resplandores lleno,

que los fogosos brutos apresura

para testigo ser de mi ventura.

120

En vano de tu luz haciendo ensayos,

¡oh Febo! al precipicio te conduces,

¿Qué será del torrente de tus rayos

cuando Silvia abrirá sus claras luces?

Buscarás que tus pálidos desmayos  
125

oculten de la noche los capuces;

pero Silvia hará claros tus sonrojos,

ahuyentando la noche con sus ojos.

Mas si la escucho que a sus pies me llama

para hacerme señor de su albedrío,  
130

¿Cómo así cede el fuego que me inflama

en vez de centellar con nuevo brío?

Un hielo por mis venas se derrama,

¿La has olvidado ya, corazón mío?

¡Ah! la idea del gusto que te aguarda  
135

te llena de temor, y te acobarda. [55]

Yo que a la triste margen del Letheo

bajara con valor y confianza,

no por un bien perdido, como Orfeo,

sino por tener de él leve esperanza  
140

cuando benigna a la Fortuna veo

que alegre su dorada copa alcanza,

y me brinda el placer más soberano

¿no tendré esfuerzo de alargar la mano!

Tres veces a pisar llegué la puerta  
145

que al templo de mi Diosa daba entrada,

y otras tres veces la esperanza incierta

hizo volver atrás la planta osada.

Entre fríos temores medio muerta

iba a quedar mi dicha sepultada;  
150

pero Amor me dio fuerza de improviso,

Y cercado me vi de un paraíso.

Veo extenderse una florida alfombra

bajo mis pies que huellan su verdura

cubrirse el cielo de apacible sombra  
155

embalsamarse el aire de dulzura;

tropa que me rodea, y no se asombra,

de tímidas corcillas; y Natura,

que hacer un sitio digno solicita

del soberano dueño que le habita.

160

[56]



Suspendi me con súbito embeleso

la vista de los árboles frondosos,

encorvadas las ramas con el peso

de los frutos más dulces y sabrosos;

a veces figurando un bosque espeso  
165

enlazados los troncos escabrosos,

otras formando calles agradables

de hileras a la vista interminables.

Jamás aquellos árboles conmueve

de bramadores vientos el orgullo;  
170

el dulce respirar del aura leve

excita de sus hojas el murmullo,

a cuyo blando son también se atreve

la tórtola a mezclar el de su arrullo,

y el de los ruiseñores, que sus nidos  
175

tienen entre las hojas escondidos.

No espera allí Natura los sudores

de fatigados hombres, ni de brutos,

para cubrir los árboles de flores,

y sazonar los deliciosos frutos;  
180

ni del invierno teme los rigores,

pues de sus producciones los tributos

en cualquiera estación a Silvia ofrece,

que ella su gloria y su deidad parece. [57]

Las manantiales aguas cristalinas,  
185

bajando con estruendo despeñadas

entre escarpadas rocas y colinas,

formando van magníficas cascadas:

y después que las plantas más vecinas

del benéfico humor dejan bañadas,  
190

se parten en arroyos bullidores,

y se pierden jugando entre las flores.

Las flores, que en eterna primavera

mantiene siempre frescas y olorosas

Silvia con la esperanza lisonjera  
195

de hacerlas en su pecho venturosas:

la rústica amapola en él espera

causar envidia a las purpúreas rosas,

que puesta en tal esfera, en lustre y gala,

la reina de las flores no la iguala.  
200

Terminan la remota perspectiva

cordilleras de montes a lo lejos:

lagunas que del sol la luz más viva

reverberan en trémulos reflejos:

mieses que mueve el aura fugitiva;  
205

y ganados y alegres zagalejos

cantando y caminando hacia la aldea,

que allá la niebla impide el que se vea. [58]

En lo interior las aves inocentes

que están sonoros trinos ensayando,  
210

el lento murmurar de las corrientes

aguas que por el valle van cruzando,

la multitud de olores diferentes

que el céfiro difunde al aire blando;

todo delicias, todo amor respira,  
215

todo amores de Silvia al mundo inspira.

En fin, aquellos sitios fortunados

parece solamente haber servido

de asilo a dos amantes conservados

de las ruinas del mundo destruido:  
220

yo a quien tantos objetos encantados

tuvieron hasta entonces sin sentido,

pensé buscar la celestial figura

de la que daba ser a la hermosura.

No con tal prontitud atrás se deja  
225

la antigua selva por bajar al río

la fatigada cierva, sí le aqueja

la sed en el ardor del seco estío;

como yo, revolviendo la perpleja

vista por todo aquel lugar sombrío,  
230

la imagen de mi bien iba buscando,

encantos y delicias despreciando. [59]



Pasé la multitud maravillosa

que de bellezas primavera envuelve;

pero mi pensamiento, que en la hermosa  
235

Silvia se ocupa, ni a mirarla vuelve:

la majestad noté con que la rosa

de su verde botón se desenvuelve;

pero al querer fijar la vista en ella

No (me responde Amor): Silvia es más bella.  
240

Mas ¡ay! en vano el cuerpo miserable

en busca del amado bien fatigo,

que iba huyendo de mí la sombra amable

con más velocidad que yo la sigo;

al fin, sobre aquel árbol admirable  
245

que no teme de rayos el castigo

sentado vi de Citerea al hijo,

que con maligna risa así me dijo.

«Oye, Fileno, al fin de esa alameda

modular una voz grata, suave,  
250

que el curso libre a los alientos veda,

y arrebatarse los corazones sabe:

¿juzgas ser el favonio que remeda

el cantar apacible de algún ave?

¡Ah! ¿con que no conoces, inocente  
255

que es tu Silvia, que canta dulcemente?» [60]

De un arroyo feliz siguiendo el rastro

sentada ¡ay Dios! la vi en su verde orilla,

más clara y luminosa que aquel astro

que en medio de la esfera inmóvil brilla;  
260

sobre el brazo más blanco que alabastro

apoyada la angélica mejilla;

y los ojos, de amor ministros ciertos,

de celestiales párpados cubiertos.

De gracia y majestad a un tiempo llena,  
265

Amor a un tiempo y sumisión infunde;

albo color de leche en la serena

frente y garganta bella se difunde

en su rostro el candor de la azucena

al carmín de la rosa se confunde;

270

mas la boca, mansión de amable risa,

sola en ella la rosa se divisa.

Inmóvil a tal vista, ni al aliento

osaba dar salida de medroso,

viendo con la quietud que el mismo viento

275

respetaba en silencio su reposo;

y no sé yo si acaso en tierno acento,

a vista de prodigio tan hermoso,

ésta es mi Silvia, gloria de mis penas,

tímido el labio pronunciase apenas;

280

[61]

pues por una sonrisa maliciosa

que de los suyos separó la grana,

como suele el pimpollo de una rosa

abrirse al despuntar de la mañana;

mi suerte hasta la altura más gloriosa

285

vi remontarse próspera y ufana,

pues luego conocí que no dormía,

sino despierta estaba, y lo fingía.

Y huyen al punto ¡oh dicha! de su frente

cuantos desdenes ásperos prohíben  
290

mi tierno amor, y me hace de repente

el mortal más feliz de cuantos viven.

Parece que la selva entonces siente

mi placer, que las aves le perciben,

pues coronando van en varias tropas  
295

de los vecinos álamos las copas.

Cada amorosa fuente se apresura

por arrojarse al seno de su lago;

cada paloma muestra su ternura

de su movable cola en el halago;  
300

cada vid a su tronco se asegura;

cada muro a su yedra vuelve el pago,

y cada insecto liba mil olores



en los sabrosos besos de las flores. [62]

A cuyo son campestre y halagüeño

305

así se unió mi voz amante y pura:

«Oh soberana Silvia, único dueño,

a quien me entrega amor y mi ventura,

depón, hermosa, el obstinado empeño

de negar por trofeo a tu hermosura

310

un corazón, que en sí siente el destino

de ser premio a tu mérito divino.

«Que este delirio amante en que se inflama

no lo ha encendido en él pródigo el cielo

sino para que brille en digna llama  
315

la suprema beldad que en ti dio al suelo;

ya Himeneo estos vínculos reclama,

antes que el tiempo con furtivo vuelo

llegue, y mande a los fríos desengaños

talar la flor de tus floridos años.  
320

«Yo tu esposo he de ser: y esta voz mía

no Amor sólo en mi labio la coloca,

sino que la afirmó con energía

la voz de Silvia, y su purpúrea boca:

y ambos corriendo entonces a porfía,  
325

no quedó tronco allí, ni dura roca

sin recibir en cifra, o dulce empresa,

nuestro contrato, y nuestra fiel promesa. [63]

Mal segura promesa ¡y qué te has hecho!

Sombra, y no más es ya la dicha suma  
330

que tuvo esfuerzo de sentir mi pecho,

pero que no sabrá expresar mi pluma:

cobró ya su tiránico derecho

el tiempo, que no hay bien que no consuma,

y del mío tan solo me ha dejado  
335

un ¡ay que fue! más ¡ay que se ha acabado!

Ausente de ella vivo: en sus favores

clavó la envidia el venenoso diente:

perdona tú, ocasión de mis amores,

si te agravio en decir que vivo ausente:  
340

vosotras avecillas, plantas, flores,

a quienes mi ventura fue patente,

ya que no sois testigos de mi muerte,

ayudadme a llorar mi adversa suerte.

Cuando secretamente unos a otros  
345

os estáis prodigando las caricias,

acordaos, pajarillos, que nosotros

fuimos vuestro modelo de delicias;

y por el bello día en que vosotros  
350

volasteis a pedirme las albricias

de que Silvia me amó, venid, decirme

si Silvia piensa en mí, si Silvia es firme. [64]

Y tú, dorado padre de los ríos,

cuando pomposo en Portugal desaguas,  
355

la margen llena de árboles sombríos,

que retratando van tus claras aguas;

préstales a los tristes ojos míos

tu raudal todo; y si apagar las fraguas

que mi pecho alimenta no lograras,  
360

corre a perderte en los inmensos mares.

Silvia, tu nombre, Silvia, el pecho bronco

en la orilla del mar al aire daba:

Silvia, al estruendo de las olas ronco

en la ribera opuesta el son acaba:  
365

Silvia, tu nombre crece con el tronco

en que mi mano trémula le graba:

Silvia, el aire silbando entre las cañas;

Silvia, repite el eco en las montañas.

Al fin, aunque el furor de las estrellas  
370

me destierre a los montes de la luna,

y allí existieren criaturas bellas,

si más bella que tú cabe en alguna

yo les diré, mi bien, tan sólo aquellas

palabras que te di en mejor fortuna:

375

Nunca el ara en que Silvia fue adorada



será por otro fuego profanada. [65]

Pasó veloz aquel feliz momento

que siguieron tantos infelices:

¡Oh! no me representes, pensamiento,  
380

el mirto que nos hizo tan felices:

si mi dicha halló cuna en su cimiento

ya su sepulcro envuelven sus raíces,

y el doble y corvo filo de la parca

graba eterna en su tronco aquesta marca:  
385

«mirto dichoso, cuya copa espesa

fue del más puro amor corona un día,

conserva siempre en tu corteza impresa

esta señal de la ternura mía;

y al fatigado caminante expresa,  
390

si viniere a gozar tu sombra fría,

que si el súbito bien la muerte diera

bajo tu dulce sombra yo muriera.» [66]

Del amor: A Silvia

Cuartetos

¿Conócesle, ocasión de mi cariño,

a ese niño obediente a tus antojos,

ese, que aún fuera un inocente niño,

a no haber hecho de él un Dios tus ojos?

Él solo reina porque tú le inspiras  
5

fuego y poder con tus divinas luces,

vive del aire que al hablar respiras,

nace en las flores que al andar produces.

Cuantos te ven le rendirán trofeos;

y el sumo bien de merecer favores  
10

hará que aborte la virtud deseos,

y que enloquezca la razón de amores. [67]

A mi rival

Oda IV

Tómate el oro que la Arabia cría,

o mi Rival, que como al rayo temo:

vete a reinar adonde nace el día,

y aún te obedezcan en el otro extremo.

Déjame a mí con la pastora mía,  
5

¡su corazón!... ese es mi bien supremo.

¿Quieres un lauro que tu frente ciña

con mayor gloria que a ningún guerrero?

¡Ojalá invicto en la Mavorcia riña

venza con sólo relucir tu acero!  
10

Déjame a mí de mi adorada niña

sólo un laurel que de su mano espero. [68]

El paladar si recrear codicias,

yo pediré que te conceda el cielo

en peces y aves todas las primicias  
15

del ancho mar y del florido suelo,

mientras que yo para gozar delicias

ansioso al lado de mi Silvia vuelo.

¿Es tu ambición saber Astronomía?

Newton te dé su penetrar intenso;  
20

quita los ojos de la estrella mía,

y ahí tienes mil en ese cielo inmenso:

a la que sola con su luz me guía

suba la nube de mi solo incienso.

¿Es al Poeta tu mayor envidia?  
25

Toma mis versos, que si no son bellos,

el mismo Febo por vencerlos lidia

cuando oye el nombre de mi Silvia en ellos;

y hasta las musas, en nombrando a Silvia,

doblan al canto los sagrados cuellos.  
30

Pueda tu voz apaciguar la ira

del sordo mar y su sonoro estruendo:

Naturaleza al escuchar tu lira

muda se pare, como yo esté oyendo

la bella boca que placer inspira,  
35

dulce cantando, dulce más riendo. [69]

Grato a mis voces el Amor te brinda



las ninfas todas del recinto Íbero,

y la que guarda más preciosa y linda

entre murallas el Sultán más fiero;  
40

pero de Silvia tu ambición prescinda,

que a mí el amor me la brindó primero.

Mi labio va donde tu planta pisa:

esclavo tuyo para siempre quedo:

y, si a tu suerte puede ser precisa,  
45

darte ¡oh Rival! hasta mi vida puedo:

¡pero de Silvia!... ni una sola risa,

ni una voz sola, ni un mirar te cedo.

[70]

A d. Josef de Vargas

Epístola II

Corred, volad, tímidos versos míos,

mientras las Musas pavorosas gimen,

por el árido bosque de navíos

que las espaldas de Neptuno oprimen:

y en una de esas máquinas, que bríos

dan al furor para el sangriento crimen,

hallaréis entre horrísonos cañones

a quien de paz os da sabias lecciones. [71]

No os admire que insignias militares

vista quien dulce paz os aconseja,  
10

ni verte pronto a ensangrentar los mares

cuando asolado el continente deja:

dura necesidad de sus hogares,

no crueldad, no la ambición le aleja;

necesidad y honor con falso brillo  
15

dan a su mano el bárbaro cuchillo.

El falso pundonor, esa chimera

de todos aclamada, no entendida,

de la soberbia vil tan compañera

como de la virtud desconocida;  
20

es quien la venturosa paz altera,

acibara los gustos de la vida,

y dirige el puñal del hombre insano

contra la esposa, el padre o el hermano.

Tú, Vargas, del honor la senda triste  
25

pisas, dejando huellas inmortales;

no buscas esa gloria que consiste

en la desolación de tus iguales;

si por cumplir el cargo que escogiste,

cual valeroso joven sobresaes;  
30

aspirando a virtudes más sublimes

la dura espada involuntario esgrimes. [72]

También yo involuntario la desnudo,

y el resplandor del hierro me horroriza

cuando contemplo el ministerio crudo  
35

de matar, destruir, volver ceniza.

¡Mas ay! que ya Belona el ancho escudo

embraza, y de discordia el fuego atiza,

llevando tras el hórrido caudillo

el corazón soberbio y el sencillo.  
40

Lejos, lejos de mí el eco tremendo

del cañón que derriba las murallas;

no es mío de los hombres estar viendo

la mortandad horrible en las batallas:

yo tiemblo al escuchar el duro estruendo  
45

con que entre picas y lucientes mallas,

atropellando gentes presuroso,

pasa de Marte el carro polvoroso.

Hay quien gusta de ver llena la tierra

de cadáveres pálidos y fríos,  
50

y que rieguen los frutos de la guerra

de sangre humana caudalosos ríos;

pero a mí este espectáculo me aterra:

llenos de humanidad los ojos míos,

sólo pueden hallar horror y susto  
55

donde el fiero soldado encuentra gusto. [73]

Otras vistas me agradan, y no aquellas;

de más sólidos bienes me enamoro:



ojos, que deslucís a las estrellas,

cabellos, que robáis el brillo al oro,  
60

labios, que marchitáis las rosas bellas,

pechos, que de la nieve sois desdoro,

hoy a vosotros pienso dirigiros

un triste don de llanto y de suspiros.

Vosotros solos sois de mi avaricia  
65

el objeto y la gloria deseada:

mi tierno corazón sólo codicia

un vuestro sonreír, o una mirada:

mientras otro las horas desperdicia

en ganar la corona ensangrentada,  
70

las manos de mi Silvia deliciosas

me coronen a mí de mirto y rosas.

Amigo, la pasión me desvanece,

haciéndome soñar felicidades,

en un tiempo en que el sol no resplandece  
75

sino para aclarar negras maldades:

vivimos (si tal nombre se merece

el gozar lo peor de las edades)

días, en que a la paz horrenda guerra

arrojó para siempre de la tierra.

80

[74]

Tienda la noche su estrellado manto

sobre la desgraciada faz del mundo:

ya no me da su obscuridad espanto,

ni su silencio tétrico y profundo:

yo sólo respirar puedo entre tanto

85

que a los demás vivientes me confundo,

y sus tinieblas roban de mi vista

el objeto fatal que me contrista.

Un entusiasmo triste me sofoca,

y siempre del propósito me aparta,  
90

negando aquella parte que les toca

a los divinos versos de tu carta;

mas como ni mi ciencia, ni mi boca,

pobre de voces, de defectos harta,

pueden, Vargas, llegar donde tú alcanzas,  
95

oye reconvenciones, no alabanzas:

¿Los peligros me mandas que rehuya,

y de exponer mi vida así me acusas

cuando el próximo riesgo de la tuya

pálido mira el coro de las Musas?  
100

Y en tanto que la paz te restituya

se turban las corrientes Aretusas,

llora también el rubio Febo intonso;

tanto merece el gran cantor de Alfonso. [75]

Me tributas elogios sospechosos;  
105

en lugar de adularme ellos me ofenden,

pues me alabas en versos tan hermosos

que a los míos afrentan y reprenden:

cantos de ruiseñores amorosos,

cuando en el bosque al cazador suspenden,  
110

no formaron jamás tan dulce ruido

como es el de tus versos en mi oído.

Si acaso visitar los patrios lares

permite alguna vez la guerra impía,

cuando en los dulces brazos te encuentres  
115

de tu bella mitad, yo de la mía;

entonces tus empresas militares,

tu talento, tu gran sabiduría

ocuparán mi voz; pero entre tanto

ten la bondad de perdonar mi canto.  
120  
[76]

Antes de partir

## IX

Silvia, ya raya el día, y juntamente

la hora que a mi partir prescribe el hado;

suave respira el viento, el mar salado

lamiendo va las playas blandamente.

Antes, bien mío, que de ti me ausente  
5

bien pudieras hacerme afortunado

y con suspiros de tu pecho helado

moderar el dolor que el mío siente.



Ellos serán mi aliento en el camino:

y cuando más de ti me halle distante,  
10

será mi vida este favor divino.

Los años volverán su giro errante:

pero, a pesar del tiempo y del destino,

partiré triste, y volveré constante. [77]

La despedida de Silvia

Ya llegó el instante fiero,

Silvia, de mi despedida,

pues ya anuncia mi partida

con estrépito el cañón:

a darte el adiós postrero  
5

llega ya tu tierno amante,

lleno de llanto el semblante,

y de angustia el corazón. [78]

Llega tú, objeto divino,

tiéndeme los brazos bellos,

10

que si logro yo que en ellos

dulce acogida me des,

No conseguirá el destino

el golpe que quiere darme,

porque antes de separarme  
15

me verá muerto a tus pies.

¡Oh! si las pasiones nuestras

fueran de igual violencia,

el dolor de nuestra ausencia

se partiera entre los dos:  
20

mas tú un semblante me muestras

indiferente o contento,

cuando yo no tengo aliento

ni aun para decirte adiós.

Murmurando un manso río  
25

baña el prado con sosiego,

y por fruto de su riego

bellas flores ve brotar:

tú en silencio, llanto mío,

mi afligido pecho bañas.  
30

Y de Silvia las entrañas

no consigues ablandar. [79]

¿Mas qué dices, Silvia mía,

con ese tierno suspiro?

¿Por qué entre lágrimas miro  
35

tus ojos resplandecer?

Cual nube que en claro día

opuesta al sol se deshace,

y el sol con sus rayos hace

brillar el agua al caer.  
40

¿En mí los lánguidos ojos

fijas con tanta ternura?

¿Sin faltarle la hermosura

falta a tu rostro el color?

¿Vas a abrir los labios rojos  
45

y el sentimiento los sella?

¡Que en ti haya de ser tan bella

aun la imagen del dolor!

¡Insensato? yo pensaba

que la amarga pena mía  
50

algún alivio tendría

si tú penaras también:

Al error que me engañaba

concede, Silvia, el perdón:

ya siento más tu aflicción,

55

que antes sentí tu desdén. [80]

Bien mío, por Dios te ruego,

serena el triste quebranto;

no vale tan bello llanto

cuanto el mundo encierra en sí:  
60

Pasen por ti con sosiego

de amor las horas serenas,

y aquellas de angustias llenas

que se detengan en mí.



En mí, miserable y triste,  
65

por el cielo destinado

para soportar del hado

la bárbara crueldad:

no en ti, que hermosa naciste

llena de un poder divino  
70

para tener el destino

sujeto a tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,

mientras que mi ausencia llores,

de encontrar mil amadores

75

más de tu gusto que yo:

otro, a quien dispense el cielo

la fortuna de agradarte;

pero otro, que sepa amarte

como yo te amo, eso no. [81]

80

No me enamoró tu trato,

ni tu semblante perfecto,

sino un simpático afecto,

que tal vez nací con él:

yo me figuré un retrato  
85

de las gracias verdaderas,

y conocí que tú eras

el original de aquel.

No suele en tierra caído

tan turbado e indeciso  
90

a un relámpago improviso

el caminante quedar,

como yo de amor perdido

al mirar tu bello rostro,

pues luego a tus pies me postro,  
95

y te adoro a mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas

en la explicación no caben;

los cielos solos las saben,

que el fondo del alma ven,  
100

y vieron las horas llenas

de deliciosos recreos,

que colmaron mis deseos

en los brazos de mi bien. [82]

Ya las aguas blandamente

mueve afable ventolina,  
105

y de la gente marina

se oye la confusa voz:

ya del ancla el corvo diente

del fondo tenaz retiran:

todos a darme conspiran  
110

una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante

piso la débil barquilla,

pronta a abandonar la orilla,

y llevarme al gran bajel.  
115

Silvia, a tu infeliz amante,

en los últimos momentos,

¡qué funestos pensamientos

no le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite  
120

con que pagas mis ternezas

se me acuerdan tus finezas,

tu cariño bien lo sé:

No hay prueba que no acredite

tu pasión en mi presencia;  
125

¿pero quién sabe en la ausencia,

si sabrás guardarme fe! [83]

Ese atractivo divino,

de mi sumo bien origen,

tal vez los hados lo eligen  
130

por principio de mi mal:

y mientras yo, ausente y fino,

mi perdida prenda lloro,

los encantos que yo adoro

gozará un feliz rival.



Yo, mi bien: no, gloria mía;

¡oh! no se lleven los vientos

esos tiernos juramentos

que el universo envidió:

«Venzamos la tiranía  
140

del tiempo y de la distancia

con la invariable constancia

del lazo que nos unió.»

Al salir el sol brillante,

al poner sus luces bellas,  
145

al nacer luna y estrellas

estaré pensando en ti:

No me apartaré un instante

de esta idea encantadora;

y tú entretanto, traidora,  
150

ni aun te acordarás de mí. [84]

A solas mi pensamiento

engolfado en esos mares y

repasará los lugares

donde contigo me vi:  
155

entonces mi sentimiento

hará sensibles los bronces;

tú, más que ellos dura, entonces

ni aun te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones;  
160

allá la juré mi dueño;

allí con labio halagüeño

me dio el venturoso sí:

tal vez estas reflexiones

harán que el dolor me acabe:  
165

y tú entretanto ¿quién sabe

si te acordarás de mí!

Llamaré instante de gloria

aquel en que vi tu gracia,

y origen de mi desgracia  
170

el punto en que la perdí!

Mil veces esta memoria

me hará renovar el llanto

y tú ¿quién sabe entretanto

si te acordarás de mí!

175

[85]

Cuando sólo se estén viendo

en el cielo las señales

con que asusta a los mortales

el supremo Criador,

óyese el tronar horrendo  
180

en las cavernas más hondas;

y del mar las turbias ondas

se levanten con furor:

cuando impelido del Noto

el soberbio mar Tirreno  
185

quiera desde su hondo seno

las estrellas asaltar:

y emplee el triste piloto,

en vez de la ciencia, el ruego,

viendo ser su nave el juego  
190

de la cólera del mar:

entre los rancos clamores

de gente que atribulada

ante sus ojos la espada

de la muerte ven lucir:  
195

yo haré que de mis amores

tan negro horror se despida,

y ¡adiós, Silvia de mi vida!

Se oirá en los viejitos gemir. [86]

La satisfacción

A su amigo

¿Tú también, dulce amigo,

vienes con cruda mano

a desgarrar heridas

que sangre están brotando!

Cuando a un abismo amaga  
5



precipitarme el hado,

¿Quieres tú dar impulsos

a su funesto brazo!

Yo vi, al volver la cara,

a mil amigos falsos  
10

ir con terror huyendo

de mi terrible estado

Y habiendo cuenta solo

con tu amigable amparo,

te vi seguir las huellas

15

del escuadrón ingrato.

Mis ojos, no pudiendo [87]

disimular el llanto,

iban siguiendo ansiosos

tus fugitivos pasos.  
20

Apellidé los títulos

que en otros tiempos claros

amenizar solían

nuestro apacible trato:

«Querido compañero,  
25

amigo fiel» te llamo:

mas tus oídos siempre

los encontré cerrados,

como al clamor inútil

del pordiosero anciano  
30

suelen estar las puertas

del opulento avaro.

Iban a dar tirantes

con tus esfuerzos bárbaros

los estallidos últimos  
35

de nuestro amor los lazos.

Cuando algún Dios movido

del lamentable caso,

quiso a mi voz volverla

su natural encanto;  
40

y por postrer victoria

de la amistad, alcanzo

a ver que al fin te paras [88]

a contemplar tu engaño

así como el que en sueños  
45

ve algún espectro pálido

amenazar su vida

con el puñal en mano,

que se levanta atónito,

frío y de aliento falto,  
50

a registrar solícito

el aposento opaco,

y satisfecho apenas,

después de largo espacio,

aún juzga ser verídico  
55

el aparente amago;

así tu rostro expresa

con miserables rasgos

la oposición de afectos

que tu candor turbaron.  
60

Y como estás oyendo

la voz de mis contrarios,

dudas si fingen ellos,

o sólo yo te engaño.

¡Alternativa horrible  
65

para un corazón sano,

ver comparar su crédito

al del falaz malvado!

Me avergüenzo al decirlo: [89]

pero después reparo  
70

que es la vergüenza inútil

donde el delito es falso.

Pero a la virtud pura

que en juveniles años

sembró en tu tierno pecho  
75

el paternal conato,

de los remordimientos

con el licor amargo,

dejo el funesto oficio

de vindicar mi agravio.  
80



Que yo, enlazando al cuello

los cariñosos brazos,

las injustas sospechas

de mis amigos calmo. [90]

Adiós: a una fuente

XI

Quédate adiós, oh cristalina fuente:

harto tiempo mi llanto has conocido

con tus aguas mezclarse, y mi gemido

quejarse de una ingrata inútilmente.

Quédate adiós: no quiero yo se cuente  
5

que turbar tu reposo he pretendido

con voces, que se pierden en su oído

como en el mar tu líquida corriente.

No te emponzoñe víbora nociva,

ni te turbe del viento la braveza  
10

hasta que el mar undoso te reciba.

Y ¡ojalá! el corazón de mi belleza

no imite tu inconstancia fugitiva,

sino de tus cristales la pureza. [91]

Las quejas

Endechas

Llanto infeliz, que sólo

de dulce y lisonjero

tienes la amable causa

por quien te estoy vertiendo

llanto infeliz, que a fuerza

5

de humedecer mi seno,

ves cuán inútil eres

para apagar su fuego.

Llanto infeliz, tu curso

para por un momento,  
10

mientras escribo a Silvia

mis amorosos versos.

Lágrimas, no borrarlos,

que, después de leerlos,

ella de su memoria  
15

los borraré bien presto.

Tal la veloz paloma [92]

por la región del viento

pasa sin dejar rastro

del vagaroso vuelo:  
20

tal llegarán mis voces

su adorado objeto

sin que en su pecho hiera

ni aun el final de un eco.

Pero herirán los valles,  
25

los encumbrados cerros,

los extendidos mares,

y hasta los mismos cielos,

a compasión movido

el sensible universo,  
30

todo estará llorando;

y tú, cruel, riendo.

Tú, a quien las llamas suben

de mi voraz incendio:

tú, a quien los aires vuelan  
35

de mis suspiros tiernos:

que enamoras las aves,

que encadenas los vientos,

que embalsamas las auras

con tu divino aliento,  
40

y con tus ojos... ¡Dioses!

Pudieras todo arderlo

si sólo a mi sus rayos [93]

todos no hubieran vuelto.

Ellos en mí encontraron  
45

un corazón dispuesto

a alimentar volcanes

de inextinguible fuego.

Miráronme benignos,

coronaron mi afecto,  
50

y amor jamás vio lazo

tan dulce como el nuestro.



Las Gracias, envidiosas,

en su bailar ingenuo,

trataban de imitarle  
55

con inocente juego.

Cuantos lazos hacían

quedaban imperfectos;

amor lo ve y se ríe,

que conoce el misterio.  
60

Días harto apacibles

para durar serenos,

días, que vio la envidia

con ojos de veneno;

y vomitando de humo  
65

mil torbellinos negros,

los enlutó entre nubes

de borrascosos celos.

Cual fue mi angustia ¡oh Dioses! [94]

al punto en que cubierto  
70

de sospechas injustas

vi su semblante bello.

Cuando en aquellos ojos,

emulación de Venus

para expresar ternura,  
75

vi pintado el desprecio.

No más fría quedara,

mas sin color ni aliento

la risueña aldeana

si de su falda al tiempo  
80

que va a sacar las flores

que le dio el prado ameno,

viera en su blanca mano

el escorpión más negro;

que yo cuando trocado  
85

vi todo mi recreo,

mi única gloria toda

en todo mi tormento.

¡Tan poco te merecen,

Silvia, mis afectos,  
90

que a la primer calumnia

ya los contemplas reos!

¡Yo dejarte por otra!

¡Yo no amarte! ¡oh blasfemos!

¿pudieron escucharos  
95  
[95]

desarmados los cielos?

Mas ellos no, tus ojos...

Ojos que estáis tan hechos

a leer en el fondo

de este corazón vuestro,  
100

descended al profundo

de mi angustiado seno,

descended penetrantes,

descended justicieros,

y hallad, si os fuere dado,  
105

un sólo sentimiento

que no proclamé a Silvia

por soberano dueño.

Regístrese a las luces

de tan vivos luceros,  
110

si en mis aras se quema

sino por ella incienso.

Para ti, ídolo mío,

que entronizada en medio

das norma a mis destinos  
115

y vida a mis deseos.

¡Yo dejarte por otra!

¡Yo! que si me hallo lejos

de ti, tu misma imagen

no basta a mi consuelo:

120

que amo más uno solo [96]

de tus dulces recuerdos,

que todas las finezas

y amorosos extremos

de cuantas hermosuras

125

pueblan el universo.

¿No me oyes, inhumana?



¡Ay cuanto los perversos,

que mi alma te han quitado,

la tuya corrompieron!

130

Pues que de ella ahuyentaron

hasta el placer supremo

de dar lágrimas dulces

al infortunio ajeno.

¡Vuelves de mí tus ojos!

135

¿Ni siquiera merezco

vengan a ser mis jueces

mis vencedores bellos?

Corred, lágrimas mías,

suspiros de mi pecho

140

decid a esa inhumana

me consienta a lo menos

a sus plantas crueles

dar el último aliento,

que para su venganza

145

¡Qué más quiere si muero!... [97]

Los ecos

Idilio III

¡Ay quién se viera cual se vio algún día

adorado del dueño por quien muere!

Ya Silvia me ha olvidado y no me quiere;

¡quién en palabras de mujer se fía!

Poeta. El infeliz Fileno

5

a su Silvia engañosa

Así acusaba en la floresta umbría,

De cuyo verde seno

Eco, ninfa piadosa,

Así su triste tema repetía.

10

FILENO

Alma, ¿dónde encaminas tus deseos!

Pecho, ¿dónde diriges tus suspiros!

Ojos, ¿de qué delito fuisteis reos,

Que así procuran los de Silvia huiros!

¡Felices, mientras fuisteis sus trofeos!

15

¡Felices, siendo blanco de sus tiros!

Un día os oprimió su tiranía:

ECO

¡Ay quién se viera cual se vio algún día! [98]

FILENO

Yo gocé reunidos en mi pecho,

en aquel tiempo, que ahora lloro en vano,  
20

todo cuanto placer, cuanto provecho

pueda adular al corazón humano;

pues aunque la fortuna le haya hecho

a otro el más poderoso Soberano,

¡Quién será más feliz que quien se viere

25

ECO

adorado del dueño por quien muere!

FILENO

Sí, cielos, yo me vi de esta manera

cuando el hado me fue más halagüeño,

gozando de la fe más verdadera,

y objeto del cariño de mi dueño;

30

pero ya la fortuna lisonjera

desvaneció mis glorias como sueño,

pues ¡con qué angustia el labio lo profiere!

ECO

Ya Silvia me ha olvidado, y no me quiere.

FILENO

¿Has olvidado, ingrata, el dulce lloro,  
35

feudo amoroso de tu tierno anhelo,

siendo un raudal de perlas el tesoro

que redimía mi menor recelo?

Jurábasme una fe, que ya no ignoro

fuese dejar en testimonio al cielo  
40

que se ve arrepentido en algún día

ECO

Quién en palabras de mujer se fía. [99]

Aglauro y Melisa

## Idilio IV

No es solo la dulcisona garganta

del ruiseñor melodioso y vario,

en las nocturnas horas, quien quebranta

el silencio del bosque solitario:

que bajo el campo azul de las estrellas  
5

también Amor ausente, o sin fortuna,

une con las del ave sus querellas,

y a los dormidos ecos importuna.



Así cuando del mundo huyendo Apolo

dejaba mudo el campo, el mar y el viento,  
10

la voz de Aglauro entre las selvas solo

de la plácida noche era el acento;

lloraba la tardanza amarga y fiera

de un plazo a su esperanza concedido:

Amor, si afliges tanto a quien te espera,  
15

¡Ay del que para siempre te ha perdido! [100]

A la Arcadia entre sombras semejaba

herido de su acento, el valle obscuro:

Yo quitaré los versos que él cantaba,

que son del tardo amor fausto conjuro.  
20

## AGLAURO

Versos, dulce expresión del alma mía,

id a buscar a la que reina en ella,

y de mis ojos tanto se desvía.

Id, conducidos de mejor estrella

que la que en mí domina, y me prohíbe  
25

seguir constante su adorada huella.

Id por esos jardines donde vive,

si no ajena de amores, distraída

del tributo de amor que en mí recibe,

preguntando a las plantas si escondida  
30

la celan, o a las aguas de ese lago

si las está mirando divertida.

Y pues que de los versos el halago

nadie siente como ella, y darles sabe

con el mirto de amor glorioso pago,  
35

salidla al paso, y con rumor suave

al oído decidla: «allí te espera

cuanto cariño en corazones cabe.

Ve, graciosa Melisa, ve ligera [101]

si el mismo que de dichas has colmado  
40

no quieres ya que de inquietudes muera.

Mira, en aquella piedra está sentado,

lleno de tu memoria, absorto y triste;

mas que ella misma inmóvil y parado;

Y, solitario, apenas ya resiste  
45

de tu culpable ausencia a ingratos tiros,

pensando en mil promesas que le hiciste.

Los árboles le escuchan con suspiros

acompañar al ruido de las hojas

que arrolla el viento en rumorosos giros;  
50

Imitando en el ansia en que le arrojas

de la noche el silencio, y no el reposo,

que eso no lo permiten sus congojas.

Ni tú sufras más tiempo que dudoso

viva de aquella fe que le has jurado  
55

con dulce sello de tu labio hermoso;

Sino sigue con paso apresurado

la margen de ese lago cristalino

en que se mira el cielo retratado;

y el mismo amor te enseñará el camino,  
60

pues jamás extravía a los amantes

que seguir quieren su feliz destino.

Los ojos de los astros rutilantes

te verán solo, pues la sombra amiga

ciega los de la envidia vigilantes:

65

[102]

ni hallarás importuno que te siga,

que sólo dan asilo estos lugares

a unos pechos en que amor se abriga

ni te sorprenderán, aunque empleares

en coloquio feliz tan largos plazos

70

como la diosa que nació en los mares,

cuando, encantado Adonis en sus lazos,

el destino cruel la predecía

que era el último aquel de sus abrazos.»

Mas cese ¡oh versos! ya vuestra armonía,  
75

y por himno de amor tan sólo suene

«ven a tu Aglauro, ven Melisa mía.»

Que en la dulzura que el ambiente tiene,

y de esta fuente el murmurar sonoro,

me anuncia el pecho que mi hermosa viene:  
80

ella es sin duda, que se esquivo al coro

de las tres gracias, al sonar entre ellas

los dulces ecos de mi amante lloro,



y ya en el cielo infinidad de estrellas

rayos me envían de su luz templada  
85

por darme claras sus facciones bellas:

suya es aquella gracia delicada,

tierna voz, blando paso, y dulce risa,

¡oh sombra amiga! ¡oh noche afortunada!

Ven a tu amante, ven, dulce Melisa.  
90  
[103]

POETA

Enmudecióse allí prelude el canto

de alegre, sí, más fugitiva gloria:

¡qué de recuerdos tristes entre tanto

debió mi corazón a mi memoria!

Ni un infortunio perdonó la idea  
95

de los que en ella son proceso largo:

desabrido mi labio paladea

de la copa de amor el dejo amargo,

y llorando exclamé ¡pobres amantes!

no fiéis de pasión tan fementida;  
100

que los gustos que da duran instantes,

y los tormentos ¡ay! toda la vida. [104]

El propósito inútil

Idilio V

Ardí de amor por la voluble Elfrida,

y ella en mi incendio se mostró abrasar:

burló mi fe, pero sanó mi herida:

Amor, amor: No quiero más amar.

Amar al uso es conservar su calma,  
5

y en falso labio la pasión mostrar;

y pues amar, y abandonar el alma

no se usa ya: no quiero más amar.

Díceme Amor «¿qué miedo te importuna?

tus dichas yo me ocuparé en colmar,  
10

pues las tres Gracias voy a unirte en una.»

No importa, Amor. No quiero más amar. [105]

Luego a mis ojos se ofreció Delina

cual sólo Amor se la acertó a idear:

yo digo al verla «es en verdad divina»,  
15

pero yo en fin: no quiero más amar.

Es a su lado pálida la rosa,

triste el lucero que preside al mar

de incautas almas perdición forzosa:

mas yo ¡ay Amor! No quiero más amar.  
20

Se ven las flores, por besar su planta

cuando ella baila, la cabeza alzar:

se escucha a Erato si mis versos canta

mas yo ¡ay de mí! No quiero más amar.

De mil amantes la veré seguida,  
25

que ni aún sus dichas me darán pesar;

y en celebrarla he de pasar mi vida;

mas basta así: no quiero más amar.

«Síguela pues, me dice el niño ciego;

sin riesgo puedes de su luz gozar,  
30

que si te acercas por descuido al fuego,

lo gritaré: no quiero más amar. [106]

Necio de mí, que con acción sumisa

a los pies de ella me dejé arrastrar,

sin ver de Amor la maliciosa risa,  
35

al yo decir: no quiero más amar.

Ya por instantes en mi incauto pecho

la llama antigua crece sin cesar;

mas ¡ay Delina! el mal era ya hecho,

que haberte visto es empezarte a amar.

40

[107]

A una ausencia por motivos de salud

Letrilla

En vano el remedio

buscando salí:

que está el mal en medio

de Laura y de mí.

La dulce costumbre

5

de estar noche y día



gozando alma mía

tu plácida lumbre,

me es ya pesadumbre,

no estando tú aquí;  
10

y en vano el remedio

buscando salí. [108]

¡Qué cuerpo afanado

restaura su vida,

si está el alma herida

15

de un triste cuidado!

No bien ausentado,

muy luego advertí

que está el mal en medio

de Laura y de mí.

20

Campos y aires densos,

que de ti me alejan,

son los que me aquejan

con males intensos;

parecenme inmensos  
25

los pasos que di,

cuando alivio en vano

buscando salí.

No en mi Laura hermosa

está el mal que lloro,  
30

ni en mí, que la adoro

como al sol la rosa;

distancia enojosa

me mata; y así...

Está el mal enmedio  
35

de Laura y de mí. [109]

¡Ay qué duro asedio

sufre el alma mía

de melancolía,

soledad y tedio!  
40

Vano fue el remedio

que a buscar salí,

si el mal se halla enmedio

de Laura y de mí. [110]

Al término de la ausencia

Letrilla II

Ya se acerca el día

de volverte a ver:

¡luz de mi alegría!

¡Flor de mi placer!

La ausencia importuna  
5

ya veo espirar:

mi próspera luna

comienza a brillar.

¡Qué hermosa mudanza

se deja ya ver!  
10

La dulce esperanza

me da nuevo ser... [111]

Tal día, la aurora

sea breve en rayar:

pues si se demora  
15

su carro en guiar,

En él, Laura mía,

te hará amor poner;

y aurora, aquel día,

tú sola has de ser...  
20

Tú como ella, amores,

sabrás también dar

perlas a las flores

brillos a la mar,

los rayos suaves  
25

dando a conocer

con que sola sabes

mi pecho encender...

Mas si el sol sus plazos

corta a tu arrebol,  
30

échate en mis brazos,



yo seré tu sol.

Se unirá mi fuego

con tu rosicler,

y tendremos luego

35

dulce anochecer... [112]

Tiempo, haz tú que puedan

veloces volar

las horas que quedan

de crüel penar;

40

y las lisonjeras

de feliz placer,

luego cuanto quieras

puedes detener...

Ya se acerca el día  
45

de volverte a ver:

¡luz de mi alegría!

¡flor de mi placer!

[113]

Libro II

Las amenas y descriptivas

El canastillo

Idilio V

Yo vi, vecino al templo

de la Ciprina diosa,

a una Dríada hermosa,

que era en su baile ejemplo

de adoración graciosa.

5

De otras Dríadas bellas

el coro la seguía,

mas esta al frente de ellas

el campo las abría;

que el campo florecía  
10

bajo sus lindas huellas,

puro como la nieve,

como la niebla leve

pende de su cintura

un velo que procura  
15

burlar el cefirillo;

y rosas mil en torno [114]

son el sencillo adorno

de su talle sencillo.

Llevaba un canastillo  
20

de florecillas varias,

que libres desde el prado

volaron voluntarias

al canastillo amado.

Su cuerpo delicado

25

en dulce movimiento

va imitando a la palma,

que ya se dobla al viento,

ya queda firme en calma.

Su ligereza es tanta  
30

que apenas se divisa

cuando la yerba pisa.

Y con lasciva planta

y con lasciva risa

hace que al templo marche  
35

el coro peregrino,

bailando al son del parche

de un ronco tamborino.

Luego que al templo llega

el coro se despliega  
40

como en vistosa calle,

Y sola en medio al valle

con actitud airosa [115]

queda ostentando el talle

la Corifea hermosa.

45

Blanca como azucena,

fresca como la rosa,

libre cual mariposa

ya de atractivos llena

sobre él un pie se posa,

50

mientras el otro vaga,

y rebatiendo halaga

al que por él reposa.



¡Cuan gentil! ¡cuan ligera

trisca por la pradera!  
55

Anhelantes y lasos

tras sus veloces pasos

se afanan los amores

por aprender ardores

para turbar sosiegos:  
60

por aprender distintos

lúbricos laberintos

siguen su pie los juegos.

Ora corre, ora salta,

ora vuela, ora falta  
65

el tiempo al que la mira,

y de placer suspira.

Ya elegante y altiva

derecha el aire hiende; [116]

ya jugando furtiva  
70

cual agua fugitiva

por el valle se extiende,

y unas flores sorprende

y otras flores esquivas.

El canastillo en tanto  
75

con la sencilla ofrenda

era su dulce encanto,

su acariciada prenda.

Y así, en gentil retozo,

alzando en cada salto  
80

el canastillo en alto,

al Céfito de gozo

parece le decía:

«no verás en el templo

ofrenda cual la mía.»

85

Y que le respondía

el Céfito: «contemplo,

oh ninfa deliciosa,

que en ti veré la Diosa

cuando entres en el templo.»

90

[117]

A Olimpia cantando

Soneto

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,

que dulcemente canta y dulce ríe,

para aquel orgulloso que se engríe

de que ninguna gracia le enamora.

El ejemplo de una alma que te adora,  
5

por más que de tus ojos se desvíe,

hará que el más soberbio desconfíe

de no rendirse a la fatal cantora.

Yo el suave olor que de tus labios parte,

y aun el tacto evité de tus vestidos,  
10

y los ojos cerré por no mirarte;

pero al sonar tu voz en mis oídos,

Olimpia, vi que para no adorarte,

es menester quedarse sin sentidos. [118]

Transformaciones de Venus

## Idilio VI

Por mostrarse entre las Diosas

Venus siempre aventajada,

de mil suertes caprichosas

varió las formas hermosas

con que en Chipre es adorada.

5

Y para tornar consejo

en tan diversos primores

de beldad, gracia y despejo,

pidió a una fuente su espejo,

y al prado un marco de flores,

10

[119]

Dejando lo delicado,

en grandes formas descuella;

y el cielo aplaude admirado

al verla en nuevo traslado

tan colosal como bella.

15

Luego, en la forma donosa



con que el Amor la encariña

cuando en sus brazos reposa,

brindando besos de rosa

parece ser Venus niña.

20

Ya la doble parte oculta

que de la espalda declina;

ya la que en el seno abulta;

y así ¡cuán tierna! resulta,

¡cuán virginal! Venus fina.

25

Mas se ve pronto mudada,

pues ostenta de repente

cada forma tan marcada,

que parece torneada

por Amor Venus turgente.  
30

Luego en la sin par figura

con que a sus rivales priva

del lauro de la hermosura,

encanta con su dulzura,

y es la Venus primitiva.

35

[120]

Tras esto ostenta rigores

con toda la turba amante,

y aunque inspira mil ardores,

a uno solo da favores,

y al fin es Venus constante.

40

Mas pronto se manifiesta

tan caprichosa y tan varia,

y a tantos votos se presta,

que es mariposa en floresta,

y en amor Venus voltaria.

45

Finge, después, que la inspira

Amor su llama invisible;

con ojos lánguidos mira,

con pecho ansioso suspira,

Y al cabo es Venus sensible.

50

Ya a nuestra vista se ofrece

distraída y taciturna;

la luz del sol aborrece;

sólo de noche aparece

para ser Venus nocturna.

55

Ya olvida el talle de Diosa,

y sólo el de Ninfa imita;

y de ser Venus airosa,

pasa a ser Venus hermosa,

y luego Venus bonita.

60

[121]

Ya entre dos hermanas bellas

la Diosa estando perpleja,

sin saber cual copie de ellas,

forma un signo en dos estrellas,

que llaman Venus pareja.

65

Pero si en color trigueño

baña el gracioso semblante,

trasluciéndose en su ceño

con lo esquivo lo halagüeño,

¡Ay qué Venus tan picante!  
70

Ya a las Gracias desafía

con viveza juvenil;

y ora baile, u ora ría,

toda es chiste y alegría,

toda imán Venus gentil.  
75

También hace que en su mano

el crótalo se distinga,

y moviendo por el llano

pie fino y cuerpo gitano,

¡Quién no aplaude a Venus chinga  
80  
[122]

Al fin linda y sin colores,

desmayada se reclina

en lecho de mustias flores;

y te lloran los amores,

¡Gran Venus! ¡Venus divina!  
85

Mientras Venus se desvela



con tales transformaciones,

el Dios Vulcano la cela,

y a un alumno de su escuela

llama, y dice estas razones.  
90

«Ya que el ver te concedí

a Venus transfigurada,

corre luego al mundo, y di

que el modelo se halla aquí,

y las copias en Granada.  
95

«Di también que en mil maneras

es grata la juventud:

mas sus gracias son quimeras,

sin llevar por compañeras

la modestia y la virtud.»

100

[123]

Poesías extemporáneas en ocasión de varios convites y ocurrencias

Soneto

Brindando a las damas

Venus divina, madre de placeres,

baja de tu mansión afortunada,

pues miras esta mesa coronada

de la brillante flor de las mujeres:

baja gozosa; y si dejar sintieres  
5

el coro de quien eres festejada,

ninfa verás aquí más agraciada

que cuantas te acompañan en Citeres.

Y si de tu jardín entre las flores

al placer dejas y al amor dormidos,  
10

no los despiertes, ni su ausencia llores.

Baja, que aquí hallarás nuevos Cupidos,

pues tienen estas damas mil amores

en sus hermosos ojos escondidos. [124]

Anacreónica

Vengan bullendo copas,

vayan volando versos,

néctar vertiendo aquellas,

éstos hirviendo en estro:

nuestras radiantes frentes  
5

háganse reverberos

del astro de las vides,

del sol de los sarmientos.

Pues se ocultó en los mares

sin que observase Febo  
10

que iba en la zaga Baco

de su carro soberbio;

y que saltando a tierra,

cuando lo ve traspuesto,

«Voto a mis viñas, dijo,  
15

que ha de ver ese necio [125]

quién más alegra al mundo,

quién da mayor consuelo,

si sus flamantes rayos,

o mis sorbos añejos.»  
20

Siguiéronle las Horas

curiosas del suceso,

y con ellas, en formas

de mil alados genios,

van los ratos alegres,  
25

y preciosos momentos.

Él iba dando tumbos,

y ellas le alzan riendo,

llevándole en sus brazos

por todo el mundo en vuelo.  
30

Unas lloviendo rosas

en femeniles senos:

otras dando a la espalda

nuestros cuidados tercios;

y él derramando brindis  
35

por entre espalda y pecho.

¿No le escucháis zumbando,

no le sentís bullendo,

ya en vuestras venas dulce,

ya sonoro en mis versos?  
40



Ea, a su ley cedamos,

pues mandan sus preceptos, [126]

que en brindis de hermosuras

su licor apuremos.

La libación primera

45

sea al amable dueño

que en amistad nos junta

con amoroso imperio;

y a este festín preside

con ademán más bello  
50

que la elegante Juno

al del Olimpo excelso.

Sigan luego las hijas,

de amor peligros nuevos,

Terpsícores del baile,  
55

sirenas del acento.

Luego en las otras damas

brindad del bello sexo

las gracias y virtudes,

los chistes y talentos.  
60

¿Y quién por la que adora

no brindará en secreto,

saboreando el vino

con tan dulce recuerdo?

Si no encontráis más bellas,  
65

brindemos por los feos,

a quienes tizna Marte

con sangre y polvo negro; [127]

por recobrar los lauros

que dio a nuestros abuelos;  
70

los que en la austral comarca

llevan al yugo opresos

a invasores beodos

que, en baldón de Lileo,

vuelven su vino en llantos,  
75

y no, como él, en juegos.

No deis paz a los vasos,

canto y trago por ellos

no reparéis si es Grave,

ni Jerez ni Burdeos,  
80

porque yo en cualquier vino

me hallo gloria y proyecto;

si como sangre es tinto,

me contemplo guerrero;

si es como el oro rubio,  
85

téngome por un Creso.

Y bien cual los peñascos

que con brazos de hierro

lanzaban los gigantes

hasta los altos cielos,  
90

salgan de las botellas

con resonantes ecos

los escupidos corchos

a combatir los techos; [128]

porque néctar manando,  
95

y esto feliz vertiendo,

vengan acá esos vasos,

vayan allá esos versos. [129]

Dando los días de San Antonio a una señorita hija de un diplomático

Derramar flores a cargas

hoy pide la ceremonia:

mas yo he de decirte, Antonia,

cuatro verdades amargas.

Oye, y el color no mudes  
5

mientras de mi boca escuchas

ciertos delitos, que muchas

los tuvieran por virtudes.

Mientras las bélicas palmas

cubre tu padre de olivas,  
10

tú adquieres armas nocivas

con que hacer guerra a las almas.

¿No son terribles audacias

que dejen siempre confusas

tu voz cantando a las Musas,  
15



tu pie bailando a las Gracias? [130]

Y que del merecimiento

robes a otras la esperanza,

siendo una triple alianza

de bondad, gracia y talento.  
20

Así a quererte convidas;

y tu patrón, que en el cielo

agente es de nuestro anhelo

en buscar cosas perdidas.

«No tengo yo mala fiesta  
25

(Dirá al ver tus perfecciones)

si he de hallar los corazones

que andan perdidos por ésta.»

Pero el modo de que crezca

su fama, y todos le aclamen,  
30

será, si por mil que te amen

halla uno que te merezca. [131]

Cenando en su casa con varios amigos y señoras

Aunque Apolo no lo ordene,

por dar gusto a ojos tan bellos

si el consonante no viene,

lo traeré por los cabellos.

Yo colmara de loores  
5

algún rostro peregrino

pero en la mesa, señores,

la mejor moza es el vino.

Como soy de instrucción flaco,

su inventor no sé quién fue:

10

el gentil dice que Baco

el cristiano que Noé.

Pero esa es cuestión de nombre,

porque al cabo un dios sería

el que pudo hacer que el hombre

15

beba a copas la alegría. [132]

A celeste origen debes,

vino, virtudes tan altas,

pues hasta el alma te embebes,

y la engrandeces y exaltas.  
20

Tú haces al necio entendido

al torpe elocuencia das,

y hasta el sabio más sabido

con tu sabor sabe más.

Si te bebe el rencoroso,

25

contigo olvida el agravio

si el callado y misterioso,

le asoma el secreto al labio.

De Marte das las centellas

al ojo del bebedor;  
30

y en los ojos de las bellas

eres rayo del Amor.

Vuélvese franco y leal

pecho que en ti se bañó,

y al hombre haces tan cabal  
35

cual Diógenes no le halló. [133]

Que otro gallo le cantara

si el socarrón del anciano

por linterna lo buscara

con una bota en la mano.  
40

De tan suave licor llena

sube al cielo, copa mía,

y brindemos tú y mi vena

por tan grata compañía.

Por estas damas levanto  
45

tu cristal a las estrellas,

aunque digas vale tanto

no apartar los ojos de ellas.

Y por mi Esposa te apura

mi labio, en fin, de una vez,  
50



antes ¡ay! que mi ternura

vuelva en Lágrima el Jerez. [134]

Brindando en un convite de bodas

XIII

Constante Celia, a quien la suerte en vano

contradijo un afecto generoso,

yo te aplaudo el placer de hacer dichoso

a quien se enlaza a tu preciosa mano.

Amor, que un tiempo te afligió tirano,  
5

hoy te arrebatada en carro victorioso,

y coronada de su mirlo hermoso

al tálamo nupcial te lleva ufano.

Al blando yugo allí rindes el cuello;

y, cediendo a la noche misteriosa,  
10

te mira el sol en su último destello

Con el cariño que a una flor dichosa,

que hoy la deja botón cerrado y bello,

para verla mañana abierta rosa. [135]

Implorando a favor de la Real Imprenta la protección de SS. MM., que fueron a visitarla en  
1818

Estancias

Feliz hora y bien lograda

la que trae vuestro esplendor,

rey benigno y reina amada,

de Minerva al obrador.

Bien es digna del fomento  
5

y el favor de un sabio rey

la invención que al pensamiento

ha sabido dar su ley.

Él volara fugitivo,

siempre vago y siempre infiel,  
10

si la Imprenta su cautivo

no le hiciera en el papel. [136]

Deteniendo al tiempo el paso

por la Imprenta aun hoy oís

la lira de Garcilaso,  
15

la elocuencia de Solís.

Y ya con tipos fecundos

las copias multiplicando,

haga a un tiempo que dos mundos

oigan la voz de Fernando;  
20

Ya lleve vuestras bondades

impresas en sus renglones;

siempre os gana voluntades,

siempre os rinde corazones.

La imprenta, Señor, ampara,  
25

que es digno de vuestra gloria,

mientras otra se os prepara

en el templo de Memoria:

Donde el Apolíneo coro

grabará con mano fiel  
30

otro nuevo siglo de oro

por Fernando e Isabel. [137]

La reina aplicando a la prensa su real mano sacó estampado el siguiente

Madrigal

Aunque de negra tinta concebidas,

y de la prensa en el afán nacidas,

las letras que aquí estamos

la suerte de las rosas no envidiamos.

Si a ellas el sol les da matices rojos,  
5

mejor es nuestra estrella

en ver por primer luz la de los ojos

de la Augusta Isabel, bondosa y bella. [138]

Con igual motivo

Soneto

Gime la prensa cuando al pliego ajusta

vuestro nombre, Isabel, y el de Fernando;

gime, y es de placer de estar gozando

de ambos monarcas la presencia augusta.

Materia hallar quisiera más robusta  
5

en que imprimir, la gloria eternizando



de un rey al pueblo tan benigno y blando,

de una reina tan bella, amable y justa.

Mas no, Fernando; ni a la huella intensa

del buril, ni al pincel en sus matices

10

cede en su obsequio la afanosa prensa;

que es su blasón con tipos y matrices

llevar tu voz a una distancia inmensa,

y a do quier que la lleva hacer felices. [139]

En igual ocasión a los serenísimos señores Infantes

No tanto de placer queda colmada

la ansiedad del cansado caminante,

cuando alzando los ojos ve delante

las torres de la villa deseada;

ni con júbilo igual ve recobrada  
5

su libertad la tortolilla amante,

volando al dulce nido en el instante

que rota ve la pérfida lazada;

como al ver la bondad y gracia unida

de Carlos y Francisca, alegre aclama  
10

la imprenta a su favor agradecida.

Las letras sirven bien a quien las ama:

tiempo vendrá en que paguen su venida

con la inmortalidad, y con la fama. [140]

A Lidia, comiendo en el campo

Imitación de Catulo

Amémonos, Lidia mía,

en la edad de los amores,

sin curarnos de la envidia

de los viejos detractores.

Nacen y mueren los días  
5

entre tinieblas y albores;

pero nuestra luz si espira,

no vuelve a sus esplendores.

La de tus ojos me abrasa:

¡Ay! si a templar mis ardores  
10

tus deseos te convidan,

ellos queden vencedores.

Déjame beber mil dichas

en esa boca de flores:

tus labios serán la copa  
15

de los más dulces licores. [141]

A mil de los míos dales

mil tuyos por sucesores,

y luego con mil te pido

que los labios me devores.  
20

Veremos en la porfía

de ardientes competidores

si tú me los das más dulces,

o yo te los doy mejores.

Así honraremos el día,  
25

y estos sombríos verdores

que nuestra mesa engalanan;

y antes que mi ausencia llores

De tal suerte confundamos

mis goces y tus favores,  
30

que no los cuente la envidia

de los viejos detractores. [142]

A unos amigos que le reconvenían sobre su olvido de la poesía

XIV

Ceden del tiempo a la voraz corriente

recias pilastras y columnas duras,

las cúpulas rindiendo, que seguras

se sustentaban en su excelsa frente.

Caduco desde el Líbano eminente  
5

baja el añoso cedro a las llanuras,

ayer frondoso adorno en las alturas,

hoy triste cebo en el lugar ardiente.

Contra la destrucción tampoco abrigos

halló mi musa: que si busca ansiosa



10

versos que ya la esquivan enemigos,

sólo a ofrecer se atreve afectüosa

verdad, y no ilusión a mis amigos,

caricias, no cantares a mi esposa. [143]

A la noche

Al concluirse una larga cena, para ahuyentar el sueño que algunas de las damas decían tener

Oda

Retírate, noche umbría

huye al tenebroso Averno,

y no nos robes un día

tan digno de ser eterno.

¡Qué! ¿por llenar de placeres  
5

el lecho de algún tirano

privar nuestra vista quieres

de objeto tan soberano?

Si vienes haciendo alarde

de tus divinas estrellas,  
10

Noche, ya has llegado tarde

las vemos aquí más bellas. [144]

Mas tú dirás ser el sueño

quien nuestro gusto destierra

pues con oculto beleño  
15

los bellos párpados cierra.

Si es así, por compasión,

dile al pesado Morfeo

que no quiera ser ladrón

de tan amable recreo.  
20

Pues con pestañas abiertas

le invoca la senectud,

que acuda, y deje despiertas

la hermosura y juventud.

Mas ¡ay! que sordo a mi canto  
25

todo lo rinde a porfía

bajo su lóbrego manto.

Oye, pues, mi ruego tierno:

retirate, noche umbría,

huye al tenebroso Averno,  
30

y no nos robes el día

más digno de ser eterno.

[145]

Emilia

Poema descriptivo y moral

Advertencia

Se imaginaba este poema por el año de 1802, con el fin de estimular la afición a las bellas Artes, en una Señora de distinción que gustaba de emplear su caudal en objetos de magnificencia y gusto; proporcionando enseñanza a los niños huérfanos y pobres, de los que se proponía sacar artistas propios de la buena escuela de nuestros antiguos maestros en Escultura, Pintura y Arquitectura. Su muerte hizo cesar el estímulo que tenía el Autor para proseguir el poema, que pertenece al género descriptivo, poco versado por nuestros

antiguos poetas; y que consiste en una serie de pinturas o descripciones amenas, propias para divertir la imaginación de un solitario. Se ha procurado envolver con tanto artificio el expresado objeto moral con las imágenes y floridos adornos de la poesía que resulte insensiblemente la instrucción del mismo entretenimiento. [147]

## Canto I

### Las artes

Cuando pulsando cítaras sonoras,

en sitios al amor plácidos solo,

de un claro día en las postreras horas

vuestros versos cantáis, hijos de Apolo;

que a vuestros pies miráis reír las flores,

5

circundaros los cielos purpurinos,

y suspirar las aves sus amores,

uniendo a vuestra voz sus dulces trinos;

¡oh ¡cuán felices sois! ¡oh cuán ajenos

de rastrera ambición vivís serenos;  
10

de aquella solitaria paz prendados! [148]

Al trono de verdura, en que sentados

gozando estáis del natural dominio

que sobre el ancho mundo os dio Natura,

llegan confusamente quebrantados  
15

los ecos de aflicción que en las ciudades

a la inocencia arrancan las maldades.

Si al alma os llega el lúgubre gemido,

no ineficaz por eso la ternura

se aduerme en vuestro pecho condolido:  
20

antes cobrando ardor la llama pura

del Genio creador, benigna estrella

que os halagó al nacer, brilláis en ella,

cual cristalino prisma al sol radiante;

y con aquella fuerza y gracia misma  
25



con que al rayo de luz divide el prisma,

la tétrica ilusión que os afligía

se esparce en vuestra amena fantasía,

en colores vivísimos variada:

el labio entonces vierte destilada,  
30

y envuelta entre poéticas ficciones,

dulce moral en métricas canciones,

que aplauden las esferas celestiales,

que suspenden un punto nuestros males,

que abraza el corazón tierno y humano,  
35

y que huye de escuchar vulgo profano. [149]

Yo también, blandos cisnes del Parnaso,

errante por las márgenes amenas

de un río, a quien los sauces abren paso

yo también que sensible, cuando apenas  
40

al cerco de mis años juveniles

se enlazaba el verdor de quince abriles,

debí el don de la vena numerosa,

más que a Natura, a una mujer hermosa;

yo por un mar bien célebre en naufragios,  
45

del soplo de ambición al ronco estruendo,

las borrascas políticas huyendo,

vengo a abrigarme en vuestra ilustre tropa.

¡Ay! cuando en tanto incendio arde la Europa,

que en mil partes herida y desgarrada,  
50

es tumba, aun no bien madre, de sus hijos;

cuando ve los sangrientos ojos fijos

sobre sí de la bárbara discordia,

cuya cabeza asoma agigantada

por entre el negro pabellón de nubes  
55

que del Averno exhalan los vapores,

y que tenaz diluvia sus furores

sobre mi patria; en que con brazo fuerte

señala tantas presas a la muerte:

¿Qué otro consuelo ¡oh musas! qué otro abrigo,  
60

que vuestro coro y vuestro canto amigo,

un corazón sensible encontraría, [150]

en mal tamaño, en duelo tan profundo?

¡Oh tú, región clarísima del mundo,

pirámide de luz, Oh patria mía,  
65

qué furor te alucina, o qué demencia!

¡Será Europa infeliz, que por tu seno

tantas antorchas difundió la ciencia,

pródiga en tu favor, para que un día

al fanatismo sirvan de fanales,  
70

para abrasar los vínculos sociales,

y que más a placer su furia insana

acierta a exterminar la especie humana!

¡Ay desgraciada ilustre, y quién te diera

con tu pesado error tu paz primera!

75

Amante de la Paz en busca suya

yo Por los bosques solitarios vago;

ella en los bosques tímida se oculta,

que aun el fuego de Marte allí le insulta;

mas por allí los pasos peregrinos

80

revuelve: de Natura el blando halago

allí se para: enjuga los divinos

ojos; apoya la serena frente

sobre un tronco, y suspira dulcemente,

y en tanto que contempla los favores  
85

que ella brinda, y desprecian los mortales,

la amistad, el sosiego, y los amores [151]

gozados por los simples animales,

redobla en su presencia la armonía

la voz de amor de los campestres seres:  
90

que, cual la primavera de las flores,

ella es madre de todos los placeres:

las tórtolas arrullan de contento,

no hay ruiseñor que a su llegar no aplauda;

sólo se oye un susurro, un blando aliento,  
95

de la carrera de los vientos rauda;

libre murmura el agua, que sin dueño

siguiendo va su curso voluntario,

sin que la fuerza el hombre con empeño

de hacer morir sediento a su contrario;  
100



libres las flores prestan inocentes

blando olor, no veneno a los vivientes;

libres las aves vuelan por los cielos

cantando amor sin suspirar de celos:

¡sonora unión! ¡armonioso coro!

105

Su consonancia sírvame de lira;

su voz unida a mi cadente pausa

pues es la paz el numen que la inspira y

cante deleites que la paz nos causa.

Venid a mí, benéficos vivientes,  
110

respirareis de la opresión injusta

ante quien son dos crímenes iguales [152]

amar el bien, y lamentar los males;

subid, subid conmigo a esta colina;

ved aquí un raudal de agua cristalina  
115

que baja a refrescar la verde alfombra:

ved estos lauros que doblega el viento,

por cuya undulación y movimiento

la alegre luz alterna con la sombra;

aún no los arrancó para sus triunfos  
120

la férrea mano de la gloria vana,

aún teñidos no están con sangre humana.

Ajenos de rencor venid, mortales,

dejando en las ciudades (si ahora gime,

en vuestro pecho) el odio que os merece  
125

la perfidia de amigos desleales,

la ambición turbulenta que os oprime,

y la aurívora sed que os empobrece:

en olvido poned, mientras yo cante,

tan justa indignación; pues no mi labio,  
130

en ásperas verdades centelleante

por vengar de las leyes el agravio,

hará tronar la amable Poesía:

que ostentar la veraz Filosofía,

tan desnuda cual es, no está a su cargo,  
135

sino sus puntas revestir de flores,

y con la miel disimular lo amargo. [153]

Ni dando aliento audaz a la guerrera

trompa os haré volar por la carrera

de los Héroes, pintando a cada paso

140

reyes vencidos, Troyas humeantes y

turbios y ensangrentados Escamandros;

que aun del Indo el clamor suena en el día.

«Lejos de mí funestos Alejandros:

sombra del triunfo es fiel la tiranía,

145

y sin cadenas no hay conquistadores!»

Yo no os convido a recordar furores,

que por más que fanáticos crueles

cubran las mortandades con laureles,

y al homicidio den pomposos nombres,  
150

gustos de furias son, mas no de hombres.

Mas si los dones apreciáis del Genio,

si os es grato seguir sus estandartes,

o debe algún tributo a vuestro ingenio

la imaginación, reina de las artes;  
155

si con rubor de veros en los brazos

del perezoso espectro del fastidio,

sabéis romper tan vergonzosos lazos,

y osáis pensar; o bien, como yo lidio,

queréis también participar de aquella  
160

lid de Natura en ostentarse varia,

y el genio humano en imitarla bella; [154]

si a ver de esta gran lucha los portentos

se elevan vuestros nobles pensamientos,

y de las Artes el poder fecundo,  
165

que adorna, ilustra y civiliza el mundo:

ésta es de Apolo la mansión secreta,

cuando se esquiva de su coro amigo;

quien fije el pie se inflamará Poeta:

oídme pues, o bien cantad conmigo,  
170

y vuestros gustos hallaréis dispersos

por la corriente de mis dulces versos;

dulces en fin, si resonando en ellos

de Emilia el nombre, asegurar consigo,

del gusto suyo en los ejemplos bellos,



para las bellas artes un amigo.

La espléndida opulencia había prestado

al gusto delicado

de sus preciosos dones el tesoro,

y el buen-gusto con mano primorosa,  
180

ornó la habitación de Emilia hermosa,

la elegancia enlazando al Real decoro.

Consolidaban mármoles lustrosos

del pórtico sonoro el pavimento,

del que empezaba en fácil incremento  
185

a elevarse la bella gradería,

que de pintados jaspes matizada [155]

por entre la luciente balaustrada

a la estancia de Emilia conducía.

Con sonido halagüeño  
190

la bóveda en lo alto repetía

la voz del que venía

a demandar por el hermoso dueño;

de cuya ingratitud ¡cuántos suspiros

de enamorados pechos  
195

andan vagando en tortuosos giros,

y revolando por los altos techos!

No a mí el Amor, que con cruel cadena

ya me ligó de otra deidad al ara,

me condujo de Emilia a los umbrales;  
200

sino el deseo de templar mi pena y

contemplando la estancia hermosa y rara,

y del dueño las prendas naturales:

los deseos sociales

con amistosas alas  
205

de grada en grada fuéronme elevando,

y por los tersos jaspes resbalando

vine a espaciarme en las soberbias salas.

Con tacto fino en ornamento de ellas

rabia expendido en forma soberana  
210

el noble gusto de las artes bellas

los ricos frutos de la industria humana;

en graciosos filetes extendido [156]

el don luciente de la mina indiana

daba brillo y no peso a las labores  
215

de frisos y cornisas,

que elaboró el cincel de los amores

jugando entre las gracias y las risas.

Y tu pincel también, rival dichosa

de la naturaleza en su hermosura,  
220

tú que a los ojos hablas, ¡oh Pintura!

Con mágico pincel robaste al Mayo

los nativos colores

que ostentan al salir las frescas flores  
225

del nocturno desmayo

con el calor del matutino rayo.

A cuya reunión armoniosa

la superficie muda y uniforme

de las murallas su nivel perdiendo,  
230

campo dilatadísimo y enorme

despliegan a la vista, que reposa

ya en amena campiña, ya en horrendo

bosque sombrío, ya en humilde choza,

ya en apartada villa que se emboza  
235

allá entre pardas nubes y entre engaños,

ya en bajo valle dulce a los rebaños,

ya en alto monte del Olimpo apoyo,

ya en quieto lago, ya en saltante arroyo. [157]

Así el enlace de las varias tintas  
240

escenas presta de ilusión distintas;

y del hombre la imagen las releva,

dando interés más noble a su hermosura.

Que si el pincel del mar la gran llanura

a confundir con la del cielo lleva,  
245

nublando al fondo las salobres salas,

donde ostentan su imperio en crueldades

los aquilones que en sus raudas alas

suspenden las sonoras tempestades;

también grato el pincel luego declina



250

a bosquejar la plácida marina

do las olas serenas

parece que en las mórbidas arenas

se abandonan con dulce movimiento

a descansar del ímpetu del viento.  
255

¡Con qué gratos colores,

con qué apacibles rasgos representa

la pobre gente que la mar sustenta!

Y en los necesitados pescadores

esperanzas sencillas,  
260

en pechos sin dobleces,

llena de gozo el alma, y las barquillas

de los brillantes y escamosos peces;

y allí el sensible espectador advierte [158]

la bien lograda y bien distinta suerte  
265

de aquel que por vivir sólo abandona

a la mar una red o un triste cebo,

y el que en medio del piélago ambiciona

a costa de su vida un mundo nuevo.

Ufano el arte, y con desdén del suelo,  
270

allí alza un monte, y por su verde espalda

cuantas floridas galas de la falda

de Flora se desprenden, al anhelo

de la naciente y libre primavera,

tantas ostenta ufano en su ladera,  
275

tantas levanta con su cumbre al cielo.

Cregerais ver trepando los arbustos

por la pendiente cima: en una parte

desde un bosque de mirtos y laureles

parece que el Amor brinda sus gustos,  
280

a los hijos de Marte,

y a la sombra de rústicos doseles

a abandonar humano les convida

su horrenda suerte, por tan dulce vida:

mas allá se amontonan más robustos,  
285

en selva umbría, el álamo frondoso,

el pino erguido, el olmo desdeñoso

con frente ufana huyendo de los lazos

de la yedra infeliz siempre lasciva; [159]

todos uniendo sus flexibles brazos  
290

forman la verde bóveda, sonora

al impulso del aura fugitiva;

y eternamente entre sus senos mora

sombra, silencio, amores y frescura.

Y tú también, genial melancolía,  
295

sentimental placer de una alma pura,

madre del Genio, y más hermosa al sabio,

que de los cortesanos la alegría

seca en el corazón y falsa en el labio.

Tal se ostenta al ocaso esta montaña:  
300

mas por aquella faz que dora y baña

aun con tímida luz el sol naciente,

espectáculo hermoso y diferente

los ojos pasma, y suntuoso exalta

la admiración; creyeráis que de la alta  
305

cima, que en punta se avecina al cielo,

y que detiene al águila en su vuelo,

un raudal, un torrente, un mar de espuma

se arroja, y vastamente se derrama

por la fragosa sierra, a quien abruma  
310

y que al azote de las aguas brama;

la rauda inundación al monte envuelve

al paso que se ensancha hacia la tierra;

ya en brillante cascada se revuelve [160]

por un lecho de rocas; si le cierra

315

el paso áspero risco que descuella

allí se remolina, allí se estrella,

y espumeando y borbotando salta,

y en diamantes sin fin el aire esmalta,

y vencedora al valle se derrumba,  
320

y al fondo el monte herido al son retumba.

Mas apenas venció la hinchada espalda

del orgulloso Atlante, y a su falda

le recibe la humilde y mansa vega,



ved cómo el agua brava se sosiega,  
325

y en plateados ríos dividida

con resbalosa huida

por los floridos céspedes circula:

y con tan insensible movimiento

y tal silencio undula,  
330

que parece que duerme, o va con tiento

al repartir graciosa sus favores

de no doblar los tallos de las flores;

y haciendo el bien sin fausto y sin orgullo,

que ni al favorecido el don humilla,  
335

ni publica el favor con el murmullo,

en sus cristales retratado brilla

de la beneficencia el dulce encanto,

que tú conoces, tierna Emilia, tanto. [161]

Mas por aquella playa ¡qué atractivo  
340

roba los ojos! mil graciosas ninfas

veo que huyendo del calor estivo

brindan sus cuerpos a las claras linfas:

las linfas vienen a besar sus huellas,

las ninfas huyen resbalando en ellas;  
345

las linfas vencen, ninfas fugitivas,

y el triunfo empieza por las más esquivas,

que mujer siempre, en amoroso juego,

huye el halago a que se rinde luego.

¡Qué de elegancia en las gentiles formas,  
350

qué de dulzura en los contornos bellos,

embelesa la vista! ¿a dó las normas

halló el pincel para tan lindos cuellos,

blancas espaldas, torneados brazos,

flexibles talles, mórbidos regazos?  
355

¡Y vosotras también, fuentes opimas

del néctar de la vida, amable adorno,

vos, que de nieve os guarnecéis en torno,

mientras el fuego apunta en vuestras cimas,

volcanes del amor, nevadas pomas!  
360

¡Ay cómo al halagüeño

voluptuoso rasgo que os dio vida

ardió el pincel amante, y las palomas

de Venus se agruparon al diseño,

creyendo hallar su Ciprida querida

365

[162]

en cada ninfa hermosa repetida!

Como el sol de quien huyen son de bellas;

pero a pesar de serlo tanto, en ellas,

divina Emilia, tú que al orbe encantas,

tu vista, acaso, ninfa reconoce

370

que alguna sola de tus gracias goce,

pero ninguna en que se junten tantas.

Tú, pensamiento mío, enamorado

de la pintura y absorto en sus prestigios,

de perspectiva en perspectiva vuela;  
375

pero las voces faltan, los prodigios

crecen, y circundado

del numen de Jordán, en vano anhelas

cautivar en tus versos sus colores:

tú bien dirás que no creó las flores

380

más bellas que el pincel naturaleza,

cantarás la verdad y la viveza

que expresa el gesto, y hasta el genio humano:

pero si audaz el portentoso arcano

pretendes penetrar del claro obscuro,  
385

mira: ese luminar claro y fecundo,

que en medio de los cielos se gloria,

árbitro de la luz, de dar el día

de polo a polo al ámbito del mundo,

si de su luz el más brillante rayo

390

[163]

fulmina hacia ese muro

(que en luto melancólico y umbrío,

entre cipreses el sepulcro frío

pinta, donde los manes yacen juntos

de dos amantes por amor difuntos)

395

le ve desfallecer en el desmayo

que el arte obró, y el mismo sol se asombra

de no poder dar luz al rasgo obscuro



que condenó el pincel a eterna sombra.

Mientras que la Pintura a mi memoria  
400

por muros y artesones repetía

o los amenos campos que amé un día,

o los antiguos fastos de la historia,

la Arquitectura, audaz trastornadora

de la faz de la tierra, y del humano  
405

poder grandioso esfuerzo, me arrebata

al par de la pintura encantadora.

¿Y quién, sin ella, distinguir pudiera

de la caverna del león rugiente,

de la morada del castor mañoso  
410

la habitación del ser inteligente?

¿Quién los mares pobló, quién sino es ella

el intratable piélago domella,

y a pesar de sus iras procelosas

hace que vuelen raudos por su espalda  
415  
[164]

bélicos muros? ¿Quién labró espaciosas

las cunas del diamante y la esmeralda,

y la honda vena en que el metal se forma

en atrevidas bóvedas transforma?

Y dejando su imperio subterráneo,  
420

vedla por esos vastos horizontes

cual, por hacerlos gratos y sombríos,

rompe su enlace a los marmóreos montes,

tuerce su curso a los viciosos ríos.

Ved esos dos altísimos collados,  
425

que, avaros guardas de diversos prados,

se amenazan los dos con frente torva,

soberbios con sus mutuos atributos,

mientras su corpulencia el paso estorba

de amigas aguas a anhelantes frutos:  
430

perpetua desunión y eterna guerra

se juran, cuando el hombre en su codicia

los frutos ve morir que el uno encierra,

y las aguas que el otro desperdicia;

nuevo raudal presume de opulencia,  
435

y avaro, y prepotente con la ciencia,

¿Qué habrá que no presuma?

Pensativo a la falda se aproxima,

de donde apenas, la nublosa cima

descubrir puede; mas su industria suma

440

[165]

los escala, los mide, los abrume

con simétricas rocas; las alzadas

frentes, de sólo el rayo antes tratadas,

de un acueducto al fin sufren el yugo;

pasa sonando el cristalino jugo,

445

y las opuestas flores le saludan,

y los sedientos campos le acarician.

Ved cual las leyes del artista mudan

las de Natura, y su poder desquician;

y cual, sobre una y otra altiva loma,  
450

y sobre el arco hermoso que las doma,

sobre el agua, que alegre peregrina

por la región del céfiro camina,

sobre tal mole en fin, el caminante

ve la imagen del Genio descollante,  
455

la imagen de su especie destinada

del bajo suelo a no apartar las huellas,

rayando con la frente en las estrellas.

Magia tan alta Arquitectura encierra.

Mas no entonces me aterra  
460

con la potente mano

que alzó la alta columna de Trajano,

que enormes masas encumbró en los vientos,

y fatigó la edad con monumentos

de la alta gloria y del valor romano;  
465

sino fácil, sencilla y caprichosa, [166]

bien como el Dios, que de alumbrar los cielos,

bajó a la tierra a cultivar la rosa;

tal mansión, no la fuerza, mas la lira

de Apolo edificó, tanto respira  
470

todo alegría y celestial frescura;

no las tersas columnas desfigura

labor prolija o sobrepuesto adorno;



cuando la vista embelesada en torno

por alabastro y pórvido se espacia,  
475

los ve luciendo en orden tan sencillo,

que la magnificencia allí su brillo

suaviza en la sonrisa de la gracia.

Movamos pues la planta, libertemos

los ojos, si es posible, del hechizo  
480

en que las bellas Artes los cautivan;

de Emilia al gabinete penetremos.

Aquel es el umbral. Pero ¿qué pasmo

me encadena de nuevo! ¡Mi entusiasmo

dónde hallará palabras! Dos objetos  
485

de ilusión, sí, que de materia... el hombre,

si nunca en vida conocerlos cupo,

¿De cuál modelo ¡oh Dios! sacarlos supo!

Dos seres del Olimpo que, naciendo

divinos de la griega fantasía,  
490

su presencia inspiró la idolatría; [167]

¿Y cómo ha de negársela el que mira

de un lado, una apariencia más hermosa

que el sexo seductor por quien suspira

y la imagen del hombre victoriosa

495

de los humanos males,

del otro lado, en perfección iguales!

Desnuda ofrece aquella la belleza

de cuanto en femenino forma adoramos:

esté aquella grandiosa gentileza

500

que solo a los sublimes héroes damos:

ella, como conoce que los ojos

del universo entero la devoran,

y unos la envidian y otros la enamoran,

muestra como que tímida procura  
505

cubrir su desnudez con su hermosura.

Bien la actitud lo indica

de sus dos manos bellas,

pues mientras una de ellas

afectuosa al blanco seno aplica  
510

que algún suspiro de deleite abulta,

abandonando el brazo

con la otra el dulcísimo regazo

modestamente en apariencia oculta,

prestando así, con tímido recreo,  
515

un asilo al pudor y otro al deseo.

El ente varonil la faz sublime [168]

imperturbable, impávida, levanta;

el cerco de fortuna opreso gime

bajo su altiva planta;  
520

revuélvense a sus pies bienes y males

sin que se imprima en su sereno gesto

flaca tristeza o alegría insana;

complacido en vestir formas mortales

para divinizar la especie humana;  
525

y el choque de los hados turbulentos,

contemplando con ojos de victoria,

mira en el sol el carro de su triunfo,

mira en el cielo el campo de su gloria.

Bellos seres, ¿quién sois? ¿acaso el fuego  
530

de mi entusiasmo imágenes aborta,

o algún florido sueño me trasporta

la brillante edad del culto griego?

Y tú, portento amable de belleza,

¿es sólo tu existencia en mi deseo?  
535

O si a mis ojos creo

que están viendo latir tu pecho blando,

déjame ver de qué naturaleza

es esa encarnación mórbida y vaga,

que me parece estarse recreando  
540

en la impresión del aire que le halaga;

¡Ay! Presta que el sentido satisfaga

tanta curiosidad; ni te sonroses, [169]

esquiva de mi incienso a las primicias,

por complacerte sólo en las caricias  
545

y en las delicias de los altos dioses.

Trémula llega al blanco pie mi mano,

trémula toca ¡oh Dios! y es mármol frío,



Y estatuas y obras son del genio humano

las que animadas vio mi desvarío.  
550

Mármoles que adoré, siempre los hombres

divinos os verán en los cinceles

que os dieron vida: gloria a vuestros nombres

¡Apolo Fidias! ¡Venus Praxíteles!

Entre portentos tales de escultura  
555

se abrió a mis pasos la risueña puerta

del asilo feliz do está encubierta

de la esfera de amor la luz más pura.

Yo ansioso vuelo a descubrir tal astro:

álzanse en pedestales de alabastro  
560

dos columnas de pérfido luciente;

bellas cual nunca espléndida Semiris

las vio brillando en fábricas de Oriente;

de ambas se apoya en la dorada frente

no sé si el arco iris  
565

o de Amor la ballesta;

sé que el que ufano a trasponer se apresta

el encantado umbral, siente en el alma [170]

a un tiempo una sorpresa y dulce calma,

un embeleso, un halagüeño susto,  
570

como si el arco del Amor le hiriera

cuando el del Iris en los cielos viera.

Así hospedaba a la hermosura el Gusto.

[172]

Canto II

Gusto y beneficencia

Aquel que ve la luz en tan propicia

hora, que en los arrullos de la cuna

natura con sus gracias le acaricia,

y con pródiga mano la fortuna;

que tierna planta erguirse, asegurada  
5

de abrojos, debe al paternal desvelo

en tanto que ella crece abandonada

a la influencia natural del cielo;

si sus inclinaciones con sosiego

a los objetos van que las despiertan,  
10

sin chocar en obstáculos que luego

en furiosas pasiones las conviertan,

su corazón formado en el cariño [173]

de los que le cercaban cuando niño,

no temerá que su placer le roben,  
15

y amará a sus iguales cuando joven.

Entonces ¡cuán serena entre destellos

de amor, de paz, de gozo y de abundancia,

que el crepúsculo ornaron de su infancia,

saldrá la aurora de sus días bellos!  
20

Lucirá apenas la primer centella

de su naciente ingenio, cuando amigas

vendrán las Musas derramando en ella

aromas, que alcanzaron las fatigas

de Miguel Ángel, Milton a Descartes,  
25

ya en los sublimes ramos de las ciencias

ya en los floridos campos de las artes.

¡Oh bien feliz, pues sólo las esencias

su razón gustará de las divinas

rosas, que entre malezas y entre espinas  
30

lograron sus gloriosos inventores!

Tendrá principio en medio de estas flores

aquel secreto instinto, aquel interno

órgano de razón, germen eterno

de toda rectitud, por quien el hombre  
35

desengañado la primer guirnalda

de la simple verdad ciñó en la frente;

y al estampar con labio reverente

en la celestial orla de su falda [174]

de tan sublime adoración el sello,  
40

exclamó: ¡La verdad sola es lo bello!

Voz del Buen Gusto fue; voz que en el alma

del venturoso joven que describo

proclamará virtud, siendo en la calma

de su inocente vida al afflictivo  
45

cuadro de las miserias de los hombres

bienhechor tan sensible, como esquivo



despreciador de los soberbios nombres

y falsos atavíos

con que del Genio en la veloz carrera  
50

el mal gusto, entre locos descarríos

disfraza la hermosura verdadera.

Idólatra del orden, su desvelo

por restaurar del mundo la armonía

despertará la industria hasta en el hielo  
55

de la mendicidad; y aquellas yertas

manos en vil pereza abandonadas,

sólo en demanda del sustento alzadas,

dóciles a su voz, de hoy más, expertas

haranse dueños del pincel que anima,  
60

del buril que conserva, oh atrevido

cincel que al cielo el gran padrón sublima

do se estrellan las olas del olvido;

y su opulencia, al fin, como el granero

en donde cada laboriosa hormiga

65

[175]

el fruto viene a hallar de su fatiga,

todo lo inundará, raudal fecundo

de alivio al pobre y de ornamento al mundo.

Tanto el Buen Gusto, entre el placer nacido

de la delicadeza hijo querido,  
70

imperceptible a la virtud se enlaza;

¡Y oh virtud, si es tu basa la Justicia,

y de esta el orden solo es la delicia,

¿Qué razón, qué alma bella en el Buen Gusto

no adora el simulacro de lo justo!  
75

Pero mi canto suena, y tu sonrisa,

lector austero, irónica me avisa

que ves solo en mis rimas lisonjeras

un ser de la región de las chimeras:

que ni los favoritos de fortuna  
80

son de indigencia o de infortunio amparo,

ni el fausto regio, al infeliz tan caro,

ves que el Buen Gusto al esplendor reúna:

mil alcázares son masa importuna

que ajenos brillos, no virtudes doran

85

y en torno de ellos ves pobres que lloran

ansiendo al pie de los radiantes muros,

y dentro de ellos ves pechos más duros

que los metales ricos que atesoran.

Véolo yo también, y en mi silencio  
90

la verdad de tus labios reverencio; [176]

mas preste educación su sabia mano

verás unirse la opulencia al gusto,

y la grandeza al sentimiento humano.

Y en tanto a serenar el ceño adusto  
95

y en gozo ven a embalsamar tu pecho:

sígueme a mí bajo el amable techo

donde resuena el cántico sonoro

de alegres musas, y en jovial familia

virtudes y artes, celebrando a Emilia,  
100

que las concilia en resonante coro.

Ríen estas columnas, y nos brindan

a traspasar el arco que en sus sienes

fácil se apoya. Arco triunfal, no tienes

la altiva gloria tú de que se rindan  
105

a tu pie las cervices

de Reyes infelices,

cual los que alzaba Roma a la victoria:

mas ¡ay! que tienes tú la dulce gloria

de ser trofeo alzado a la hermosura,  
110

la gracia y la ternura

de Emilia; a ti fue dado el que decores

sus pasos bienhechores;

feliz cuando tu alegre pompa adorna

aurora de esperanzas su salida,  
115

y más feliz cuando a tu albergue torna [177]

de amistad, gratitud y amor seguida.

Ocho esplendentes muros de alabastro

en blancura, extensión y altura iguales,

en prisma alegre la mansión terminan;  
120

su cúpula es corona de cristales,

que abre paso a la luz del primer astro,



cuyos suaves rayos le iluminan.

Allí es donde los ojos no examinan

lo precioso, extasiándose en lo bello,  
125

aun cuando vea en ello

cuanto sabia escondió naturaleza,

la ambición presagiando en la riqueza;

y allí es, por fin, en donde

todos los gustos vienen reunidos  
130

a cautivar a todos los sentidos.

¡Cuál magia a tal conjunto bastaría!

En los Ausonios campos, algún día

al Genio tan felices, el Buen Gusto

la deidad de mis versos vio, y pasmose:  
135

fue de su esencia amarla; y encendido

su rostro en sangre al ver que el mundo injusto

al vicio neciamente engrandecido

sólo elevar altos palacios ose,

el cetro de oro alzó, y en tornos viose  
140

cercado al punto de infinitos genios,

aéreos Silfos revolantes seres, [178]

que entre liceos y útiles talleres

dictan la ley del gusto a los ingenios,

dando invisibles la postrera mano  
145

en cuanto crea hermoso el genio humano.

«¿Dónde ociosos vagáis, Milicia mía?

(El claro numen prorrumpió) fue sólo

cubrir la antigua Grecia de prodigios

el destino que os dio propicio Apolo?

150

¿Lloráis del Lacio acaso en los vestigios

de mis artes la tumba en este día?

¿O mi imperio cayó con las deidades,

que en remotas edades

el gran genio de Homero hizo divinas?

155

Si aún es digna de culto la hermosura,

aún veo yo deidades peregrinas,

que no conoce el mundo a quien adornan;

aún veo en una sola criatura

juntas las gracias todas, que en mentidas  
160

diosas la Grecia idolatró esparcidas.

¡Y tú la tierra indecorada oprimes!

Digna mansión le dad, genios sublimes:

tal monumento elévese a su gloria,

que postergue de aquellos la memoria,  
165

que bañaron los mares de Sicilia:

mi poder todo vuestra empresa auxilia.

«Cread, embelleced», gritó el Dios sabio;

y al proclamar nueva deidad su labio, [179]

su cetro de oro señalaba a Emilia.  
170

Momentáneos los Silfos se esparcieron,

y de sus alas al batir volando

tal murmureo sonaba por los cielos,

como el de los cautivos arroyuelos

cuando al rayar de Abril céfiro blando  
175

propicio empieza a liquidar los hielos.

Sin duda entonces fue cuando officiosos

por contrapuestos climas se extendieron,

y en busca de ornamentos primorosos

los emporios del lujo recorrieron.

180

La Asia voluptüosa a los afanes

de un Silfo tributó ricas alfombras:

la Asia, en que apenas las nocturnas sombras

disipa el sol, cuando a su luz divina

devotamente atentos ve los rostros

185

de los supersticiosos Musulmanes,

elevándole votos que en Medina

lance en la tumba de los falsos manes.

Esa mórbida almohada, del risueño

color del cielo al despuntar del día,  
190

robo de un Silfo en Estambul sería: [180]

que si entre muros, por tirano dueño

a la hermosura esclava consagrada,

aún de los gustos al amor ahuyenta;

ya en ella, a mejor dueño dedicada,  
195

sin suspirar de amor nadie se sienta.



Ese veraz regulador del día,

cuya secreta máquina remeda

de las celestes ruedas la armonía

cuyo volante al sol los pasos cuenta  
200

y cuya mano fiel girando lenta

nos avisa las horas que escondida

roba el ala del tiempo a nuestra vida;

aquí lo transportó, desde hábil mano

de laborioso artífice Britano,  
205

el enjambre fugaz de Silfos leves:

él, relumbrando en ópalo y topacio,

reproduce con músicos sonidos

de su cuadrante los periodos breves

de la sensible Emilia en los oídos;  
210

y ella en lo oculto de su pecho llora

si no hizo un bien, perdida aquella hora.

Tanto brillante vaso en que se atreve

la porcelana a obscurecer la nieve,

de entre la misteriosa industria China  
215

de algún amable Silfo fue preseña;

él los cargó de flores, y en contorno [181]

de esta mansión los puso como adorno

del fresco gabinete de Amaltea:

y vense allí domésticas las rosas,  
220

y no como en los campos desdeñosas,

preciarse alegres del dorado vaso

que del vergel al trono abriolas paso;

y enrojecer de orgullo; y si temprana

una al ponerse el sol se descolora,  
225

su puesto anhelan mil por la mañana,

que abren el seno al llanto de la Aurora;

son del sentido cortesanas bellas;

y de mano de Emilia encuentra en ellas

la amistad dones, y el amor favores:  
230

¿Y quién que ama al amor no ama las flores?

Las cristalinas láminas, que en puros

clarísimos espejos

ensanchan el recinto de estos muros,

o que en vivos reflejos  
235

reduplican las formas elegantes

de etruscos vasos, grupos figurando

firmez lazos de atletas o de amantes,

fulgentes candelabros de alabastro,

o de cristal diademas sustentando  
240

luz que del día hace olvidar el astro;

de un Genio... Mas mi mente acalorada,

ilusamente vaga por risueña [182]

quimérica región, cuando desdeña

reconocer en tanta  
245

de arte, industria y primor obra maestra,

la mano compasiva y generosa

de una mujer, en atributos diosa,

mortal ¡ay Dios! para desgracia nuestra.

Solas sus prendas fueron los prestigios  
250

que a esta mansión poblaron de prodigios;

del invisible don que la embellece,

en que el poder humano desfallece,

y de otra Armida el cetro nos presagia,

su sensibilidad sola es la magia.  
255

Era Emilia feliz, mas condolida

de otros mil infelices vio la suerte

que desde los umbrales de la vida

por sendas de aflicción van a la muerte:

entre ellos cautivando sus cuidados  
260

los que por ley severa e importuna

son del materno seno arrebatados

a lamentarse en extranjera cuna;

que, naciendo entre el susto y la congoja,

sólo un furtivo beso de su madre  
265

los inocentes labios recibieron,

que desde entonces ya jamás se abrieron

el dulce nombre a proferir de padre: [183]

frutos tal vez de la pasión más tierna

que honor sepulta en orfandad eterna.  
270

Sensible Emilia, y de piedad colmada,



sus pasos guía al ominoso techo

bajo el cual tanta mísera inocencia,

en groseros cendales abrigada,

con el licor de mercenario pecho  
275

entretiene la débil existencia.

Llega, y su corazón y sus oídos

lastiman los gemidos

de la mal socorrida

necesidad primera de la vida;  
280

que si entonces se explica querellosa,

en la edad varonil más imperiosa,

al pecho que atormenta en altos gritos

ordena la inclemencia y los delitos.

Próvida entonces rescatar procura  
285

del mal presente y la maldad futura

parte de aquellos seres desgraciados

y en lágrimas sus ojos arrasados,

al mundo, que en su acción resplandecía

y al cielo, que admirado la veía,  
290

de una mirada hicieron manifiesto

su afán por no poder salvar el resto.

Y como si en jardín de avaro dueño,

que entre sus flores vive aprisionado, [184]

dama gentil se asoma, de halagüeño  
295

mirar, que con su ruego y con su agrado

del severo guardián desarma el ceño;

que entra alegre y se arroja, y el nevado

pecho reclina al suelo, y las hermosas

manos perdidas vagan por las rosas;  
300

y escogiendo fragancia y colorido

en tantas flores, párase indecisa;

mas codiciosa del botín florido;

son su despojo al fin cuantas divisa:

hasta que espira el plazo concedido,  
305

que involuntario el pie mueve remisa,

pareciéndole al paso que se aleja

flores más lindas las que atrás se deja:

así vacila Emilia, así recorre

con tierno afán el cándido tesoro,  
310

y a una inocente risa allí socorre,

y allí se acerca a un infantino lloro;

mas la hermosura ejerce sus derechos,

y entre huérfanos mil sus ojos fijos

en los más bellos encontró sus hijos.  
315

Álzalos ella de la humilde cuna

a sus maternos brazos: los fomenta

con cariñosos besos; una a una

repasando sus gracias apacienta

los compasivos ojos; anhelante  
320  
[185]

quiere partir con la inocente carga,

mas la detiene la querella amarga

de los que deja en triste desamparo

pobres y exentos de esperanza alguna.

¡Emilia! ¡oh de piedad ejemplo raro!  
325

Tú en aquel duro instante

los límites mediste a tu fortuna,

y viendo no bastaba a tanto amparo,

de la riqueza la ambición dorada

clavó en tu pecho la primer punzada.

330

Parte, en fin, la sensible bienhechora

del triste umbral que a su partida gime,

y de aquella orfandad menesterosa

el enjambre de hijuelos que redime

la sigue vacilante; así a la hermosa

335

Venus naciente de la azul campaña

el séquito de amores acompaña.

Materno amor, paterno hogar, familia,

instructivas lecciones y cuidados,

de cuanto fueron al nacer privados  
340

lo encuentran todo en la mansión de Emilia.

Ella les comunica su talento,

o más bien de sus prendas el ornato,

y les infunde el don del sentimiento,

¡Harto funesto en mundo tan ingrato!  
345  
[186]

Sus genios guía y su ambición nativa



por la gloriosa senda de las artes,

cuyo esplendor los cerca en todas partes

y sus miradas mágico cautiva;

sin ver el dueño en las estancias bellas  
350

sino las nobles huellas,

¡Oh Bonarota! ¡oh memorable Urbino!

Del pincel tuyo, y su cincel divino,

cetros de la ilusión, que al tiempo avaro

en cada rasgo una victoria quitan,  
355

y la gloria de un héroe resucitan.

La patria, en fin, artistas laboriosos

recobra en los espurios de su seno;

y estos del gusto juegos primorosos

de que aqueste recinto admiro lleno,  
360

brillantes artefactos que parecen

por elegancia y gusto tan diverso

contribución de todo el universo,

frutos de ingenio son que a Emilia ofrecen

por sus cuidados tiernos y prolijos

365

con dulce afán de su adopción los hijos,

y ofrendas son que gratitud dichosa

libre tributa al templo de su diosa.

Así, pues, la verdad interesante

a la ilusión risueña sucedía,

370

[187]

participando el éxtasis brillante

de mi imaginación la razón mía,

cuando un celeste pabellón flotante,

que en dobles ondas fácil se partía,

dejó patente a mi atención curiosa  
375

la imprevista belleza

del noble dueño, ninfa en gentileza,

como en virtud y gracias semidiosa.

No las profanará la Musa mía

por perpetuarlas en eterno día,  
380

que a los elogios su beldad se esquiva

como al tacto modesta sensitiva,

huye el pincel que cautivarla emprende,

y del pintor al corazón se prende.

Desde el claro zenit de su carrera  
385

daba la luz de Emilia el primer paso

hacia el preciso universal ocaso;

edad feliz, en que su ardor modera

el fuego juvenil el sentimiento

es profundo y veraz, y en el semblante  
390

dulce expresión trasluce semejante

al débil rayo que la luna envía,

astro de amor y de melancolía.

Tal a mis ojos su semblante hermoso

que a contemplarle con dulzura empeña  
395

hacia mí el paso lánguido y airoso [188]

encamina, brindándome halagüeña

el reposo a gustar al lado suyo

en sofá tan mullido y delicioso,

como si en tal momento hubiera sido  
400

a la amistad por el amor cedido.

Luego comienza de su boca hermosa

a destilar la plática sabrosa

de amable encanto y sentimiento llena:

de sus ojos la acción tierna y serena  
405

siguiendo la armonía

de tan suave acento

era con su expresión dulce cadena

de la imaginación y el sentimiento:

porque tan pronto en ellos relucía  
410

la luz de la verdad sencilla y pura

que la razón desde su asiento envía,

como el húmido rayo de ternura

que de su tierno corazón partía.

¡Ni el aliento se atreve  
415

al oído a robar un solo punto

de atención al armónico conjunto;

viendo que cada voz que salir debe

entre el color y aroma de la rosa

de aquella boca hermosa,  
420

la sensibilidad es quien la anuncia,



y la delicadeza la pronuncia. [189]

¿De órgano tan feliz cual fue el asunto?

¡Oh no consientas tú, divina Clío,

que desdorado pase al labio mío  
425

lo que tú sola cantas dignamente

Con lira de marfil y cuerdas de oro

de eternos seres al celeste coro

en medio del Olimpo omnipotente!

Tú les presentas, oh hija de memoria,

430

en relucientes páginas la historia

de amables dones, frutos de su mano,

que endulzan el favor de la existencia

que al cielo elevan el talento humano.

Cantas la paternal beneficencia,  
435

que al pobre sabe dar en el talento

lo que ciega fortuna al opulento;

y al tierno corazón abre camino

para enmendar agravios del destino.

Óyelo de tu voz: mas si algún día  
440

tu inmortal genio mi ardimiento auxilia,

siendo causa y modelo a un tiempo Emilia,

lo oirá el mundo entero de la mía.

Baste a su dulce voz, cual la de Orfeo,

maravillando el margen del Leteo,  
445

ahuyentar de mi pecho los cuidados

roedores, y pálida tristeza [190]

que aún cercaban su víctima obstinados

rebeldes a la luz de la belleza.

Tal suele a tiempos la tiniebla fría,  
450

usurpando los límites del día,

suspenderse en los cielos perezosa:

la Aurora viendo su brial de rosa

ennegrecido, y su brillar sin fruto,

lágrimas vierte sobre el mando en luto;  
455

hasta que el sol con su cuadriga ardiente

salta la valla del turbado oriente,

y uniendo al fuego de su faz brillante

el dardo de la diestra fulminante

rompe las sombras; el umbroso manto  
460

rasgado baja a la mansión del llanto.

Libre la Aurora de tan torpes lazos

de su libertador se arroja en brazos

y confundiendo de su rostro hermoso

el débil rayo al rayo victorioso,  
465

del largo luto ríen consolados

los vastos mares y los verdes prados.

Estos estaba yo feliz cantando

versos de gratitud enternecida,

aún débil, mal seguro, y respirando  
470

pálido el labio el aura de la vida; [191]

en flores de Elicona así adornando

la imagen tan hermosa y tan querida

de la que en mis dolencias protectora

me dio este aliento que respiro ahora.  
475

¡Ay triste! y no miraba en mi embeleso

que desde un cielo oscuro y nebuloso

se iba desenrollando un velo espeso

tejido de las Parcas horroroso;

donde en rojos caracteres impreso  
480

este decreto se leyó espantoso:

No esperes de ella más, que ya no existe:

piérdate el mundo, y mueve Emilia triste.

Tiendo las yertas manos amarillas,

y el velo de tinieblas las embota:  
485

el llanto que esperaban mis mejillas

cayó en mi corazón gota por gota.

Silencio ya y dolor, Musas sencillas,

mi lira yazga en su sepulcro rota;

que a quien me dio la vida, es triste suerte  
490

sólo poderla dar llanto en su muerte. [192]

Ofreciendo a una belleza una guirnalda hecha toda de mariscos

Soneto

Cuando del mar las ondas cristalinas



vieron nacer de Venus la hermosura

no adornaban su frente o su cintura

mirtos de amor ni rosas purpurinas;

pero el agua le dio galas marinas,  
5

perlas de su garganta a la blancura,

y por guirnaldas a su frente pura

caracoles y conchas peregrinas:

esa gracia y beldad que en ti descuella

junto a la mar nació: pues no repares  
10

en dar marino adorno a tu sien bella:

para que en todo a Venus te compares,

y todos digan al mirarle: «Es ella,

en el momento en que nació en los mares.» [193]

A una dama que acompañaba a su marido en campaña

Soneto

Marfisa duerme, y puestos a su lado

Amor y Marte, cada cual blasona

dar a sus bellas sienes por corona

este su lauro, y aquel su mirto amado.

Mía es la acción, protesta el Dios airado,  
5

que ante mi hueste fue bella Amazona:

sí, pero al verla en ella ( Amor razona)

sin suspirar de amor no hubo soldado.

Ella es Palas que vuelve en sangre rojos

los campos que admiraron su belleza.-  
10

ella es Venus.-Marfisa abre los ojos;

Y ¡ay! que Marte, depuesta la braveza,

pone a sus pies el lauro por despojos,

y al punto Amor el mirto en su cabeza. [194]

A la misma enferma después de la campaña

Madrigal

Pues diste, bella enemiga,

tu tierno pecho a las balas,

si marchitó la fatiga

de tu hermosura las galas,

es que Venus te castiga  
5

de haber imitado a Palas.

Pero al cabo la alegría

volverá a tu hermoso cielo;

pues por su interés un día

dirá Venus: «en el suelo  
10

¡cómo habrá una efigie mía

si yo rompo este modelo!» [195]

A la bella madre de un hermoso niño

Sáfica

¿Qué niño es ese que en su faz de rosa

los rasgos guarda de la tuya impresos;

que en ese seno agitador reposa,

y el néctar bebe de tus dulces besos!

Hay quien le observa una virtud tirana  
5

que esclavitud hacia su madre incita;

y «ese no es, dicen, criatura humana,

sino el Amor, que con su madre habita.»

Que está sin venda, porque la ha arrojado

de tus encantos para ser testigo;  
10

sin flechas ni alas, por haber jurado

no más vagar, sino vivir contigo. [196]

Otros al verle tan amable, al paso

que no lo cubren más gentil los cielos,

la gloria niegan al feliz acaso  
15

de obra que tanto te debió en desvelos.

Tú embebecida lo oyes, y te places

de ver cual vaga el pensamiento ansioso

de los desvelos con que amable le haces,

hasta el desvelo en que le hiciste hermoso.  
20

Tu sexo un día se verá prendado

de tantas gracias que tu afán le presta,

y nuestro sexo quedará vengado

de los suspiros que su madre cuesta. [197]



La Zelmira

Canción

Hoy por la vez primera

Verdad sencilla y pura,

elevantás el mérito en tus manos:

su forma verdadera,

libre de la impostura,  
5

hoy será manifiesta a los humanos:

con furores insanos

sus divinos reflejos

acechará la envidia desde lejos. [198]

A ti, deidad amable,  
10

consagro yo mi lira,

cuya inocente voz el mundo extraña,

porque en el execrable

templo de la mentira

nunca viles elogios acompaña;  
15

ni glorias del que baña

la tierra con espanto,

en sangre la mitad, el resto en llanto.

Mientras esos feroces

guerreros por las manos  
20

de los que les maldicen se coronan,

entonando sus voces

elogios inhumanos

al son de los suspiros que ocasionan,

dulcemente se entonan  
25

los ecos de mi lira

para cantar las glorias de Zelmira.

El céfiro su aliento,

las aguas su murmullo,

aves y ninfas sus cantares glosan  
30

de Febo en el asiento;

pero viendo el orgullo

noble con que cantar mis labios osan, [199]

las aguas se reposan,

Los aires se suspenden,  
35

Las ninfas y los pájaros atienden.

Todo en silencio calla;

y aun el silencio escucha:

las praderas del Pindo se semejan

a un campo de batalla  
40

cuando la fiera lucha

los vencedores y vencidos dejan;

y hasta los que se quejan

de su tremenda suerte

se entregan al silencio de la muerte.

45

Febo libra sus sienes

de los cabellos rojos,

por no perder un eco de mi canto.

No te admire si tienes,

Zelmira, en esos ojos

50

Para débiles hombres tal encanto,

pues reparé, entre tanto

que te nombraba el labio,

mi propio rendimiento en el Dios sabio.

Yo canté tu belleza,  
55

de las almas consuelo, [200]

zagala de los ojos alegría;

en quien naturaleza,

la fortuna y el cielo

repartieron sus dones a porfía:  
60

y aún tuve la osadía

al par de tu hermosura,

de celebrar tu gracia y tu ternura.

el noble sentimiento

que en ese pecho asiste,  
65

y ajenas desventuras no tolera:

con que le das contento,

sin que le pida, al triste,

y remedias su mal tan placentera;



70 que el triste no quisiera,

cuando aliviado parte,

Acabar de tomar por no dejarte.

Así yo repasaba

tus prendas de una en una

esforzando el acento; mas Apolo,  
75

que absorto me escuchaba

no es dado a voz alguna

(dice) con dignidad sino a mi sólo

llevar de polo a polo

de Zelmira la gloria; [201]  
80

oid en el amor su gran victoria:

al despuntar el día,

cuando mi luz ya dora

las copas de los álamos mayores,

de su redil salía  
85

más bella que la Aurora

la dulce perdición de los pastores:

no con vivos colores

afrentando a la rosa,

sino pálida, triste y pesarosa.

90

Turbado el claro brillo

de sus celestes ojos,

y queriendo ocultar con su cabello

el semblante amarillo,

porque le da sonrojos

95

llevar en él de su pasión el sello;

viendo el Amor aquello,

con agitar el ala

esparce el pelo, y la pasión señala.

Cediendo a su destino  
100

la cuitada pastora

Buscaba de Damón el aposento;

tal vez en el camino [202]

se acuerda que el que adora

desconoce de amar el sentimiento:  
105

y presagia el tormento

de sentir vivamente

sin poder inspirar lo que se siente.

Ya ve por fin la casa

del Misántropo adusto,  
110

y teme y se alborozaba vacilante:

tal caminante pasa

de la congoja al gusto

si la perdida senda ve delante:

tal pasa el navegante  
115

del gusto a la congoja

cuando duerme la mar, cuando se enoja.

En el umbral confusa

piensa que sus pasiones

a las aras de amor la precipitan:  
120

el pudor lo rehúsa;

pero grandes acciones

siempre víctimas grandes necesitan:

los incendios que agitan

su pecho reconcentra,  
125

vence el amor, se determina, y entra. [203]

En soledad austera,

huyendo los placeres,

vive Damón en rústico recreo;

que como si no fuera  
130

el padre de los seres

Amor, lo llama torpe devaneo,

que nace del deseo,

con la esperanza crece,

y con la posesión desaparece.

135

No hay gracias de hermosura

para su pecho helado,

erizado de rígidos abrojos:

ignora la dulzura

de amar y ser amado;

140

no consulta las risas, los enojos



de dos hermosos ojos

en el callado giro:

no conoce la fuerza de un suspiro.

La triste enamorada  
145

con todo el atractivo

del bello sexo y de la edad florida,

de su pasión llevada

preséntase al esquivo,

de amor a un tiempo y de temor perdida: [204]  
150

la voz fue detenida

por el dolor agudo,

mas...¿qué no dijo su semblante mudo

Yo vi la más hermosa,

la zagala más tierna  
155

a los pies del mortal más inhumano

quejarse tan ansiosa

de su congoja interna,

que moviera a piedad un tigre hircano:

yo vi bañar en vano  
160

su llanto el duro suelo

y en vano su lamento herir el cielo.

Ya en él cruel fijaba

los ojos expresivos,

y él cruel la miraba, y se reía:  
165

ya del pecho exhalaba

suspiros fugitivos,

y parece que en ellos le decía:

vuélveme el alma mía,

vuélveme el alma, fiero;  
170

y responderla el bárbaro: no quiero.

¡Inútiles rigores!

Venció... mas tente, lira; [205]

todo sensible corazón te entiende:

en batalla de amores  
175

siempre vence Zelmira:

si su victoria, cielos, os ofende,

vuestro furor enciende,

y a venganza os provoca,

poned al hombre un corazón de roca.

180

Pero que no palpiten

los que saben a prueba

el secreto placer de un triste llanto:

que la ternura admiten,

y ella misma les lleva

185

a ser amantes de Zelmira, en tanto

que le presta su encanto

y su viveza propia

el noble original de quien es copia.

¡Modelo incomparable,  
190

más lleno de ternura

que la Diosa de Pafos y Citeres:

de cuya sombra amable

huye la desventura,

y la siguen jugando los placeres!  
195

Tú logras cuanto quieres

del corazón sensible [206]

por una seducción irresistible.

Cuanto tu rostro mira,

cuanto tu planta toca  
200

abandonan los hados rigurosos;

calma la mar su ira,

Marte el furor revoca,

soldado y marinero son dichosos:

cesan los dolorosos  
205

ayes de la indigencia

renace la esperanza en tu presencia.

Tú la frente serena

alzas, donde reside

más que el rayo del sol un genio claro:  
210

oyes gemir, con pena,

la educación que pide

a la moral benéfico reparo;



y volando a su amparo

con tu persona y bienes,  
215

a corregir el vicio te previenes.

Piensas; y sus audacias

prueban las bellas artes

erigiendo el teatro en un momento;

rías; y las tres Gracias  
220

vuelan por todas partes [207]

a colmar de deleite el aposento;

hablas: te da su aliento

la dulce Poesía;

cantas: Febo te presta su armonía.

225

así en amable lazo

con dos hermosas damas,

que parece en su seno han escondido,

una desde el regazo

de Venus lentas llamas,

230

otra menudas chispas de Cupido,

con el joven querido

de ti, mas no tan solo,

que le quiere también el mismo Apolo.

Y la noble comparsa  
235

de amigos, que con arte

supieron dar aspecto verdadero

a la graciosa farsa

del divino Iriarte;

y aquella cuyo canto lisonjero  
240

suele aplaudir, primero

que las batientes palmas,

el embeleso mudo de las almas.

Hiciste las delicias [208]

del concurso lucido,  
245

siendo tu casa templo del buen gusto:

ganaste las albricias

del Autor ofendido,

que vio dar a su pieza el precio justo:

y el censor más adusto,  
250

participando el pasmo,

tus gracias aplaudió con entusiasmo.

¡Instantes de ventura

breves como apreciables,

precursores de mal tan excesivo!  
255

Quien os dio la dulzura,

¿Por qué no os hizo estables

alargando un placer tan fugitivo?

Cual relámpago vivo,

que en la negra tormenta  
260

brilla, deslumbra, y la tiniebla aumenta;

Así desaparece

de nosotros Zelmira...

sin que mi canto detenerla pueda:

el numen desfallece,  
265

suelto la débil lira,

paso a la voz el sentimiento veda; [209]

y más acción no queda

al labio que la canta

sino adorar su fugitiva planta.

270

[210]

Enviando a una dama unos versos amorosos antiguos que ésta le había pedido

Letrilla

Como suele el agua limpia

de un arroyo transparente

ir huyendo de la fuente

a precipitarse al mar:

a ti, deliciosa Olimpia,  
5

estos versos se dirigen,

olvidando hasta el origen

del antiguo suspirar. [211]

Terpsícore o las gracias del baile

Poema

Hija de la inocencia y la alegría,

del movimiento Reina encantadora,



Terpsícore hoy te implora

propia deidad mi ardiente fantasía.

Tú, que animada del impulso blando  
5

que siente toda ingenua criatura

viendo a sus pies florida la llanura, [212]

el cielo claro, el céfiro lascivo,

vas sus fáciles saltos arreglando

y esparces gracia en su bailar festivo;  
10

tú, del sagrado fuego en que me inflamo,

diosa de juventud, serás la guía

tú, a quien mil veces llamo

hija de la inocencia y la alegría.

¡Oh, si volviendo atrás su fugitivo  
15

curso la edad, me viera con presteza

de la naturaleza

transportado al oriente primitivo!

¡Cómo te viera en toda tu influencia,

oh diosa, deleitar a aquellas gentes  
20

que, aun sin pudor, se amaban inocentes!

Ellas, sin más adorno que las flores,

y su candor por única decencia,

iban bailando en pos de sus amores:

y sobre aquellos cuerpos, que del arte  
25

aún no desfiguraban las falacias

lograbas derramarte

tú con todo el tesoro de tus gracias.

Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres

se arrojaron las ninfas a los valles,

30

y cubrieron sus talles [213]

con arte rudo igual a sus costumbres.

Los árboles las dieron su corteza,

y sus frondosas hojas, y el ganado

se vio de sus vellones despojado  
35

para cubrir las inocentes formas:

despareció la humana gentileza:

¡y tú, naturaleza, te conformas!

En tus obras maestras ¡cual ruina!

¡Y cual, bajo la nube del misterios  
40

Terpsícore divina,

perdiste lo más bello de tu imperio!

Tu imperio ya no luce, aunque se extiende

sobre la airosa espalda, el alto pecho,

y el talle a torno hecho,  
45

que un envidioso velo lo defiende:

en vez de aquella ingenuidad amable,

pródiga de las gracias que atesora,

nos vino la modestia encubridora.

No es lícito a los ojos gozar tanto:  
50

mas el alma sensible ¿cómo es dable

que no halle en la modestia un nuevo encanto?

Mas interesa en el jardín ameno

la rosa que naciendo se sonroja,

que cuando abierto el seno  
55

va dando a cada céfiro una hoja. [214]

De las lúbricas gracias el prestigio

hermanaste al pudor en tal manera,

que la virtud austera

se paró enamorada del prodigio.  
60

El alto cielo en tu favor se inclina;

y la naturaleza con anhelo

ansió la creación de algún modelo

digno de tus lecciones: de gentiles

miembros, de majestad alta y divina,  
65

incapaz de mover pasiones viles.

Tal su deseo fue; y entre millares

de bellas ninfas una fue elegida,

cual Venus de los mares,

de la espuma del Sena concebida.  
70

Alargole Terpsícore la mano

al desprender de la nativa espuma:

bajo su pie de pluma

la yerba apenas se dobló del llano:

en los mórbidos miembros a Citeres,  
75



en los tímidos ojos a Diana,

en el rubor semeja a la mañana:

su acción con majestad voluptuosa

anuncia, mas no brinda, los placeres:

cúbrela un manto de azucena y rosa;  
80

y así dulce, sencilla, delicada [215]

(copia en fin del objeto que idolatro

de gracias coronada

se ofreció de la Iberia al gran teatro.

El bello aspecto enajenó las almas;  
85

mas luego suena el populoso claustro

cual si agitara el austro

un bosque entero de movibles palmas.

Ella el suelo y el aire señorea,

mostrándose fenómeno, igualmente  
90

del cielo y de la tierra independiente:

mírala el vulgo con el mismo arrobo

con que otra vez una inocente aldea

majestuoso descendiendo el globo.

Mas de las almas tiernas entre tanto,  
95

¿Cual aquel movimiento no sentía,

aquel secreto encanto,

aquel placer que llaman simpatía?

El sonoro coro de instrumentos,

como las aves a la luz del alba,  
100

la tributa su salva;

mas la tímida ninfa a sus acentos

asustada se muestra; y como pide

su delicada acción más dulce pauta,

sólo modula la melosa flauta.

105

[216]

Entonces al suavísimo sonido

imperceptiblemente se decide

su movimiento blando y sostenido:

parece a Galatea cuando apenas

su corazón palpita, y va con pausa

110

sintiendo por sus venas

aquella vida de que amor fue causa.

Despléganse los brazos con blandura,

y noblemente erguida la cabeza,

a rodear empieza  
115

los ojos desmayados de ternura:

ya de los bellos brazos compañero

preséntase en el aire el pie divino,

pie que la tierra no pisó más fino:

sólo en un punto imperceptible estriba  
120

que al suelo toque el otro pie ligero,

y no vuele la bella fugitiva;

ella suspensa está: también con ella

enmudece la música: y entonces...

Una imagen tan bella...

125

nunca la Grecia la imitó en sus bronces.

Vuelve a sonar con trémulo suspiro [217]

la querellosa flauta, y el hermoso

cuerpo a moverse airoso

en torno de sí mismo en lento giro.

130

¡Cielos! ¡oh cual las ávidas miradas

van sucesivamente repasando

la flexible cintura, el brazo blando,

del seno virginal la doble forma,

y las demás que deja señaladas  
135

el velo que a ceñirlas se conforma!

Mas ¡ay! que entonces un momento eterno

nos roba de sus ojos la luz pura,

y en el nubloso invierno

no es tan lenta la noche más oscura.

¿Dónde vas? ¿dónde estás? la flauta gime;

y ella como en un presto sobresalto

se alza en súbito salto,

y clávase de frente. La sublime

orquesta resonando la saluda,  
145

cual relámpago vivo el entusiasmo.

Rompe, y deshace el silencioso pasmo:

entre el espeso rebatir de palmas [218]

no hay una voz, no hay una lengua muda:



viva, suspiran las ardientes almas:  
150

viva, suena en las filas inferiores

viva, en los palcos relumbrantes de oro:

viva, en los corredores:

viva, repite el artesón sonoro.

Muestra el desnudo la indulgente falda  
155

que las gentiles formas determina:

su cabeza declina

voluptuosamente hacia la espalda

siempre en su rostro la modestia impera:

mas por cada deseo, compasivos  
160

devuelven un placer sus ojos vivos:

placer de amor, que honestidad respira;

¡placer de amar, necesidad primera

de un tierno corazón! ¡cómo el que aspira

tu llama a confundir, honesta y pura  
165

con una liviandad torpe y facticia,

al pie de la hermosura

pierde el sosiego, y no halla la delicia!

¿Mas qué mudanza súbita? la orquesta

se precipita alegre, y en el aire  
170

con gracioso donaire

la ninfa sin cesar se manifiesta. [219]

Como leve balón se alza y aterra:

dijeran que debajo de su planta

la atracción de la tierra se quebranta;  
175

o bien que de placer en cada salto

suspira el seno de la madre tierra,

y vuelve hermosa a levantarla en alto.

Vaga el rosado velo en el ambiente,

y relevado en trenzas su cabello  
180

deja ver claramente

la afectuosa posición del cuello.

Ni el presto pensamiento seguiría

la fuga de los pies; no es por el cielo

tan fugitivo el vuelo;  
185

por el agua sin riesgo correría:

si el uno se detiene, el otro en tanto

como paloma que agiliza el ala

con batido halagüeño le regala:

ya abandonan el suelo, y se restaura  
190

su aérea posición; ¡celeste encanto,

que de inmortalidad respira el aura!

Presta para ganar dulces despojos,

y luego huir por las etéreas salas, [220]

en sus pies y sus ojos  
195

lleva de Amor las flechas y las alas.

No abuses de ellas, no, mi Ninfa, espera:

ni así girando en círculo voluble

esa imagen ligera

en un hermoso vértigo se nuble;  
200

como se turba el río cristalino

alrededor del hoyo que le veda

su curso, y se revuelve en remolino.

Nuestro amor la ofendió, si, pues ya queda

fija su planta, y veo en su hermosura  
205

la expresión del dolor y la ternura;

como niña que en fiestas amorosas

de su querido amante, incauta siente

junto a sus frescas rosas

en vez del labio el atrevido diente.  
210

Ninfa gentil, serena los enojos.

Isbel... ¡ay cielos! que en mi propio agravio

huyó tu nombre de mi ardiente labio

como tu imagen de mis tristes ojos.

tú que a la esfera del amor te subes,

215

[221]

¡brinco amoroso de las gracias bellas,

como ellas ágil y fugaz como ellas!

¡Cómo te ofende nuestro justo incienso,

tú, que has nacido para hollar las nubes

que andan vagando por el cielo inmenso!

220

¡Cómo tú misma la pasión no halagas,

si cual abeja variando flores



de pecho en pecho revolante vagas

vertiendo gracias y cogiendo amores!

Divina Isbel, tu cuerpo con molicie  
225

en las auras parece se recuesta;

tan frívola tu planta como presta

halaga la terrena superficie:

fresca hermosura, juventud riente,

tus nobles actitudes hermosea:  
230

y tal es tu decoro, que ni el aire

cuando bailando tu ropaje ondea,

Audaz se ve que tu pudor desaire.

Sublime Isbel, ese país que ha dado

a Venus y a Diana honra divina,  
235

Venus menos que tú dulce y graciosa.

Menos casta Lucina,

vuela, písale tú, serás su diosa.

Mas tú sigues risueña, y perfilando [222]

el cuerpo celestial, libras su peso  
240

sólo en un pie, travieso

el otro al aire con los brazos dando:

sólo tu rostro veo de soslayo,

sólo de tus mejillas una rosa,

y de tus vivos ojos sólo un rayo;  
245

todo me anuncia un atrevido vuelo:

sí, linda Isbel, esa postura airosa,

imagen de la paz y del consuelo,

no anuncia que te lances fugitiva

del alto Jove a transportar la copa,  
250

sino a lograr la venturosa oliva

que está anhelando la infeliz Europa.

¿Quién goza, sino tú, el poder divino

de franquear la tierra, hender los vientos?

Vuelo serán, los aires tu camino.  
255

Tú, cual eres gentil, serás sensible,

que nutrirse unos ojos tan fogosos

con el hielo del alma, es imposible:

parte, y verás los hombres venturosos:

vuela del Norte a los primeros climas:  
260

sube a los Alpes; sus nevadas cimas [223]

blanquean del candor de la inocencia;

de allí descubrirás el ara santa,

que ya tal vez levanta

a la paz la feliz beneficencia.  
265

A tu mano, a tu frente de alabastro

dará la paz su bienhechora oliva:

tú partirás Isbel rauda y altiva,

y de serenidad serás el astro.

Las Artes con los ojos aún no enjutos  
270

alfombrarán de rosas tu carrera;

tú ni sus hojas doblarás siquiera

con tu rápido pie: valles y montes,

que la guerra dejó yermos de frutos,

transpondrás, y en los bajos horizontes  
275

alzará el arador la frente ansiosa

ennoblecida de su sudor, y al verte

tan bella y luminosa

presentirá su venturosa suerte.

¡Cuántos tributos de ternura y gozo  
280

te ofrecerán en tu glorioso giro!

la viuda ausente su último sollozo,

el padre anciano su postrer suspiro.

Mas cuando atenta a serenar los mares

por el cristal del agua atravesares,  
285  
[224]

huye del agua tú, Náyade bella,

huye del agua tú, sigue mi aviso,

que si como un Amor te ves en ella,

tú serás en amor como Narciso.

Así lleves la paz al hemisferio,  
290

desde el Íbero hasta el Britano solio,

del uno al otro imperio,

y desde el Louvre al alto Capitolio.

Perdona, Isbel, perdona el extravío

de un entusiasmo que su bien presagia:



295

¡qué puede producir la noble magia

de tu baile gentil, el señorío

de aquellas actitudes, do presiden

el amor, la belleza y la decencia

sitio estas ilusiones de inocencia!  
300

Y tú, divino origen de este encanto,

Terpsícore, perdona mi embeleso

por una Ninfa que proteges tanto;

no juzgues ¡ay! por eso, arte divina,

que mis inciensos en tu honor rebajen,  
305

que a ti la gloria solo se encamina

del loor dado a tu perfecta imagen. [225]

Al casamiento de la bella en los primeros días de la primavera

Soneto

No risueña, cual tiene de costumbre,

salió la Aurora ayer en el oriente,

sino turbado el oro de su frente,

llena de languidez y pesadumbre.

La precursora Venus y cuya lumbre  
5

va ahuyentando las sombras a occidente,

al verla caminar tan tristemente

le preguntaba así con mansedumbre:

¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Te es acaso

la primavera menos obsequiosa?  
10

¿Quiere darte la flor o el fruto escaso?

¡Qué primavera, dice, madre hermosa,

si apenas doy en ella el primer paso,

y ya me voy sin la primera rosa! [226]

Al cumpleaños de Maraya R... célebre poetisa inglesa

Soneto

Dame, Apolo, que pase en versos suaves

del pecho al labio en tierno sentimiento,

cantaré de Maraya el nacimiento,

así como el del sol cantan las aves:

yo conocí por ella, y tú lo sabes,  
5

la gracia unida al varonil talento,

y al ver sus ojos, dije: Amor, te siento;

y al ver sus versos: Lesbos, no te alabes.

Si, nueva Safo en su expresión contemplo,

Safo en sus versos dulces y elegantes,  
10

dos Safos cuente de la fama el templo:

mas ¡ay! que, por senderos bien distantes,

Safo a Leucate honró con triste ejemplo,

y esta da el principio a sus amantes! [227]

El amor y la amistad

Rondel

Si amistad se vuelve amor,

adiós quietud de la vida

no hay momento sin dolor

si amistad se vuelve amor.

Huyamos pues el rigor  
5

de la simpática herida,

que amistad vuelta en amor,

adiós quietud de la vida. [228]

Si amor se vuelve amistad,

adiós placer de la vida.

10

¡Qué insulsa tranquilidad

si amor se vuelve amistad!

Amantes, el bien gozad

de vuestra afición querida,

que amor vuelto en amistad,

15

adiós placer de la vida.

Mas sin amor ni amistad,

adiós imán de la vida.

Toda unión es soledad

sin amor, sin amistad.

20

El pecho a un amigo dad

y el alma a una fiel querida,

pues sin amor ni amistad,

adiós imán de la vida.



[229]

Reglas del buen gusto para las tres más arduas empresas de la poesía: tragedia, poema épico, y comedia

Canto didáctico

La tragedia

No hay sierpe horrible o monstruo que no pueda

el arte imitador volvernó grato,

o a quien de un pincel vivo el artificio

no comunique gracia. La Tragedia

así, cuando de Egisto ensangrentado  
5

pinta el dolor, o al parricida Orestes

voces presta de atroz remordimiento, [230]

acierta a entretener aun con el llanto.

Tú, a quien la gloria escénica enamora,

acércate a obtenerla en nobles metros  
10

y si en la escena cautivar quisieres

los votos de París, y que tus obras,

cuanto más repetidas más gustadas,

se vuelvan a pedir tras largos años,

haz que en tus dramas la pasión señora,  
15

derecha al corazón vaya, y le inflame:

si de un grato furor el vario impulso,

ya de dulce terror, ya de suave

compasión no le anima, en vano ostentas

sabias escenas y eruditas frases,  
20

que al auditorio, en aplaudir moroso,

helarían más tus lógicos discursos;

hasta que de retóricas cansado,

verás que al fin se duerme, o te critica.

¿Agradar y moverme es el objeto?  
25

Inventa pues recursos que lo logren:

que a los primeros versos preparada

la acción entre en materia presurosa:

risible personaje es a mis ojos

el que decir no acierta a lo que viene,  
30

y al declararme su embrollada intriga,

lo que era diversión me hace tarea:

fuera mejor que, decorando el nombre, [231]

dijera: yo soy Pirro, o soy Orestes,

que de oscuros enigmas, sin decirnos  
35

nada a la mente, henchirnos las orejas.

Cuanto más breve expóngase el asunto:

sea de la escena el sitio único y fijo:

deja estrechar mil años en un día

al impaciente Íbero, que en los actos  
40

de sus fogosos dramas saca al héroe

niño al primero, al último caduco:

pero, según razón, sea entre nosotros

la acción con arte tal distribuida,

que en un sitio, en un día, un hecho solo  
45

tenga hasta el fin el auditorio atento.

Jamás cosa increíble se presente;

que ni aun lo cierto es siempre verosímil:

portento absurdo a recrear no alcanza

ni a interesar lo que razón repugna.  
50

Dese a la narración lo que a la vista

negarse deba: sé cuanto más vivo

se fija lo que vemos; pero hay cosas

que el oído las sufre, y no los ojos.

Crezca así el nudo de una en otra escena,  
55

que ya en su colmo fácil se desate:

nada con más vigor hiere la mente,

cuando en medio de un tejido enlace

la verdad, cual relámpago saliendo, [232]

da a todo aspecto nuevo y no previsto.  
60

La Tragedia, al nacer tosca y sin forma,

sólo era un simple coro en que, danzando,

loor y ruego a Baco se entonaba,

porque del viñador cumpliera el voto;

esto prestando el vino a los rivales,  
65

premio era un chivo al vencedor del canto.

Tespis fue quien primero en mosto ungido,

de actores mal vestidos rodeado,

paseó en carro tan feliz locura,

y a la aldea admiró y al peregrino.  
70

Al coro Esquilo unió los personajes,

máscara más decente al actor puso,



y, calzado el coturno, hollar les hizo

tablados altos en abiertas plazas.

Nace el genio de Sófocles, y el drama  
75

por él adquiere pompa y armonía;

une coro y acción, y el rudo verso

lima en tal modo, y de expresión le envuelve,

que a la cumbre ensalzó la griega escena

do no arribaron las latinas Musas.  
80

Tuvieron nuestros místicos mayores

el teatro en horror, y este deleite

por largo tiempo en Francia fue ignorado:

en Paris le ocupó la vez primera, [233]

dicen, turba de incultos peregrinos,  
85

que en su celo piadoso, al par que simple,

los divinos misterios dio al teatro.

La ilustración por fin a su ignorancia

desengañó del uso irreverente;

y aquellos, sin misión, predicadores  
90

dieron lugar a Fedra, Elena o Pirro:

soltó el actor la máscara, y remplaza

el solo violín, música y coro.

Pronto raudal feliz de afectos tiernos,

cual la novela, al drama señorea  
95

Amor, de cuya acción la fiel pintura

siempre hasta el corazón se abre camino.

Sea amante el héroe vuestro: yo os lo apruebo

mas no le hagáis pastor almibarado:

que no ame Aquiles como Aminta o Tirsis,  
100

ni en Artamenes transforméis un Ciro.

Y así el remordimiento al amor cerque,

que no virtud, debilidad parezca.

Huye puerilidades precavido

de romancescos héroes, sin que niegues  
105

cierta flaqueza, aun a las almas grandes.

Menos impetuoso Aquiles mismo

disgustaría; me deleita el verle

llorar cual niño, mas llorar afrentas; [234]

sombra es que sirve a realzar su imagen,  
110

y la verdad del natural descubre.

Consérvale su forma en tus escritos:

muestra soberbio y codicioso a Atridas

piadoso, austero y religioso a Eneas:

cada uno, en fin, con su carácter propio.  
115

Ni menos diligente estudiar debes

costumbres y usos de eras y países,

fuentes eternas de ídoles distintas:

ni des, como en la Clelia, al Lacio antiguo

vivacidad francesa; o ver nos hagas  
120

romano en nombre, en hechos Parisino,

un Catón tierno, un Bruto pisaverde.

Todo se excusa en frívolos romances:

si la ficción divierte, a más no aspira;

mas en la escena inviolables leyes  
125

de decoro y verdad la razón dicta.

Si de tu ingenio el personaje es fruto,

carácter dale igual, en invariable

concluya al fin, cual se mostró al principio.

Inadvertido o presumido a veces,  
130

tal un autor sus héroes se asemeja,

que si es Cascon, les da gascón lenguaje;

y se oye a Calprenedo oyendo a Juba.

Naturaleza amena, al par que varia,

propia expresión a cada afecto asigna,  
135  
[235]

y a la cólera dio voces briosas,

como a la humillación tonos suaves.

Ante Troya incendiada Hécuba triste

no exhale hinchadas quejas, ni describa

en qué hórrido lugar por siete bocas  
140

se arroja el Tánais en el ponto Euxino.

La ostentación de tan hinchadas frases

cede a los que se prendan de sonidos:

propias son del dolor blandas querellas:

llora tú, y obtendrás el llanto ajeno.  
145

Voces que el actor dice en hueco tono



no parten, no, de un pecho enternecido.

Ardua palestra en Francia es el teatro,

en delicados críticos fecunda;

no logra autor allí fáciles palmas;  
150

siempre halla bocas a silbarle prontas:

si necio o charlatán le llama alguno,

es fuero que al entrar compra a la puerta.

Autor que ha de agradar, pruebe ingenioso

mil tonos: ora el medio, ora el sublime,  
155

en nobles sentimientos siempre ameno,

siempre agradable, sólido y profundo,

rasgos de luz esparza inopinados:

con maravillas nuevas tenga siempre

suspensa la atención; que cuanto diga  
160

se fije en la memoria; y la obra entera [236]

deje un largo recuerdo en nuestra mente.

Tal habla, obra y se ostenta la Tragedia

La Epopeya

El Épico poema, aún más grandioso,

con fábulas sustenta y con ficciones  
165

la vasta narración de acción más larga.

Todo a la admiración en él conspira,

todo en él toma cuerpo, alma y semblante.

Deidad en él toda virtud se vuelve.

La prudencia es Minerva: la hermosura  
170

Venus: ni del vapor hijo es el trueno,

mas de Jove en furor que aterra al mundo;

negra procela al navegante horrible

es Neptuno que airado el Mar azota:

no revocada voz Eco, mas Ninfa  
175

que se lamenta en llanto a su Narciso.

A tan bellas ficciones elevado,

así el Vate sus cantos ameniza,

lo adorna, ilustra y engrandece todo,

a cuanto llega en flores lo reviste.  
180

Que una borrasca las dispersas naves

de Eneas lleve a la africana orilla,

es usado rigor de la fortuna: [237]

mas que de Juno el odio inveterado

por largos mares sin cesar persiga  
185

los restos de Ilión: que a ruego suyo

Eolo de sus lóbregas cavernas

desenfrene los vientos procelosos,

y amotine las olas; cuando se alza

Neptuno, que imperioso las increpa,  
190

y de una voz serena el mar y el cielo,

las naves de entre sirtes arrancando;

ved lo que asombra, y de interés nos llena.

Sin ornamento igual desmaya el verso,

la poesía desfallece y muere,  
195

y un orador sin nervio es el poeta,

insulso narrador de áridos cuentos.

Mal se encamina el que diversas fuentes

de lo maravilloso y bello busca;

y al Dios de la verdad y sus Profetas  
200

dando el lugar que a las deidades, hijas

de fantástico numen, sus lectores

a cada paso en los infiernos hunde,

de Belcebú y Satanás al lado.

Misterios tan terribles mal se avienen  
205

con profanos adornos: sólo ofrece

penitencia y castigos merecidos

a la conciencia rea el Evangelio

mezclarle con ficciones fuera darle [238]

falsa apariencia a la verdad más seria.  
210

¡Cosa bella por cierto es la pintura

de un feo diablo aullando contra el cielo

por deslucir a un héroe, y que en la ducha

el divino poder sucumba a veces!

Hízolo un tiempo el Taso con aplauso,  
215

se me dirá: no intento disuadirlo;

mas sé que de su patria honor no fuera,

ni en tanto le preciara el siglo nuestro,

si el héroe que cantó, siempre devoto

sólo con píos rezos se ocupase  
220

en domar a Satán y no llegaran



un Tancredo, un Reinaldo, una Clorinda,

un fiero Argante a engrandecer su cuadro.

En un cristiano asunto no por eso

ingerir quiero fábulas paganas:  
225

mas querer despojar de sus ficciones

la profana pintura, al reino undoso

los Tritones quitar, el doble filo

a las Parcas, y a Pan su alegre avena;

vedar que de Carón la barca triste  
230

pase a un pastor al lado de un Monarca,

escrúpulo es pueril, y al fin tan vano

como pensar en agradar sin gracias.

Luego tú figurar a la Prudencia

sabréis, ni a Temis dar venda y balanza, [239]  
235

ni a la Guerra pintar con faz de bronce,

ni con horario en mano huyendo al Tiempo.

¡Y habrán de ser tan bellas alusiones

como paganos ídolos proscritas!

Deja se precien de su error piadoso;  
240

mas tú con tino a los antiguos sigue,

sin que cristiano irreverente vuelvas

al Dios de la verdad en Dios de errores.

Mira cual de la Fabula al contacto

nacen bellezas; aun los nombres mismos  
245

son fortunas del verso; Orestes, Eneas,

Agamenón, Idomeneo, Ulises,

Helena, Paris, Héctor, Menelao...

¡qué me diréis de la graciosa idea

del necio Vate que, entre tantos dignos,  
250

tomó por héroe suyo a Childebrando!

Sino que sólo un nombre extraño y duro

hace risible o bárbaro un poema.

¿Quieres siempre agradar, jamás cansando?

Elige un héroe a interesare propio,  
255

así en virtud, como en valor, preclaro;

grande, aun en sus defectos; en sus obras

siempre digno de gloria, cual fue César,

cual Alejandro, o cual Luis en suma;

y no a Eteócles, ni a su inicuo hermano: [240]  
260

de héroe vulgar fastidian las proezas.

Profusos no os mostréis en incidentes:

la cólera de Aquiles bastó a Homero

para un largo poema: otros el suyo

abrumándole en galas, le empobrecen.  
265

Sé expedito en narrar, rápido y puro,

como en el describir rico y pomposo;

allí prodiga versos elegantes,

de bajas circunstancias siempre exentos:

y no como aquel loco, que pintando  
270

del pueblo hebreo el paso fugitivo

por medio de las ondas suspendidas,

a verlo trae los peces asomados

a las ventanas; y un rapaz que corre,

y juega y salta, y tira piedrecillas,  
275

y risueño a la madre ofrece alguna.

¡A qué pararse en frívolas ineptias!

Guarde el poema proporción debida:

modesto sea el exordio, y no afectado,

sin que montado en el Pegaso apenas  
280

prorrumpa el verso en son vociferante:

al vencedor de vencedores canto.

¿A tanto prometer qué efecto sigue?

Nace un ratón del monte al gran preñado.

¡Cuánto más vale aquel maestro antiguo,  
285

que sin tanto aparato, en dulce tono, [241]

fácil, sencillo, armonioso dice:

canto las armas y el varón piadoso,

que, de la Frigia orilla desterrado,

pisó el primero el suelo de Lavinia!  
290

La musa no se acerca fulminante;

queriendo cumplir mucho, ofrece poco:

bien pronto la veréis raudal fecundo

pronunciar los oráculos del Lacio,

pintar las negras ondas de Aqueronte,  
295



la sorda Estigia, y por el bello Elisio

mostrar vagando Césares futuros.

De imágenes alegres orna el verso,

tal, que ilusos los ojos verlas crean:

a un tiempo cabe ser plácido y grande:  
300

¿lo sublime a qué sirve, si es cansado?

El Ariosto y sus burlescos cuentos

prefiero a todo autor helado y grave,

que a menos tiene el que las Gracias osen

mirar festivas su fruncido ceño.  
305

Bien pudiera decirse que algún día,

por la naturaleza aleccionado,

robase Homero el ceñidor a Venus;

tal abunda en agrados: cuanto toca

en oro lo convierte: entre sus manos  
310

todo halagüeño ríe, sin mezclarse [242]

jamás fastidio a su delicia pura:

estro feliz inflama sus discursos,

nunca en vagos rodeos distraído:

sin dar orden simétrico a sus cantos,  
315

todo halla en ellos su lugar preciso,

todo está sin esfuerzo preparado,

fácil se explica todo, y cada verso,

cada voz presurosa al fin conduce.

Ama sus cantos, ámalos sincero,  
320

que es sacar fruto ya saber gustarlos.

Poema en invención y orden perfecto

no es obra, no, de un frívolo capricho:

tiempo y estudio pide; a un principiante

no le es dado tentar tan ardua empresa.  
325

Mas sucede también que herido a veces

de efímera centella un triste Vate,

la falsa inspiración cree, y se aplica

la épica trompa al inexperto labio;

luego prorrumpe en versos vagabundos,  
330

que eleva a saltos con penoso esfuerzo,

donde sin juicio ni instrucción desmaya,

por falta de alimento, el fuego fatuo.

De su incapacidad por disuadirle

trabaja, en vano, el público desprecio:  
335

que él se aplaude a si propio, y el incienso,

de los demás negado, él se prodiga: [243]

pobre inventor Virgilio es a su lado:

párvulo Homero en la ficción grandiosa:

si el siglo actual de su sentencia ríe,  
340

a la posteridad sin miedo apela:

mas mientras vuelve el delicado gusto,

que al fin dará esplendor a sus escritos,

a un lóbrego almacén se van los tristes

a disputar en singular pelea  
345

su duración al polvo y la carcoma.

Dejadlos pues con ellos entenderse,

a nuestro fin sin divagar volviendo.

La Comedia

La aura feliz del trágico coturno

dio vida a la Comedia; en ella el Griego  
350

de natural maligno en formas varias

de su mordacidad vertió el veneno:

sufrió el pudor, sufrió la virtud misma

de la irrisión naciente infames tiros:

del mérito más puro el vilipendio  
355

enriqueció al Poeta, que entre un coro

de nubes hizo a Sócrates el justo

de un populacho vil, servir de escarnio.

La ley al fin a refrenar acude [244]

audacia tanta, y la prudencia impone  
360

al cómico mordaz, vedando sabia

descubrir nombres, o imitar semblantes.

Así, perdido el frenesí primero,

ríe sin amargura la Comedia,

sin hiel increpa, sin veneno instruye,  
365

y dulce agrada en versos de Menandro.

Al nuevo espejo cada erial que mira

se ve con gusto, o no se reconoce:

del cuadro fiel de la avaricia ríe



el mismo avaro que sirvió a la copia;  
370

o los aires de un necio bien trazados,

satisfecho el modelo los aplaude.

Sigue a Natura con sagaces ojos

si la cómica palma ansioso anhelas;

estúdiala en el hombre; que si indagas  
375

del corazón los senos escondidos,

sabrás lo que es un pródigo, un avaro,

un honrado, un hipócrita, un celoso,

y alegrando la escena felizmente

sabrás darles acción, gesto y palabras.  
380

A la imagen más simple el color vivo

de cada cual aplica, pues fecunda

naturaleza en genios singulares,

facciones varias en las almas graba,

que un gesto, una mirada hace patentes; [245]  
385

y el don de penetrarla en pocos cupo.

Voluble el tiempo aun nuestros genios cambia:

cada edad tiene el suyo, y gustos nuevos.

El joven, en caprichos fervoroso,

dócil se presta a la impresión del vicio,  
390

frívolo en discurrir, vario en deseos,

a la censura, y no al placer, remiso.

Luego la edad viril, con más consejo,

busca al prócer, negocia, se contiene,

repara cauto el golpe de fortuna,  
395

y al por venir ajusta sus proyectos.

La triste senectud siempre atesora;

guarda, y no para sí: con pie de hielo

camina a sus designios: los pasados

tiempos encomia, y el actual deprime;  
400

y a la risueña juventud reprende

los dulces gustos que la edad le niega.

No juvenil audacia al lento anciano,

ni de este al joven des el grave tono.

La corte estudia, y la ciudad observa,  
405

que a competencia te darán modelos:

de tan fecundas minas sus escritos

enriqueció Molière; y al colmo fuera

del arte, ornado de laurel más puro,

si menos popular no degradara  
410

con tan baja expresión sus doctos cuadros, [246]

gesto vulgar prestando a sus figuras,

lo bufón prefiriendo a lo gracioso,

y con Terencio a Tavarín juntando.

¿Quién por hijos tendrá del Genio mismo  
415

al Misántropo, y a Scapin grosero!

Mal sufre la Comedia el llanto y pompa

del trágico dolor: mas no descienda

a mendigar con indecentes modos

de plaza en plaza la plebeya risa.

420

Culta y civil se muestre en sus gracejos:

suéltese fácil su difícil nudo:

guíela el juicio a que jamás incauta

caiga en escena de interés vacía:

su llano estilo elévese oportuno;

425

su hablar abunde en chistes, que pasiones,

sagazmente entendidas, desenvuelvan:

recíprocas se enlacen las escenas:

gracias que al juicio ofendan no lo adornen:

ni de lo natural jamás se aparte.  
430

Mira en Terencio un padre, con qué rostro

riñendo está del hijo enamorado

la imprudencia; y el gesto del amante

al oírlo, y que luego a su querida

vuela, a olvidar la sabia cantinela.  
435

No son pinturas estas, ni retratos;

son hijo, padre, amantes verdaderos. [247]

Honre la escena enhorabuena el Vate,

que, respetando al público, embelesa

con la razón, sin que jamás la choque:  
440

mas al juglar, que en divertir prodiga

largo caudal de equívocos groseros,

déjale armar la chocarrera escena

allá en el Puente nuevo, en que sus farsas



con estruendosas carcajadas premie  
445

de viles siervos la ignorante turba. [249]

La excelencia de las bellas artes

Rasgo didáctico

También las Musas cuentan por pinceles

el dulce metro y la sonora rima:

y es suyo retratar con rasgos fieles

cuanto en gloria y valor el mundo estima.

Homero fue pintor al par de Apeles.

5

Quien del estro feliz que a ambos anima

no siente en sí la inspiración secreta

ni será artista, ni nació poeta.

Pásmase el hombre al contemplar la altiva

cúpula del soberbio Vaticano:  
10

mira asombrado que en el mármol viva

la figura de un dios por griega mano:

pásmase al ver que Venus expresiva

salga de un lienzo que animó Ticiano

sin distinguir la mente, mal segura,  
15

si el hombre es criador o criatura. [250]

Mas el Supremo Autor que el orbe mueva

sus dones en el hombre así ha fijado,

que no alcanza a crear la flor más leve,

pero sí a retratar cuanto es creado.  
20

La luz ordena que a su mente lleve

de cuanto tiene forma el fiel traslado:

la imitación que esta verdad exprime

es de las Artes la intención sublime.

Así en terso cristal, o clara fuente,  
25

se pintan montes, árboles y prados,

distintos, desde un seno transparente,

confusos, de cristales empañados,

lo mismo el hombre en luces eminente

los objetos que ve deja expresados  
30

Con tal verdad, cual nunca se previno

al que no goza de su don divino.

¡Oh fantasía! ¡oh genio imitativo,

distinción de la humana inteligencia,

cuánto al placer añades de atractivo!

35

¡Cuánto a la vida agrado y conveniencia!

Paras el curso al tiempo fugitivo:

y a lo que ya murió das existencia;

por ti cuanta virtud el orbe admira

en lienzo, en bronce, en mármoles respira. [251]

40

Que en vano escribe páginas la historia

que a referir sucesos sólo alcanza,

si de los héroes dignos de memoria

no nos diera el pincel la semejanza.

Él los presenta respirando gloria,  
45

y ejerciendo el rigor de espada o lanza,

en soberbios bridones cabalgados,

hollando muertos, y arrollando osados.

Veo a Pescara, en el que rige fiero,

y un Rey postrado a su sangriento estribo;  
50

que muestra reprimir su ardor guerrero

por templar la aflicción del Real Cautivo:

veo a Farnesio al reflejar su acero

las raudas ondas del Escalda altivo,

firme en el puente, entre abrasadas ruinas,  
55

burlar la furia de flotantes minas.

Créese ver los bravos campeones,

y los campos pisar en que batallan:

tanta verdad respiran sus facciones,

tan perfecta ilusión los ojos hallan.  
60

Si se muestra el clarín se oyen los sonos,

si cañones se ven piensas que estallan;

causando están pavor brazos que hieren

y moviendo a piedad ojos que mueren. [252]

Mas no siempre el pincel sus rasgos bellos  
65

enluta con la guerra asoladora,

que fecundo a placer extiende en ellos



el manto de la noche o de la aurora;

y el lienzo iluminando en los destellos

de la primera luz que el campo dora,  
70

ofrece grato entre árboles y flores

danzas de ninfas, juegos de pastores.

O bien blanquea un túmulo lejano

entre el verde ciprés y el vago cielo,

que al alma inspira un sentimiento humano  
75

mezclado de dulzura y desconsuelo:

la pastoril Arcadia así en Albano

de lágrimas se ve por entre un velo;

y un recuerdo fugaz hace presente

la mal-dormida pena en nuestra mente.

80

Del serio en que se ocultan las pasiones

el arte imitador siempre es la llave,

que al colmo de las ínclitas acciones

las abre el paso, y dirigirlas sabe:

bálsamo dulce en duras aflicciones

85

que de la ausencia el mal hace suave

pues no está ausente todo el que pintado

puede el rostro mirar del bien amado. [253]

Si tal prodigio alcanza la armonía

del color y la sombra contrapuesta,  
90

superior la escultura su osadía

en indócil materia manifiesta:

al peñasco más duro que se cría

de la escabrosa sierra en la alta cresta,

le desbasta, y con mano milagrosa  
95

hace salir las formas de una diosa,

Y nace Galatea. ¡oh dios! Quién diera

tal morbidez al mármol, tal dulzura!

¡Bañarse el labio en risa lisonjera!

¡Latir el doble seno con ternura!  
100

El cincel, por temor de que la hiera,

retira el escultor; y en la hermosura

desconociendo de su genio el fuego,

cae a sus pies enamorado y ciego.

La corriente del tiempo que destruye  
105

generaciones, y el albergue de ellas,

todo lo envuelve en ruinas; pero huye

tal vez de herir a las estatuas bellas:

así a Venus y Apolo restituye

a nuestra admiración, a ser estrellas  
110

que si un tiempo adoró la idolatría,

hoy al bello ideal sirven de guía. [254]

De más altas empresas vencedora,

y engrandeciendo más el genio humano,

la audaz Arquitectura, que aún decora  
115

la griega fama y el poder romano,

es de la vida amable protectora;

y su compás un cetro, que en su mano

fuerza a los destructores elementos

a respetar sus altos monumentos.  
120

Aún duran, fatigando a las edades,

de Menfis los soberbios obeliscos:

aún puentes que dominan las ciudades,

arcos, que enlazan encumbrados riscos,

gimnasios que recuerdan crueldades,  
125

columnas entre rústicos apriscos;

y de elegancia y gusto altos ejemplos

en bellos termas y elevados templos.

Los hombres mueren, y las obras duran:

ni aun polvo son los héroes que recuerdan:  
130

las tres bellas hermanas aseguran

que los frutos del genio no se pierdan:

contra el ocio y la envidia que murmuran

cuantos sienten lo bello en dar concuerdan

larga inmortalidad y eterno brillo  
135

a Miguel Ángel, Fidias, y Murillo. [255]

Tú durarás también, ¡oh maravilla

que del brío español marcas el vuelo

y en elegancia y majestad sencilla



unes el solio a la mansión del duelo:  
140

que el poder de los Reyes de Castilla

muestras a par que el religioso celo;

y recordando la feliz victoria,

bastas de Herrera a eternizar la gloria!

¿Y aún ociosos estáis, hijos de Apeles?  
145

¡Aún esperáis estímulos mayores!

Moved buriles, fatigad pinceles,

preparad lienzos, repartid colores,

y en bellos cuadros mereced laureles

propios a ennoblecer vuestros sudores;  
150

y que la España enseñe a otras naciones

a emprender y pintar nobles acciones.

Que Artes bien nobles son, pues que se pide

hermosura y nobleza en lo que imitan.

Fernando, desde el Solio en que reside,  
155

el amparo les da que necesitan;

y pues su augusto hermano las preside,

Francisco y Sebastián las ejercitan,

y Francisca de Asís se place en ellas,

¡Cómo podrán no ser nobles y bellas!

160

[256]

En elogio de una excelente cantora que había deseado mucho oír

¿Eres tú la que realizas

la ficción de las Sirenas,

que arrebatas y enajenas

con armónico raudal:

Cuya voz suspende el alma

en acentos seductores;

tan fresca como las flores,

tan pura como el cristal!

Ya te escucho; y en mí siento

el placer refrigerante  
10

de un cansado caminante

que emboscada fuente halló;

Y después de andar vagando

tras del sordo y manso ruido

el encanto de su oído  
15

a su ardiente labio dio. [257]

¡Qué alma habrá que no te rinda

de su admiración tributos!

¡Qué ojos hay que estén enjutos

cuando cantas tú el amor!  
20

Ni qué español que no aplauda

al ver junto por ti sola,

en una boca española

de Italia todo el honor.

Mas, si a mí solo me es dado  
25

emplear en tus loores

de un triste invierno las flores,

como el viejo Anacreón;

¿Por qué del mérito al lado,

dejarme el cielo ha querido  
30

tan despejado el oído,

tan joven el corazón!

Ya a Semíramis nos cantes,

ya la víctima de Otelo,

tu voz sube y cruza el cielo  
35

cual el rayo tronador;

O bien muere dulcemente

en cadencias amorosas,

como espira entre las rosas

el eco del ruiseñor. [258]  
40

De antiguas sombras amantes

la pasión tu canto expresa,

cuya viva imagen cesa,

al cerrar los labios tú.

Mas ¿cesar podrá el encanto  
45

que obra en mí tu voz divina?

¡Oh! Mai piu, nueva Issolina

olvidarte ¡oh dios! mai piu. [259]

A la entrada del rey nuestro señor en Madrid después de pacificar la Cataluña  
Canto lírico



Al descubrir la Náyade divina,

que en fresca gruta alberga Manzanares,

la anhelada carroza en que camina

Fernando excelso hacia sus regios lares,

al pecho dio la lira cristalina,  
5

que es sonoro preludio a sus cantares,

y del labio bañado en fiel contento

estas palabras encomienda al viento.

«Nuevo laurel hoy vuestra sien circunda,

señor, y en nuevos rayos resplandece;  
10

nuevo placer también al pueblo inunda

y en vigor nuevo la obediencia crece.

Si en tramas viles la Discordia abunda,

palmas en ello a tu virtud ofrece;

y al monstruo, hasta en el fondo del Cocito,  
15

perseguirá de nuestro aplauso el grito. [260]

Viva, el que con un eco de su boca,

viva, el que con un rayo de sus ojos

hizo volar a la Discordia loca

de los campos que vuelve en sangre rojos;  
20

y a su fuga las gentes, que provoca

a ser de su furor tristes despojos,

cayéndoles las armas de las manos

corrieron a abrazarse como hermanos.

¿Qué no se esperará de ese prestigio  
25

que supo unir pasiones tan rivales,

hasta llevar a cabo el gran prodigio

de extinguir para siempre odios fatales!

Y que al bajar la Furia al lago estigio

diga entre sus ministros infernales:  
30

«Perdí el sudor de afanes tan prolijos;

de Fernando a los pies todos son hijos.»

Cual Bóreas fue tu aliento soberano

contra nubes, que abrigan en su seno

rayos que rugen con rumor lejano  
35

antes que al mundo los fulmine el trueno;

y llega, y las disipa al aire vano,

y deja el cielo azul y el mar sereno;

volviendo el mustio prado en sus colores

a ser alfombra a ovejas y pastores.

40

[261]

La paz, por tus bondades redimida

de los sangrientos brazos de la guerra,

verterá de su falda agradecida

sus ricos frutos en la hispana tierra;

y al contemplarla todos tan florida,

45

y que el antiguo afán de sí destierra,

esta es, dirán, la mano de un rey justo;

este es el siglo de Fernando Augusto.

Vano será que contra ti la envidia

cien lenguas mueva, y la calumnia ciento,  
50

si es tu virtud broquel a su perfidia,

y el amor de los pueblos tu cimiento;

con armas tales venturoso lidia

tu nombre amado en el íbero asiento:

Pues que, Fernando y español nacido,  
55

son dos títulos más de ser querido.

Ni fuera tardo el Genio en elevarte

estatuas en que vivan tus facciones

a ser los bronce dóciles al arte,

como a ti los rebeldes corazones;  
60

víctimas que robaste al fiero Marte,

lágrimas que enjugaste con tus dones

alas serán que lleven tu memoria

de lengua en lengua a la futura historia. [262]

¡Oh nunca el hado en tu dominio rompa  
65

el hilo de las horas venturosas,

ni vuelvan a escuchar guerrera trompa,

robada la color, madres y esposas!

Sino crezca y se eleve con la pompa

del ave que sus vistas vigorosas  
70

en la lumbre del sol audaz recrea,

y entre las tempestades se pasea.



Pero en tanto, señor, que vuestro oído

de las Musas el canto no rehúsa.

Será su gloria haberos divertido,  
75

y a mi lira infeliz benigna excusa;

y más si ven que en algo han obtenido

una sonrisa de la Augusta Musa,

en cuya frente brilla, y acompaña

la diadema de Apolo a la de España.  
80

Llegaba aquí, cuando el cañón sonoro

saludaba al Monarca alegremente;

añadiendo el clarín marcial decoro

al gozoso clamor de inmensa gente.

Entonces ella, respondiendo en coro  
85

cuantas Náyades pueblan su corriente,

cantó del rey las peregrinas huellas,

y la paz que esparció llores en ellas. [263]

Himno

Coro

Lleve el canto victorioso

a los astros la alta acción

del Monarca generoso

que venció con el perdón.

¡Cuánta sangre y llanto enjuto!  
5

¡Cuánta vida libertada!

¡Cuánta madre consolada!

¡Cuánto mal trocado en bien!

¡Qué laurel, oliva o palma

de pacífica victoria  
10

bastará, divina Gloria,

de Fernando a la alta sien!

Sordo al llanto de su esposa

descendió del regio trono

por domar el ciego encono  
15

del anárquico interés.

Llega al pueblo de Barcino,

de justicia sólo armado,

y creyendo hallarle alzado,

se le vio puesto a sus pies.

20

[264]

A sus plantas cae rasgado

del error el negro velo;

a su vista arroja al suelo

su tizón la falsedad.

Y su frente soberana

25

hace ver a Cataluña

que el rey sólo el cetro empuña

con suprema libertad.

En tan gran borrasca es Iris;

premia al justo, al fiero humilla;  
30

y del Ebro por la orilla

sigue en carro volador;

por las aguas reflejando

rica en galas su victoria;

que es penacho de la Gloria  
35

la piedad del vencedor.

¡Oh qué alegres ya le aguardan

las ciudades populosas,

que en sus márgenes umbrosas

bello adorno al Ebro son!

40

A sus hijos solo fían

redoblar del carro el giro,

y los brazos dan el tiro,

y la fuerza el corazón. [265]

Levantarse ve a Moncayo,  
45

de su nieve ya desnuda,

la gran frente que ceñuda

otro tiempo osó mostrar:

Se le ve guardando el rayo

para audaces invasores,  
50

y las palmas y las flores

a Fernando prodigar.

A su falda Zaragoza



prueba en gozo su energía

por el rey que defendía  
55

cuando asombro al Orbe dio:

como el héroe al ocio vuelto

muestra en días más felices

las antiguas cicatrices

que en su frente honor grabó.  
60

Mas ¿con qué sorpresa grata

mira el rey que Ebro divino

tiende un brazo cristalino

y una airosa barca en él,

y a Navarra le desliza  
65

entre reinos voladores,

de arboledas y de flores

por un mágico vergel! [266]

Ya brillante en su alborozo

manifiesta bien Pamplona  
70

de Fernando en la corona

pedra ser de suma ley:

el cañón suena en sus muros

con marciales regocijos,

y en las bocas de sus hijos  
75

el clamor de viva el rey.

Óyelo, en lejanos ecos,

la cantábrica comarca,

a la par que del Monarca

ve llegar la Majestad;  
80

y en aquel solar fragoso

no hay terrón que no confirme

que allí siempre se hace firme

la española lealtad.

Su presencia es como Aurora;  
85

pasa breve, apenas brilla;

pues los campos de Castilla

ríen ya bajo sus pies;

y le ofrece el castellano

más servicios de su celo,  
90

que hay de espigas en su suelo,

y de granos en su mies. [267]

Y aldeanos y pastores

le proclaman inflamados,

con los rostros abrasados  
95

al continuo ardor del sol;

y en espigas y vellones

le señalan placenteros

los tesoros verdaderos

para un Príncipe español.  
100

Bien lo dicen tantos ríos

que a sus pies sus urnas mecen

y esperar sólo parecen

de su cetro la señal;

a llevar por mil canales  
105

de sus frutos el tesoro,

y que el mar les vuelva en oro

su riqueza natural.

Mas ¿qué lira armoniosa

dará aliento a la voz mía  
110

con que exprese en este día

de Madrid el gran placer?

Lo que goza al veros juntos

gran Fernando y dulce Amalia,

diga el numen de Castalia,  
115

si a esto alcanza su poder. [268]

Él tan sólo en cuerdas de oro

sabr  hallar felices sonos,

que de hispanos corazones

ruedan ser el eco fiel;  
120

renovando alegres himnos

que a la tierra y cielo avisan

cuando Juno y Jove pisan

el olímpico cancel.

Salve ¡oh, sacras Majestades



125

que en unión pura y sincera

eleváis la gente Ibera

a la gloria y la virtud!

Nunca espere en nuestro seno

el placer de que hoy blasona;  
130

y la palma que os corona

dure siempre en juventud.

Del furor de guerra impía

tú, Fernando, la alcanzaste,

y piadoso la estimaste  
135

en más precio que el laurel.

Perdonando al ya rendido,

de su error desengañado,

vivo el brazo le has dejado,

y te servirá con él.  
140  
[269]

Así el orbe ha conocido

que en la anárquica tormenta

gana más quien más aumenta

de sus pueblos el amor;

y muy más aquel que el cielo  
145

destinó desde la cuna

a luchar con la fortuna,

y rendirla a su valor.

Y cuando otros, deslumbrados

de trofeos militares,  
150

dejan yermos los hogares

de la caja al ronco son;

y en legiones hacinando

de la edad la flor amable

la hacen blanco miserable  
155

del mortífero cañón;

que al asalto la concitan

de ciudades incendiadas,

relumbrando las espadas

entre el fuego más voraz:  
160

tú, ejerciendo en tus vasallos

tu benéfico deseo,

haz, del mar al Pirineo,

el asilo de la paz. [270]

Cesó: mas antes que su cuerpo airoso  
165

entregase del agua a la frescura,

viendo perderse el carro presuroso

de árboles, gente y polvo en la espesura,

dijo, elevada en el aspecto hermoso,

que el regio brillo uniendo a la dulzura

170

se disputaran con rival anhelo

por flor la tierra, por estrella el cielo...

«¿Quién es aquella que entre nubes gira,

como en el vago azul luna esplendente,

que el lauro de Helicón ciñe en sus frentes  
175

y el brazo tiende a la argentada lira?

Los ojos vuelve al cielo que la inspira,

su luz negando a la terrena gente,

¡ah! Si le pide a su Fernando ausente;

harto tiempo por él Madrid suspira.  
180

Mas si ya se halla en tu presencia bella,

si a tu lado su vida está segura,

y deja atrás tan victoriosa huella;

Vuelve a nosotros ya la frente pura,

y déjanos gozar, Amalia, en ella  
185

de Fernando la Gloria, y tu ventura.»

[271]

El ciprés, o el llanto de una madre

Canción

Triste Ciprés que entre las nubes meces

tu oscura cima, y tu letal verdor,

tú, que obelisco de aflicción pareces,

al cielo eleva mi infeliz clamor:

una flor lloro que la parca dura  
5

robó a mi seno en su primer matiz:

un hijo tierno, flor de mi ventura,

que voló al cielo, y me dejó infeliz.



Nunca a mi falda le verán mis ojos

venir alegre, y retozar gentil;  
10

ni más mi rostro de sus labios rojos

sentirá el beso, entre caricias mil.

¡Ay para siempre en su graciosa boca

de madre el nombre al espirar se heló!...

Y el de hijo, en vano, mi cariño invoca  
15

que ya de un ángel no soy madre yo! [272]

Triste Ciprés, si el lúgubre murmullo

del viento airado te agradó tal vez,

si te complace el gemidor arrullo

de tortolilla en mísera viudez,  
20

pasará el viento, cesará el gemido,

y tú en el yermo solo quedarás:

mas de esta madre el llanto dolorido

será contigo sin cesar jamás. [273]

Aranjuez en los días del Rey nuestro Señor

Oda

¡Cuán bella, cuan risueña

la Aurora de su carro nacarado

Se alza, y al mundo enseña

en pendón recamado

el nombre augusto del Monarca amado.  
5

Del Sol a quien precede

tan claro nombre excusa la saluda,

que el Sol prestar no puede

mayor contento y vida

que da este nombre a su nación querida.  
10

Espárcese en la esfera

el fuego de los pechos españoles,

y Aranjuez reverbera

en la luz de mil Soles,

con desusados brillos y arreboles.  
15  
[274]

Cual nunca se regala

el aire en aromáticos olores;

cual nunca de su gala

se revisten las flores,

cual nunca halagan hoy los ruiñeños.  
20

Ni más puras y bella,

dispuso el claro Tajo sus corrientes

por reflejar en ellas

retratos transparentes

de amenos bosques y graciosas fuentes.  
25

Los raudales partidos

con que a la Isla el río está ciñendo,

de golpe desprendidos,

y en cascadas cayendo,

el aire llenan de apacible estruendo.  
30

Haciendo se deslice

después el agua tan serena y rasa,

que al pensamiento dice

de movimiento escasa,

así la vida resbalando pasa.  
35

[275]

A su murmullo manso

acompaña el del viento que al frondoso

bosque no da descanso,

y su penacho umbroso

balancea con silbo sonoro.

40

Y del concierto blando

me parece salir salva festiva,

que al expresar cantando

las aves «viva, viva»;

¡Fernando! Añade el aura fugitiva.  
45

Sí, Fernando adorado,

dos veces a tu pueblo fiel perdido,

dos veces rescatado,

tu nombre es el sonido

que más encanta al español oído.  
50

Hoy le aclaman triunfantes

los que no le perdimos de memoria



cuando fuimos constantes

en darte la victoria

contra los enemigos de tu gloria.

55

[276]

Ya que días mejores

gozar te vemos con feliz mudanza

y grato en sus colores

el Iris de bonanza

de un cabo al otro de tu vida alcanza.

60

Ojalá llegue a tanto

tu gloria y dicha en el íbero suelo

como la goza el Santo

tu glorioso abuelo,

que fue en la tierra tu mejor modelo.  
65

Que si la dicha pura

es en el mundo incierta mariposa,

de ella al fin te asegura

esa tu cara Esposa,

que de toda virtud es copia hermosa.

A quien sirven leales,

cuidando de templar su regia lira,

las Musas celestiales

cuando piadosa admira,

con dulces versos que tu amor le inspira.

75

[277]

Hoy su voz delicada

sabr  daros, Señor, digna armonía,

mientras que de cansada

siento yo que la mía

no pueda haceros más feliz el día.

80

[278]

Complaciendo al deseo de una Señora, que había conocido desde niña, de que escribiese versos en su libro de memorias

Este libro en sus hojas me convida

a recrear mi mente en tu belleza,

dulce tarea de la edad florida

que la razón prohíbe a mi flaqueza;

mas todo junto a ti, Clarisa, es vida,

5

al frente de tus ojos no hay tibieza;

y la pluma, a que alumbran sus fulgores,

o nada ha de escribir, o escribe amores.

Y ya te represente el pensamiento

en formar flores émula a Natura;  
10

ya juntando al armónico instrumento

de tu gracioso labio la dulzura;

ya volando a caballo a par del viento

al soberbio animal dando hermosura;

no hay corazón que dude en tal instante  
15

si nació para amigo o para amante. [279]

El mío del papel al blanco armiño

confía esta expresión afectuosa;

que no es posible te hable sin cariño

quien te miró pimpollo, y te ve rosa;  
20

mas ¡ay! que al ver mis versos sin aliño

al pedestal de imagen tan preciosa

todos dirán ¡qué Musa tan avara!

Mas merece la flor de Trastamara.

A otra en igual ocasión

¡Qué quieres ya de una lira

enmohecida y cansada!

¡Que de una musa olvidada

que en vez de cantar suspira!

Ya tristemente delira

5

quien dulcemente cantó:

si un tiempo el amor sacó

de mi rudeza centellas,

hoy la amistad vive de ellas,

y esa te consagro yo.

10

[280]

Al original de un retrato muy parecido

Epigrama

¿Qué diré, que no hayan dicho

cuantos ven en ese ceño

de lo esquivo y lo halagüeño

el más gracioso capricho?

Te diré, gentil Matilde,

5



que el que busque en tu retrato

cuanto al gusto le es más grato

no le enmiende ni una tilde.

Recordando el mérito de la difunta Marquesa de Santa Cruz con motivo de las bellas obras de su mano que se expusieron en la Real Academia de San Fernando

Inscripción

En pintar tan extremada,

como bella en su figura,

era la mejor pintora,

y era la mejor pintura. [1]

### Libro III

#### Las tristes y heroicas

#### La cavilación solitaria

#### Poema

De los bellos placeres el más puro,

de todos los consuelos el más grato,

so para el corazón perverso y duro,

mas para el dulce y de inocente trato,

eres tú ¡oh soledad! En el Retiro  
5  
[2]

ayer mis penas suspirando anduve,

y nadie se burlaba del suspiro.

El azulado velo de zafiro

se desplegaba en el sereno cielo,

sólo la leve gasa de una nube  
10

transparentaba el azulado velo.

Majestuosamente el dios de Delo

sus postrimeros rayos recogía:

y aquel final tristísimo del día,

los primeros anuncios de la noche,  
15

el triunfo de las tímidas estrellas,

el confuso rumor del numeroso

pueblo que desde lejos resonaba,

todo a meditación me convidaba.

¡Triste de aquel que a solas se desmaya  
20

cuando no ve a su lado al importuno;

cuya melancolía no se explaya

en andar repasando uno por uno

los objetos queridos a su idea!

Así gozaba yo, cual se recrea  
25

el fatigado ciervo, que seguro

veloz burlando a los tenaces perros,

respira encima de los altos cerros

con anhelante boca el aire puro. [3]

Con paso incierto y pensamiento vago  
30

a la margen llegué del ancho lago

que el céfiro halagaba con molicie

sin rizar la serena superficie.

Al peso de mis graves pensamientos

rendida mi cabeza,  
35

y el alma entre crueles sentimientos

colmada de tristeza,

el pecho recliné sobre el herrado

balaustre que abortó la ardiente fragua

para marcar la esclavitud del agua.  
40

Allí observando el cristalino espejo

vi de la luna el pálido reflejo

mas luminosa al paso

que se iba hundiendo el sol en el ocaso.

Que es la luna en su brillo intermitente  
45

símil de una belleza enamorada,

que de día a los ojos de la gente

se muestra pesarosa y desmayada;

pero apenas cubriendo el sol la frente

da lugar a la noche deseada,  
50

sus gracias todas brillan al instante

a los queridos ojos de su amante.

Así en aquellas horas difundía

resplandor tan benigno y halagüeño, [4]

que las penas del alma adormecía  
55

bañadas en balsámico beleño.

De la bóveda azul la Láctea vía

bajar al lago en mi embeleso miro,

y por bajo del agua hacer su giro;

y por bajo del agua los luceros  
60



al cielo dar brillantes reverberos;

y por bajo del agua las estrellas

trémulas repetir sus luces bellas.

Y así con tal viveza retratado,

el agua redoblaba el firmamento  
65

bajo mis pies, que me juzgué en el viento

desde el suelo lanzado.

En el Éter me vi. Creedme, oh genios,

que franquear sabéis la estrecha esfera

de los torpes sentidos:  
70

los que sabéis imaginar creedme.

Nuestro mísero globo envuelto en niebla

se iba ya anonadando en el cotejo

de tanta masa colosal que puebla

la inmensidad. Extático me alejo  
75

de la terrena atmósfera, dejando

confundidos en ella los clamores

de la paciente humanidad; las vanas

quejas del infeliz a quien natura [5]

dio sensibilidad y desventura;  
80

el grito audaz del prepotente avaro;

los llorosos vagidos

que el naciente mortal tributa al mundo;

los ayes del doliente moribundo;

el trueno de la guerra  
85

que del bronce arrojado al cielo sube,

y el que desde la nube

pone bramando en turbación la tierra.

Hondos bajo mis pies los aquilones

vagaban sin aliento,

90

en tanto que con raudo movimiento

iba mi cuerpo hendiendo la corriente

de la atracción lunar: el refulgente

disco del gran satélite crecía:

yo leve caigo, y llego en el momento

95

en que ya el sol le despertaba al día.

Un verde prado en su florida alfombra,

un fresco arroyo a su sonante orilla,

y árboles mil me hospedan a su sombra.

¡Cuánto fue mi deleite y maravilla  
100

al ver la luna que aparece al mundo

melancólica siempre y amarilla,

toda cubierta de verdor fecundo, [6]

poblada toda de olorosas flores,

acariciada de airecillos suaves,  
105

y albergue dulce de amorosas aves!

Como mi vista se perdió en el llano

sin encontrar ni surcos ni labores,

ni chozas de pastores,

ni huella alguna de trabajo humano,  
110

dije exclamando: «¡al menos

si estos valles amenos

rebotan de verdura, si este prado

en tantos frutos opimos abunda,

el rocío del alba le fecunda,  
115

y no el sudor de un pobre desgraciado!»

Un sentimiento, entonces, de ternura

arrebató mis ojos a los cielos,

y ¡oh Dios eterno! en su espaciosa anchura

por do girando van con raudos vuelos  
120

tantos orbes de luz, nunca mi mente

llenó de admiración cometa ardiente,

o al necio vulgo infausto meteoro,

como el aspecto nuevo

de un astro hermoso a quien hiriendo Febo

125

comunicaba el resplandor del oro.

Once veces su rueda de topacio

el lleno de la luna contendría,

y relumbrando en el celeste espacio [7]

al gran broquel de Marte parecía.

130

El soberbio fenómeno ignorado

me suspendió un momento

de admiración y júbilo exaltado:

mas no sé cómo luego poco a poco



mientras lo estaba contemplando atento  
135

el corazón de pena se me cierra:

me hallé infeliz, y conocí la Tierra.

«Sí: yo te conocí, triste planeta,

destierro de los hombres, ¡oh morada

de duelo y turbación! Donde negada  
140

por siempre fue felicidad completa.

Te vi, y temblé cual tímida paloma,

que pavorosa ve desde su nido

el fiero halcón, cuando en el aire asoma

sobre las negras alas sostenido.  
145

Tu presencia el consuelo me acibara

de verme libre y solo acá en la luna,

y la distancia inmensa

que de ti me separa

tiemblo que en un momento se reúna.  
150

Entre el negro vapor que se condensa

alrededor de ti, veo volando

el ominoso bando

de horrendas Furias del Error secuaces, [8]

cuyas miradas de furor voraces

155

registran sin cesar mares y tierras,

y encienden sin piedad odios y guerras.

De allá te infunde ¡oh Globo turbulento!

Su soplo abrasador la Ambición fiera,

que a tantos pueblos priva del contento

160

cuando de un solo pecho se apodera.

La Calumnia de allí vierte la saña

que a la virtud persigue sin amparo,

y el solo aliento de su boca empaña

de una inocente vida el lustre claro.  
165

Pálida, consumida y macilenta

la vil perseguidora de los sabios,

la Envidia, digo, allá se me presenta

con los dientes mordiéndose los labios.

Enmascarada allí la Hipocresía  
170

virtudes miente, y de las leyes habla

para perder al náufrago en la tabla

con que salvarle del Error fingía;

allí los celos con puñal en mano,

bañando en sangre los amantes pechos,  
175

y privando de amor los castos lechos.

Y la Discordia, en fin, monstruo nefando,

con los ojos clavados en el oro

que el sórdido Interés la va enseñando, [9]

con ronca voz y látigo sonoro  
180

las negras Furias de su carro hostiga,

y derramando muerte, incendio y robo

alrededor del Globo

volando va la bárbara cuadriga.

Sangre y desolación son los efectos  
185

que te produce, oh Mundo, la alta gloria

de dar vida a los seres más perfectos.

La especie que con tanta vanagloria

lleva en su frente escrito el privilegio

de origen celestial. Con aire regio  
190

mira, obsérvale allí, cual se pasea

por aquel verde prado

en hondos pensamientos abismado

el Hombre; mírale cual señorea

por la etérea región su frente altiva,  
195

parece que del Cielo se deriva

la alta meditación que le embelesa,

y que el murmullo de los aires cesa,

y que el susurro de las aguas calma,

y el movimiento que del orbe es alma  
200

se queda en suspensión y como esperando

el noble efecto del pensar profundo

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

